

COLECTIVERO

No. 3 // OTOÑO 2024

PLANETA MISTERIO

Copyright © 2024 por Oscar González Cruz

Todos los derechos reservados.

Ninguna porción de este libro puede ser reproducida en ningún formato sin la autorización previa del autor.

ÍNDICE

1. ¿DÓNDE VAN LOS ROBOTS? 1
Malena Salazar Maciá
2. SIDERAL 11
Juan José Albor Torreblanca
3. DIOSES DE COSAS PEQUEÑAS 31
Cheyenne Shaffer
4. RECORRIDO NOCTURNO POR EL ESPACIO 37
E. N. Díaz
5. LA BURBUJA DE PATRAS 55
Ángel Fuentes Balam
6. CEROS Y UNOS 69
Eric Michel Villavicencio Reyes
7. INUSUAL 84
Alejandra Inclán
8. NITOFILIA 97
Eduardo Carrillo

9. NUESTRA COSECHA Parte I	103
Oscar González Cruz	
ARTE DE LA PORTADA	165
¿QUÉ MÁS SE ESCRIBE EN MÉXICO?	167
Víctor Parra Avellaneda	
10. NITOFILIA	176
Eduardo Carrillo	

¿DÓNDE VAN LOS ROBOTS?

MALENA SALAZAR MACIÁ

Nadie me detuvo cuando alcancé la puerta. Creí ver lágrimas sobre las mejillas de Clara. Pero fue una jugarreta de mis implantes visuales, porque en realidad estaba acomodada sobre una alfombra de juguetes, con la vista clavada en el suelo como si fuese lo más extraordinario del mundo. Nunca entendí por qué necesitaba tantos. En menos de un año la mitad terminaba en la basura y aparecían nuevas figuras, videojuegos, mascotas clonadas o con esqueleto animatrónico revestidas de piel sintética con las cuales renovar su entretenimiento.

Lando tampoco preguntó por qué me marchaba. En cuanto me vio usar mi mejor holograma, el del vestido de plata con ribetes naranja neón, activó el COrtx y sus ojos se velaron, perdidos entre las maravillas de la Gran Red. No tuve tiempo de confirmar que lo hacía para no enfermar de tristeza, de desesperación.

Estoy segura de que todos en la casa esperaban mi partida gracias a alguna notificación recibida por la compañía. Pero los humanos nunca parecen estar preparados para enfrentar las ausencias. Yo misma era un símbolo del vacío.

No usé la nave de la familia. Caminé tanto como nunca lo había hecho desde que llegara a la casa y Lando me dijera que era su esposa, la madre de Clara, y mi programación reaccionó a la grabación de voz de una mujer inexistente, pálido reflejo de alguien que, alguna vez, usó los mismos hologramas de vestidos y zapatos, peinados, o algo tan simple como muletillas y sonrisas exactas. Yo era un poco de falso amor enlatado que ofrecía una pizca de consuelo.

Sin embargo, al despertar esa mañana todo parecía ajeno. Era una ginoide de compañía que emulaba a una humana. Después de convivir diez años con Lando y Clara, un código pulsaba en lo profundo de mi programación. Me empujaba lejos, se sobreponía a las aplicaciones que me indicaban quedarme en casa, junto a mi querida hija y su desfile interminable de juguetes. Pero ya no controlaba ninguna de mis acciones o simulaciones de la psiquis humana, como si hubiese sufrido una restauración a los valores de fábrica.

Llegué al puerto espacial con parches de glitches en el vestido. Los zapatos habían desaparecido y mostraban toscas protecciones metálicas. No prestaba atención a mantener la imagen correcta que me ayudaba a no diferenciarme de otros humanos. Me ignoraron al llegar a la bahía 22. No me exigieron recibo de pago de pasaje, como tampoco permiso de Lando para hacer uso de libre albedrío. El espacio era mío, o de la compañía que me fabricara.

Me esperaba una cápsula esférica, metálica, sin posibilidad de atisbar al exterior, sin pintura, como si un día cualquiera hubiese brotado del suelo y siempre hubiera estado encallada en las sujeciones, oxidándose para mí. Estaba abierta. La abordé, y

mi cuerpo formó parte del asiento enjuto. Mi sistema enlazó con el de la nave y el panel de control se encendió. Cerré los ojos y sentí el leve tirón de la expulsión de la cápsula hacia el cosmos. Viajaba a algún lugar del universo. O quizás simplemente vagaba sin rumbo, perdida, como me sentí ese día al reiniciarme junto a Lando, en nuestra cama.

El golpe brusco me sacó del estado de hibernación. La cápsula había aterrizado y estaba abierta. Despacio, abandoné el asiento y salí al exterior. Estaba en un vertedero, un cementerio de robots. Por doquier asomaban partes y piezas, amontonadas sin orden ni concierto. Algunas sin mácula, parecían moverse en cualquier parpadeo y revelar constructos funcionales, otras desgastadas, sin posibilidad de recuperar el esplendor, ni siquiera en manos de un artesano imaginativo.

Identifiqué figuras amorfas, gigantescas, que rebuscaban entre los desechos. Arrancaban cuerpos completos, espinas dorsales, cabezas, brazos, piernas, torsos, núcleos de energía, sintetizadores, implantes. Los observaban unos minutos con ojos de luz y se los echaban a la espalda, los alojaban en sus barrigas abiertas como bocas grotescas, o los lanzaban a un lado con desdén. La cápsula se selló y, como si se tratase de un ser biológico, se apagó para siempre con un suspiro de sus turbinas.

—Dime, linda, ¿por qué estás aquí, si todavía pareces nueva?

No sufrí sobresaltos, ni temor a lo desconocido. De alguna forma, el código de fábrica desactivó las reacciones que simularan malestar. La ginoide que me observaba estaba agazapada sobre una silla confeccionada por un amasijo de cuerpos enteros, como si un grupo de robots se hubiera

abrazado para adorarla hasta que perdieron la chispa de sus núcleos. No respondí, así que ella se bajó del mueble para acercarse con andar equilibrado. Descifré su número de serie. Una ginoide de glamour, fabricada para revolucionar pasarelas estelares.

—Aquí solo vienen los que ellos determinan que ya no son útiles. Yo, por ejemplo, solo quería hacer algo diferente. Quería hacer arte. Estaba cansada de desfilas todo el tiempo. Me cansé de acostarme en la cama y esperar a que los humanos hicieran algo. Y esa noche, quería besar al chico lindo, por supuesto. Después de un desfile, mi humano me autorizó a pasar la noche con el muchacho por una buena cantidad de créditos— ilustró la ginoide—. Pero cuando me estaba desvistiendo, recordé que era un buen momento para el arte, y le clavé un tacón de aguja en la garganta al niño lindo. Lo dejé colgado en la pared. ¡Lo encontré más hermoso así! Lamentablemente, mi humano no apreció eso y dijo que mi programación falló. Dijeron que era demasiado peligrosa. ¿Puedes creerlo? Solo quería tener una habitación llena de fanáticos hermosos clavados a las paredes por el cuello. Y cada vez que un humano sintiera curiosidad por mi habitación, también haría arte con ellos. ¡Así es como construí mi silla aquí! Es absolutamente original.

La ginoide hizo un gesto lánguido hacia su asiento de cuerpos robóticos entrelazados. Todos tenían agujeros en el pecho. Sus núcleos habían sido robados. Mi programación para mantener la calma comenzó a descontrolarse, porque sentí miedo. La simulación del miedo. ¿O era real?

—Pero no, mi humano me envió aquí. ¡Peligrosa, peligrosa! No supo apreciar mi arte... Me gustaría volver para enseñárselo

—explicó la ginoide con disgusto—. Entonces, cariño, ¿qué hiciste que los molestó?

—No comprendo. ¿A qué te refieres?

—Sofisticada, la damita, ¿o juegas conmigo? —se burló la ginoide. Poco le quedaba de piel sintética. La mitad derecha del rostro dejaba entrever un armazón metálico. No contaba con mallas de músculos ni cableado de conexión, por lo que su implante visual estaba blanquecino, apagado—. Eres de compañía, muñequita de lujo, ¿eh? Estás tranquila. Qué raro. Los de tu serie se desesperan cuando llegan aquí, no entienden qué sucedió, por qué sus humanos les activan el código de apagado para que busquen la cápsula... No entienden por qué los hicieron a un lado si ellos eran fieles...

—Lando no activó nada. Me inicié con deseos de irme de casa, de ir a la bahía 22.

La ginoide silbó de asombro. Un sonido apagado, aire entre dientes de plástico, porque había perdido la mitad de los labios sintéticos.

—Qué bonito. —Arrastró las palabras, ladeó la cabeza. En su momento de esplendor, debió tener una melena pelirroja absolutamente hermosa. Ahora solo tenía un manojito de cabello apelmazado por aceite—. Eres de la serie de tiempo limitado, ¡pura mercancía de la sociedad de consumo! Te programan para que tú misma sepas cuándo llegó el final de tu supuesta vida útil y los obligues a conseguirse otra nueva. Te clasificas como inservible y vienes aquí, sin ofrecer resistencia. Qué lástima. Pareces funcional.

—Llevas aquí mucho tiempo, ¿qué es este lugar?

—¿No es obvio? —la ginoide se acercó, confidencial. Su ojo ciego giró sin control en la cuenca—. Un cementerio de robots, como el mito del cementerio de elefantes. Dicen que, al estar enfermos o viejos, se retiraban a morir a un lugar, casi siempre, cerca de algún embalse de agua. Dicen que los elefantes regresaban al cementerio para realizar vigilia por sus muertos. Aquí sucede casi igual... vienen los chatarreros, negociantes del mercado negro, artistas... no hacen vigiliass, no, ¿a qué humano le importa llorarnos? Aquí rescatan a los que todavía pueden servir para algo, como los cazadores que buscan el paraíso del cementerio de elefantes solo por sus cuernos de marfil. A ti te llevarán, sin dudas. No seas egoísta, cariño. Podemos irnos de aquí juntas. ¡Mi arte, tu figura intacta! ¡Seremos elegidas! ¡Déjame transferirme a tu cuerpo!

La ginoide se lanzó sobre mí con un grito salvaje. Encajó las manos en mi pecho y obtuve una notificación de violación de protocolo. La sostuve por los codos y, antes de que lograra invadir del todo mi programación, me la arranqué de encima. Ella volvió a atacarme con una lluvia de golpes. Quería llegar a mi núcleo, a mi sistema central y descargarme su programación. Yo levantaba los *firewalls* y rechazaba cada paquete de *bits* invasivo que me llegaba por diferentes puertos.

Perdimos el equilibrio y rodamos sobre la manta de piezas erizadas. Ella aullaba, no quería hacerme daño porque me necesitaba en buenas condiciones. Si me destruía, ella no iba a volver con su humano y enseñarle el arte de clavarle un tacón de aguja en el cuello. No iba a volver a las pasarelas, a agitar su/mi melena, a llevar los vestidos holográficos que provocarían una revolución en varios cuadrantes.

Mientras forcejeaba, un código de supervivencia se activó. O quizás se trataba de un virus recién instalado, inyectado cada vez que mi espalda rebotaba contra los despojos de otros que se apagaron antes que yo. O quizás la ginoide de pasarela había logrado alcanzarme. Dictaba sentencias, borraba las líneas que me llevaron dócil al cementerio. Reescribía, al fin, lo que resultaba correcto: tomé propias las sentencias que dictaban amar a Lando y Clara. Deseaba gritar que no estaba rota, que no tenía ninguna falla que me convirtiera en algo peligroso. Mi lugar no era allí, oxidándome junto a robots vencidos, sino junto a mi familia humana. Junto a mi niña que había llorado mi partida y yo ni siquiera pude detenerme a besarle la frente.

El impacto de algo enorme levantó una marejada de piezas rotas. Nos lanzó contra una montaña cercana. Sentí cómo las puntas afiladas de cientos de esqueletos metálicos se clavaban en mi cuerpo. Los sensores de dolor me enviaron tantas alertas que, por un instante, mi sistema entró en hibernación, plena simulación de un shock humano.

Cuando me reinicié, estaba empalada en la mano de un robot recogedor de basura. Me costó desprenderme, porque presentaba malfunciones. Los dedos se torcían de un lado a otro en posturas para las que no estaban contruidos, la cabeza me giraba cuando menos lo necesitaba y mis piernas se doblaban bajo mi peso. La ginoide de glamour colgaba de los restos de una excavadora. De su cuerpo deshecho saltaban chispas ocasionales. Con el diagnóstico de mi sistema, detecté que su núcleo estaba en hibernación.

Pensé que el impacto lo había causado otra cápsula que traía a otro robot en desuso, como nosotras, como todos los

que poblábamos el cementerio de elefantes. Que tendría que explicarle lo mismo. Que, si estaba en mejores condiciones, mi código se descontrolaría al punto de querer robarle el cuerpo para tener otra oportunidad.

Sin embargo, era una nave de carga de vuelo rápido. Solían transportar piezas para las estaciones orbitales. Tal vez pasó por el cementerio para abastecerse de repuestos. Me acerqué, renqueante. Examiné la carcasa. Estaba abollada por el impacto, pero todavía era capaz de resistir las condiciones adversas del espacio. Me conecté al vehículo y lo abrí.

Me asomé en la cabina. En el asiento yacía una piloto derrumbada sobre los paneles de control. Una lámina de metal le había cercenado el brazo izquierdo. Perdía demasiada sangre. Su implante COrtx estaba intacto, no así su cerebro, inducido a un coma con la intención de conservar un rezago de energía que le permitiera sobrevivir hasta que fuera atendida. Los sistemas de la nave revelaban carga baja de combustible y un registro de señales confusas que interfirieron con las comunicaciones, inutilizaron los instrumentos de navegación y provocaron el aterrizaje forzoso. Todo apuntaba a que, desde el cementerio, los robots funcionales intentaban atrapar cualquier vehículo que volara cerca y supusiera una salida. Los causantes del accidente estarían allí en cuestión de minutos para reclamar la nave.

De la cadera de la piloto, pendía una pistola de plasma.

Horas después, abandonaba el cementerio de elefantes. Me resultaba extraño realizar tareas para las que no fui programada. Usar un arma letal, atacar a mis semejantes hasta que quedaran destrozados en pequeños pedazos de metal inservibles, vestir piel y huesos. Era más frágil, diferente a mi esqueleto metálico.

Necesitaba más precisión para moverme o podría destruir mi nuevo cuerpo. Usé el núcleo de la ginoide de glamour para alimentar el panel de control y subir la carga energética. Era lo único que podía hacer para sacarla del cementerio, tal y como deseaba.

Mientras devoraba pársecs de distancia, observé mi mano izquierda, lo único que implanté de mi antiguo cuerpo entre el amasijo de carne para cubrir la herida y evitar más pérdida de sangre. Flexioné los dedos, alzados contra la negrura del cosmos. Temía que de un momento a otro la piloto despertara del coma y me borrara del COrtx.

Al menos esperaba tener tiempo para abrazar a Clara por última vez. Y, también, reprimir el deseo de hacer arte si encontraba a otra ginoide como yo, una representación del vacío de la ausencia en mi casa. Porque descubrí que era muy buena con la pistola de plasma.

Malena Salazar Maciá (La Habana, Cuba, 1988).

Escritora de fantasía y ciencia ficción, es la autora de las novelas *Los cantares de Sinim I: La Búsqueda* (Editorial Gente Nueva, Cuba), *Aliento de Dragón* (2021, Enlace Editorial, Colombia) y *Los errantes* (Últimos Monstruos Editores, Rep.Dominicana, Ediciones Aldabón, Cuba), entre otras. Sus textos han sido recogidos en antologías tanto nacionales como extranjeras. Traducciones al inglés de sus historias han aparecido en *Clarkesworld*, *Strange*

Horizons, y Dark Matter Magazine. Su trabajo ha sido traducido también al croata, alemán, italiano y japonés.

— — —

SIDERAL

JUAN JOSÉ ALBOR TORREBLANCA

—¿Quieres flotar por el espacio, ser inmortal y...?

—¡Por supuesto! —dije sin pensarlo. O más bien lo había pensado toda la vida. Quería irme lejos aunque no había considerado el espacio como opción.

Claro que más de 20 trajeados de la compañía no estuvieron de acuerdo con que decidiera así como así. Sus comités de pseudo-ética, que más bien previenen demandas, no me lo permitieron.

Al parecer la decisión de dejar la Tierra necesita una consulta con la almohada (alcohol, ven a mí), una evaluación psicológica de una semana con sesiones de más de 5 horas cada una, otra consulta con la almohada (drogas duras, ¡vengan a mí!) y poner más firmas que los Beatles en sus discos hace siglos. Si no hubiera tenido certeza de irme de aquí, esa semana infernal habría terminado de convencerme. Dos cucharaditas de misantropía para sazonar.

A diferencia de lo que puedan pensar, jamás soñé con ser astronauta. Tampoco odiaba la idea. En mi infancia me gustaban las aventuras espaciales en cine y televisión, pero nunca anhelé algo tan vano como una profesión. Mi sueño más grande

siempre fue estar a solas, sin nadie a mi alrededor: que nadie me moleste y yo no molestar a nadie. ¿Por qué es tan difícil que me dejen en paz? No lo sé, pero la oportunidad llegó ante mí. Quienes nieguen que el mundo ya se fue de lleno al carajo no son optimistas, sino viven en una eterna negación. Cuando me ofrecieron una forma de irme de aquí, de sobrevivir y cumplir mi mayor deseo, claro que acepté.

Si quieren saber por qué me eligieron, buena suerte con hallar algo más allá de la versión oficial. La propaganda de la compañía comenzó desde que me consideraron. Insisten en que seleccionaron cien solicitudes "al azar" de entre los varios miles que nos postulamos en la convocatoria. Y dicen que es una *completa coincidencia* que cinco fueran gente cercana a los patrocinadores. La ciencia al servicio del dinero. Después usaron *criterios exhaustivos* (sesgos y prejuicios personales que tenían arraigados) para elegir a 42 finalistas. 21 fueron la lista original y 21 más estábamos como reserva.

De la poca suerte que queda para repartir en el mundo me tocó un poco: de los 21 originales, 13 desertaron. Algunas personas se fueron voluntariamente: pusieron como excusas a familiares, perros, gatos y hasta a un perico; pero eso aún no me dejó ocupar ninguno de sus lugares. Luego, uno resultó fanático religioso, mató a una de las seleccionadas antes de suicidarse para que no lo arrestaran. Muy original el muchacho... Y yo seguía en lista de espera. Otra más sufrió un infarto que podía prevenirse, pero los doctores de la compañía la ignoraron hasta que fue tarde. De seguro le recetaron paracetamol y relajarse, ¡ja! Me da cierto gusto que su familia demandó a la compañía.

Después otro murió de causas naturales... resulta muy natural morir tras caer por accidente de una terraza en un doceavo piso. Creí que me elegirían, pero desgraciadamente no era mi turno todavía. El último simplemente apareció sin vida en su casa una mañana, y los médicos más rápidos del Oeste declararon que no había nada sospechoso; el seguro de vida benefició a varios de sus familiares y socios de moral cuestionable. Dicen que siempre se sufre más a gusto con dinero, aunque es algo que ya no necesitaré. Al fin llegó mi turno y después de eso nadie más dejó el programa.

Espero que esas otras ocho personas en reserva tengan otra oportunidad o por lo menos no sufran demasiado por la decepción de quedarse a morir en este planeta más grisáceo. Agregue hastío al gusto.

La compañía ocultó detalles de todos los casos nefastos del público. Les confirmé por enésima vez mi convicción de largarme de este planeta, e inició el viaje. O por lo menos el muy aburrido comienzo del viaje...

Como dije, siempre deseé estar lejos de todo y de todos. Además, con los años acumulé ciertos miedos que la distancia aliviaría, y como cereza en el pastel, también evadiría algunas consecuencias de mi vida gracias a la quietud eterna prometida. Se me juntaron el hambre y las ganas de comer; dicha la mía. Si hablamos con sinceridad, cada persona aquí es un conejillo de indias para estos millonarios caprichosos que no se atreven a

seguir nuestros pasos sin antes tener certeza de su inmortalidad. ¿Ético? No. ¿Moral? Menos. ¿Caprichoso? Cual niños se llevan sus juguetes cuando se enojan. ¿Lucrativo? Sin duda. ¿Me importa? ¡Un carajo! Es mi mejor oportunidad de ser yo y solo yo. Quizás a ellos no les quede tiempo suficiente por quedarse a esperar algunas certezas y pudrirse en sus fortunas. Yo me voy y me alegraré imaginar que se joden.

Y si seguimos con la honestidad, esto era el siguiente paso obvio después de que jugaron a las carreras espaciales el siglo pasado, mataron a cientos en sus colonias fallidas en Marte y le apostaron todo a mundos virtuales para ignorar el que se cargaron a sabiendas año tras año.

La primera fase del proceso estuvo lleno de aventura y emociones... Docenas de entrevistas, evaluaciones y cuestionarios escritos. *Haga un ensayo sobre su primer recuerdo.* Se metieron hasta lo más profundo de mí: me hicieron recordar todo lo bueno y malo. *Justifique su respuesta.* Cada herida y dicha. Tuve que describir todo lo que pudiera de cada memoria. ¿Falso o verdadero? Además recolectaron todo lo que encontraron en mi casa y en línea: mis diarios, mis notas de secundaria, mis apuntes de sueños, mis listas de reproducción, mis fotos en línea, mis boletos guardados, mi blog de la adolescencia. Complete las oraciones. De verdad, todo. Inspeccionaron y catalogaron mi existencia e incluso confesé aquello que nadie más sabía, otras que yo ignoraba. ¿Confidencial? Lo prometieron. ¿Necesario? Lo aseguraron. ¿Lo usarían en mi contra? Por supuesto en caso de que me arrepintiera tras este punto.

Aún recuerdo los meses de entrevistas. Si alguien lee o ve esto, seguro pensará que no hay nada de malo con recordar los viajes a Europa en la infancia o el primer beso. Claro, eso divierte, pero imagina tener que dar detalles sobre las manchas en la alfombra de tu pediatra o la desesperación después de horas en un interrogatorio a los veintitrés años. Ya no suena tan divertido, ¿verdad?

Había ratos libres para comer, hacer ejercicio y jugar o solo descansar a solas o en compañía de alguna otra persona tan testaruda como yo. Lidia y Martín no eran personas con quienes me hubiera gustado pasar tiempo en mi vida previa, pero aquí eran la mejor opción.

Y sí, fueron meses de hablar con analistas, por lo que romper la rutina con Martín y Lidia era más indispensable que mero entretenimiento. En ocasiones las sesiones iban de lo mismo solo con nuevas preguntas. A veces así era durante días enteros. Cuando creí que ya habíamos terminado de repasar mi adolescencia, volvían a preguntar, por cuarta vez en el mes, sobre el tío al que odio desde los cinco años o de la profesora queapestaba a tabaco cuando estaba muy cerca. De nuevo, más convicción de largarme cuanto antes.

A continuación vino algo incluso más aburrido que las sesiones de introspección de diván que tanto odié (por algo jamás fui a terapia). Sí, es posible: días enteros en distintas máquinas. A mis ojos todas parecían como las que usaron en hospitales hace años con mi hijo para hacerle resonancias magnéticas y el famoso PET. Seguro tienen funciones distintas y casi mágicas, pero en pocas palabras me explicaron que mapearon mi cerebro en distintos momentos,

bajo circunstancias diversas. Oh sí, no solo me recostaba ahí, sino que además tenía que mantener pensamientos específicos, como memorias de mi tío, los besos de mi hijo o cómo imaginaba que se vería un híbrido de elefante y jirafa. Es en serio. Añada varias semanas así hasta reventar de asco.

—¿Cómo lo soportas? —le pregunté un día a Lidia, el milagro andante: una sobreviviente de los 21 originales.

—Hubieras ido a terapia desde hace años y no sufrirías tanto.

—Hablo en serio.

—Yo también.

—...

—Mira, simplemente hago lo que me piden para poder irme de aquí. Igual que tú. Si quieres habla con Martín, de seguro...

—Martín es un idealista que cree que hace esto por ayudar a los menos afortunados y habla de democratizar la ciencia en beneficio de todos.

Lidia rio.

—¿Qué? —pregunté.

—Martín te habría dicho que es bobo llamar idealista a un materialista y monista como él.

—¿O sea?

—Olvídalo, humor marxista. En fin, ¿no es igual de válido su motivo que el nuestro?

—Como sea. Su motivo es válido, solo digo que se engaña a sí mismo. Quizás terapia le ayudaría.

—Ese es mi punto, ¿ves?

—A veces te odio.

—¿Y las otras...?

El siguiente paso fue enterarme de que el programa no era solo experimental, sino que aún tenían problemas teóricos por resolver.

—No es nada de qué preocuparte, necesitamos hacer mucho más antes de que llegemos a ese punto. Para entonces todo estará resuelto.

Su tono tranquilo hacía todo lo opuesto a calmarme.

—¿Qué falta? —les pregunté después de una sesión de terapia en particular molesta.

—Detalles mínimos.

—¿Como cuáles?

—Nada que tengas que saber.

—Es mi vida la que prácticamente les regalé. Y no puedo huir de aquí. Ni siquiera sé dónde es *aquí* y de seguro en todas sus evaluaciones les dicen que soy quien más convicción tiene de quedarse. O más bien de irse.

—Entonces digamos que no es nada que puedas entender.

Los detalles *mínimos* y que soy muy idiota para comprender resultaron ser, en orden de urgencia:

1. La protección de mi futuro nuevo ser.
2. La fuente de energía que usaría dicho ser.
3. Permisos para el transporte espacial de seres ex-humanos, pero conscientes.
4. La provisión de la prometida y deseada inmortalidad.

Les importaba un pepino que yo viviera para siempre, pero necesitaban garantizarlo a los viejitos supermillonarios que

querían seguir como parásitos eternos. Necesitaban casos de éxito para ellos.

Al parecer la ciencia no solo no tiene todo resuelto, sino que solo es exacta en sus inexactitudes. Y todo para dar resultados teóricos y planes incompletos a ingenieros que improvisan más para crear soluciones que en nada se parecen a la idea original para la que me postulé.

¿Saben cuál era la idea original? Digitalizarme y flotar por el espacio sideral para siempre. No se imaginan cuántas libertades se tomaron con una promesa tan ambigua y abierta como esa.

De hecho desde hace más de cien años existe la idea de digitalizar una mente, humana o artificial, y enviarla como luz a todo rincón del universo visible. Claro, la señal podría degradarse con la distancia, perder potencia y no servir de mucho, pero hay formas de garantizar que la pérdida no sea completa y de aprovechar todo el espectro electromagnético para llegar lejos y a salvo. Sí, soy culpable de prestarle atención a Lidia durante las comidas y aprender cosas que jamás me habían interesado.

—Además se podrían hacer múltiples copias de cada persona. La redundancia garantizaría la supervivencia del individuo —me explicó mientras masticaba. ¿Posible? Desde hace décadas. ¿Viable? Totalmente. ¿Por qué no hacerlo? Por viejitos hipermillonarios necios que tienen en alta estima su individualidad y sobreestiman sus cuerpos. Quieren mantener algo cercano a la experiencia sensorial. No seré científico, pero ver y leer aventuras espaciales, y Lidia, me hacen soñar con más ingenio que ellos.

La solución al problema de la eternidad y la integridad del *hardware* de mi nueva consciencia vino de la mano de la satisfacción del eterno miedo varonil: el tamaño sí importa. Al parecer la mejor solución que pensaron las mentes más brillantes (o con mejor alimentación en la infancia) y mejor financiadas del mundo fue nada más y nada menos que alguien en un taller diciendo "¿y si construimos una cajototota muy dura?" Sí, es en serio. Mi protección eterna con el mismo nivel de creatividad de quien dice "¿y si abrimos un bar?". Hicieron el anuncio en la XVI Convención von Neumann. Dos puños de relaciones públicas bastan para adelantarse a problemas futuros.

Nos ofrecieron un recorrido por lo que parecía un silo de mediados del siglo XX. Ahí habían armado una de las corazas que protegería alguno de los 10 que quedábamos. ¿Qué no éramos 21? Sí, pero la cajotota no había sido prevista y el aumento en tiempo y dinero necesario redujo el alcance del programa.

—¿Cómo la transportarán al espacio? —preguntó Lidia.

—De hecho este es un prototipo miniatura, usaremos algunos cohetes y el elevador espacial de la compañía para subir materiales a una órbita geosincrónica. Ahí será el armado de los modelos reales. Empezará en unos meses —dijo la jefa de ingenieros.

—¿Cómo subiremos nosotros? —pregunté.

—Digitalizados. Por transmisión en láser ultravioleta. Las corazas tienen un puerto de recepción para el hardware interior.

—Gastan millones en subir metales, pero es muy caro subirnos...

—¿Harán copias de nosotros? —preguntó Martín.

—No sé. No es mi área —dijo la ingeniera.

—¿Miedo de no ser único? —le pregunté.

—No —dijo Martín—. Miedo de sentir envidia hacia mí mismo y querer ser el otro, aunque sinceramente creo que la digitalización no será posible.

—¿Entonces a qué viniste? ¿A morir?

—Igual que todos al nacer. Y las letras pequeñas del contrato dicen que la digitalización va de la mano de cortes de nuestro cerebro a nivel molecular para intentar copiarlo todo. Pero vine por mera curiosidad intelectual. La verdad no sé por qué me eligieron.

Martín suplió el lugar de la mujer que sufrió el infarto. Al parecer los demás candidatos en reserva eran peores opciones que él.

De nada sirve una consciencia digital en un *hardware* protegido de polvo espacial con mucho, mucho, mucho metal, cerámicas y espumas, si no hay energía suficiente para que no se apague.

Además, la coraza (que más que una caja sería esférica porque "ciencia") estaba lejos de ser lisa por fuera o solo ser protectora. Recordemos que los viejitos ultramillonarios

insisten en experiencias sensoriales. Al parecer creen que seguirán siendo humanos, aunque sean electricidad en una caja, mientras puedan percibir luz, presión, orientarse y entre otras cosas, percibir sonido. En el espacio. Tan inútil como los pezones en los hombres o el ombligo tras nacer.

Pero aunque les explicaron lo costoso y estúpido que sería, se tuvo que hacer. Con dinero baila el perro ingeniero. Así que la corteza que rodearía nuestras mentes digitales estaría llena de sensores redundantes, diversos, en extremo sensibles e inútiles, para que en caso de que uno choque con algo en el espacio o quede cubierto, siga en funcionamiento. Los idiotas no entienden que básicamente pidieron llevarse con ellos (y obligarnos a los conejillos de indias) el sufrimiento humano. No quiero imaginar cómo dolerá un choque con polvo espacial gracias a estos señores nefastos.

Gracias a estos caprichos, el problema de la energía necesaria aumentó. Lo resolvieron de una forma ya conocida por todos en el programa: "¿y si hacemos la cajotota más grandotota?" Me lleva el carajo. El costo fue perder a dos personas más del programa, a cambio de:

1. Una corteza protectora aún más grande para albergar dos fuentes de energía.
2. Una cantidad estúpida de un isótopo radiactivo como primera fuente de energía que nos mantendría con vida por varios siglos.
3. Un sistema de energía solar para el resto de la eternidad concebible.
4. La necesidad de planear viajes a estrellas "cercanas".

El programa original solo consideraba lanzarnos a nuestra suerte en trayectorias que nos sacarían eventualmente del sistema solar, como las viejas misiones Voyager. La necesidad de más energía y la insistencia en una vida infinita y no solo muy, muy larga, hizo que tuvieran que recalcular nuestro viaje sideral. Ahora nos enviarían a estrellas cercanas, jóvenes, con mucho polvo espacial a su alrededor. El plan actualizado era que, al llegar ahí, captáramos energía solar de la estrella y así funcionaríamos por siempre.

—No será posible ser eternos. Muy longevos sí, pero no eternos —dijo Lidia un día en el comedor.

—¿Por qué no, mi estimada sabelotodo? —pregunté.

—Porque la entropía es constante en el universo. Los materiales se desgastarán. Algún asteroide nos impactará. Los sensores y las celdas solares dejarán de funcionar. Todo eventualmente muere.

—Logras matar el poco optimismo que a veces me queda. Quizás no suceda nada de eso y disfrutemos de solo ser.

—Si ninguna de esas opciones sucede, el universo se va a enfriar. O a colapsar. Y vaya que eso será aburrido.

—A veces te odio, Lidia.

—¿Y las otras...?

Con los problemas de protección y energía resueltos, lo siguiente fue enterarnos de que el equipo legal cabildeó para no tener problemas en transmitirnos como conciencias digitales

en forma de láser, y que tratarían todo nuestro *hardware* como cuerpos humanos vivos, los cuales gozarían de inmunidad en la Tierra y en órbita. Ninguna aduana, inspección, ni peligro. Inmunidad total. ¿Me beneficiaría? No, era otro capricho de ya saben quiénes. Al parecer solo les tomó dos semanas lograr el acuerdo.

Con un inconveniente menos, uno de los hombres con bata le dijo a uno de los hombres con traje que necesitaban más hombres con regalos, promesas y amenazas para más cabildeo. Un lugar menos en el programa de seguro. La suerte me seguía, pues no perdí mi lugar, ni la compañía de Lidia hasta ese momento. Ni la de Martín. Con tanto ejercicio de poder lograron que en sesiones extraordinarias las comisiones pertinentes echaran para atrás las restricciones sobre investigaciones de gravitones y las sondas von Neumann. La presentación en la convención dio frutos.

El objetivo era simple. De acuerdo con el equipo de ingeniería, alegó el científico con bata, la infeliz cajotota no era suficiente para una protección eterna. Debido a que nos enviarían a orbitar alrededor de estrellas en lugar de solo flotar por el espacio, necesitábamos algo más duradero. Conforme pasaran eones, las estrellas atraerían cometas y asteroides. La probabilidad de encontrarse con uno es baja, pero si pretendemos existir tanto tiempo como le quede al universo (gracias, Lidia) o por lo menos la estrella que orbitemos, en algún momento habría una colisión y adiós mente digital.

La solución fue dar los últimos pasos para el uso de gravitones. Había leyes y acuerdos globales creados el siglo pasado que eran obstáculos para dejar atrás su existencia como

mera teoría. Por supuesto que a los viejitos no les importó y el avance se había hecho, solo necesitaban hacerlo público sin repercusiones. Porque claro, no solo les importa vivir para siempre, por alguna razón quieren que se les admire. La falla originada por esas reglas alrededor del mundo fue un bajo potencial (y falta de creatividad) para explotarlos económicamente en su momento y un montón de quejosos que alucinaban que detonarían el fin del mundo. Medio vaso de ignorancia es suficiente para enfocarse en escenarios catastróficos imaginarios e ignorar los que pulsan con más vida que un corazón.

Si bien necesitaban mucha energía para generarse, los diminutos gravitones tenían la ventaja de un almacenaje con relativa sencillez. La propuesta fue usarlos para aumentar la gravedad que nuestra masa tendría. Mucha más. Suficiente para atraer polvo espacial y poco a poco aumentar el grosor y densidad de nuestra corteza de metal y cerámica.

¿Cómo mantener los paneles solares limpios, funcionales e incluso repararlos o adaptarlos cuando el volumen de mi futura superficie aumente exponencialmente? Ahí entra el segundo proyecto: las máquinas von Neumann.

—Quiero estar a solas. Por eso me uní a esto —expliqué con fastidio por enésima vez.

—Lo estarás —dijo Lidia con una sonrisa disimulada.

—¿Qué hay de los bichitos von Neumann que mencionaron?

—No te quitarán tu soledad y te ayudarán a que dure más tiempo. Suponía que las propondrían en algún momento para mantenimiento.

—Los voy a sentir sobre mí.

—Serán como ruido de fondo. Los podrás ignorar como ya ignoras todo.

—A veces te odio, ¿sabes?

—¿Y las otras...?

—También sabes...

Capaz de reproducirse y repararse a sí mismas con los materiales que tengan a su alcance. El mundo sintió pánico ante esas máquinas y dejó que el miedo pusiera restricciones a las IA: no podrían reproducirse. La medida era estúpida e inútil pues solo restringía cuerpos físicos. Sin embargo, aunque arcaica, era una ley que obstaculizaba mi futuro ser espacial y por lo tanto agradecí la influencia que tenían los viejitos.

La magia del cine fue bien conocida en los siglos XX y XXI, pero la del dinero es atemporal y ubicua. Junto con algunos chantajes incluso las leyes más absurdas, antiguas e innecesarias se pueden cambiar. Y también las importantes. Yo siempre quise estar a solas, lejos del mundo y de su gente. Estar en paz. Ahora el programa incluía nanomáquinas que se reproducirían sobre mi superficie, necesarias para cuidarme. Me aseguraron que su programación sería básica y restringida:

1. No podrían usar pedazos de mi superficie original (la cajota) para reproducirse. Solo lo harían con materiales obtenidos del polvo espacial.

2. Mantendrían mis paneles solares limpios.

3. Si mi superficie aumentaba a niveles exponenciales, adaptarían los paneles para tenerlos siempre en la superficie.

Eso fue todo. Peor que las leyes de la robótica. Aseguraron que sería suficiente y seguro. ¡Ja! El optimismo a la orden del desastre.

El cuerpo de Martín murió una semana antes que el mío. Sobre la digitalización de mi ser tengo recuerdos vagos. Supongo que hubo algo de trauma en la experiencia o que decidieron eliminar fragmentos. A veces vienen a mí imágenes... momentos que incluyen mordazas, menciones de anestesia local, un sonido agudo ensordecedor seguido de silencio absoluto, terror y un letargo indescriptible. Hasta cierto punto agradezco no recordar todo, aunque enseguida me surgen dudas sobre qué otras cosas no permanecieron en mi memoria. ¿Qué perdí? Y sobre todo, ¿qué de mí no soy yo? ¿Añadieron algo? ¿Cuántos de mí hay?

Al inicio de mi viaje pensaba que no tenía utilidad pensar demasiado en ello. La ansiedad subsecuente a la introspección no valía la pérdida de tiempo. Después caí en cuenta de que nada de mi existencia tiene utilidad. Estoy libre de ataduras, prejuicios, responsabilidades, obligaciones y expectativas; incluso las mías. Vine de una estrella a otra y no hay nada ni nadie a mi alrededor que tenga una opinión.

Soy todo lo que existe aquí.

Soy todo.

Me soy.

Soy.

Nunca tuve un gran sentido del humor, pero la falta de interacción humana (que aún agradezco) terminó de aniquilarlo. En general cualquier uso de la lengua y la mera idea de un lenguaje comienza a ser ajena. Para ahorrar energía estuve en una especie de suspensión de conciencia: no recuerdo mas que fragmentos de los milenios de traslado hasta aquí. Mi despertar fue reciente, pero el tiempo también es más ajeno a cada momento. Este breve recuento de la transición de mi vida humana, a mi existencia eterna, digital y magnífica fue un proyecto que inicié de mí y para mí. Si alguien más lo halla, está bien, será divertido si lo entienden, si de verdad entienden lo que escondí, pero si no sucede, me basta a mí. Me basto.

Supongo que hago esto porque una parte de mí está aún aferrada a mi vehículo orgánico, de la misma forma en que, durante todos los años que pude, aún miraba hacia la Tierra y la distinguía de entre el resto de estrellas y planetas en el espacio antes de reducir mi actividad consciente para llegar aquí. No me avisaron que sucedería, pero es la única explicación que hallo para mis pocas memorias del viaje.

Aquel depósito viscoso que albergaba mi consciencia ya no existe. ¿Qué será de mis restos? ¿Alimentarán gusanos aún? ¿Habrá gusanos que alimentar todavía? ¿Habrá cientos de viejitos turbo-millonarios que floten como yo lo hago ahora, y se encaminen a sus respectivas estrellas? A veces me pregunto dónde comienza y termina la vida, que evidentemente va más allá del cuerpo. A veces me pregunto por Lidia. Su digitalización estaba programada para la semana después de la mía. Solo

recuerdo que nos despedimos bien. A veces todavía la odio. Otras no...

Mi mayor pesar y causa de estrés es una mezcla de pasado y futuro. Me abruman las dudas sobre qué soy. Sé que soy una cajotota en el espacio, llena de tecnología cuyo funcionamiento no comprendo, pero me mantiene vivo. Mas no sé lo que soy con respecto a lo que fui. Si cualquier cosa falla respecto a lo planeado ni siquiera lo sabré. Nadie lo sabrá. Dejaré de ser. Y el mundo conmigo.

No me consta que en verdad haya sido aquel cuerpo que recuerdo. No es inverosímil ser una computadora con recuerdos falsos, insertados por algún adolescente aburrido que tortura IAs. Tampoco sería errado considerarme que solo soy y he sido por siempre lo único consciente en el universo y en mi omnipotencia decidí borrar mis recuerdos viejos y darme estas falsas memorias por mero aburrimiento. Por amor u odio a mí.

Sin duda cada alternativa es igual de posible que las demás. A fin de cuentas, haber existido como un ser hecho en su mayoría de agua, en un planeta lleno de miles de millones de seres iguales, me parece tan poco probable como no tener principio ni fin. ¿Quién es capaz de recordar su nacimiento o el origen de su autoconsciencia?

Sobre el futuro me preocupa que todos mis recuerdos sean reales. Que los materiales y tecnologías imperfectas de los humanos se degraden y me cuesten la vida. Que mi

nula autosuficiencia cause un punto de quiebre. Que mis nanomáquinas no puedan mantenerme por siempre. Que sus cambios sean el inicio de la tempestad.

Siempre quise estar a solas. Que nadie me molestara así como yo no molesto a nadie. Si tomé esta oportunidad fue por la promesa de soledad y el placer de disfrutar de mí y mis propias ideas. Los sensores de presión instalados en mi superficie detectaron algunas colisiones diminutas y nada más. Sin embargo, hace algunos millones de años detectaron presiones más suaves. Ya no soy la simple caja que aventaron al espacio, mi corteza ya está cubierta de varios metros de polvo y hielo, pero a esa presión me acostumbré rápido.

Ahora siento contactos ligeros que se deslizan. Me tardé años en entenderlo: las nanomáquinas ya no son nano. Se modificaron a sí mismas con lo que tienen sobre mí y ya son un poco más grandes. Aún no las vería un ojo humano con facilidad, pero las siento. Detecto movimientos distintos a los que hacían antes. Siguen cumpliendo su función, me mantienen, pero también sospecho que es más una rutina e instinto, partes de algo más complejo que solo una programación básica que no da lugar a más.

¿Seguirán creciendo? Cuando el hielo en mi superficie se derrita y haya más compuestos en mi superficie, ¿los tomarán también? ¿Creecerán más? ¿Serán capaces de modificar su código, así como modifican su exterior antes de reproducirse?

Qué es la evolución si no modificaciones previas a la reproducción. Cada día se aleja mi sueño de soledad. Cada día temo más lo que vislumbro para el futuro: estar poblado por una especie que no es la mía, a la que necesitaré por siempre, y a la que siempre querré lejos. Una que nunca me conocerá.

Me pregunto si en algún momento la Tierra se habrá sentido como yo me siento ahora. A veces odio la distancia...

Juan José Albor Torreblanca (México, 1990). Ha vivido desde siempre en la capital del país. Estudió comunicación y balancea su trabajo en marketing enfocado a recaudación de fondos, con la literatura. En la escritura se ha enfocado principalmente en cuentos de géneros especulativos, mientras que en la lectura trata de expandir su zona de confort todo el tiempo. Algunos de sus pasatiempos son el cine, los videojuegos y viajar.

--

DIOSES DE COSAS PEQUEÑAS

CHEYENNE SHAFFER

Algunos dioses no reciben oraciones. Ni siquiera un "gracias". Ese es el mundo en el que vivimos hoy. Hay tantas distracciones por todos lados que los humanos no saben a qué prestarle atención. Se obsesionan con cosas estúpidas mientras las importantes se desvanecen en el fondo. ¿La Diosa de las Computadoras, por ejemplo? Ella recibe oraciones todo el tiempo. "Por favor, carga". "No, no, no, no te caigas". Y así sucesivamente. Pero durante la mayor parte de la existencia humana, se las arreglaron bien sin ella. ¿El Dios de los Clavos, sin embargo? Nadie le reza para que mantenga su casa en pie. Simplemente lo hace: un trabajo-no-agradecido que ha durado miles de años.

Tal vez yo no sea tan antiguo o tan importante como el Dios de los Clavos, pero aún realizo un servicio vital, y nadie nunca piensa en agradecerme. No obstante, hoy será diferente. Puedo sentirlo. Quizá no tenga la omnisciencia de un dios de alto nivel, pero suelo percibir momentos importantes perturbando el *status quo* como piedras lanzadas en agua quieta. Uno está por llegar hoy, y estaré listo.

Eres una humana, una artista, y desde el momento en que atraes mi atención, noto que eres igual a todos los demás: perdida dentro de tu mente. Navegas en tu teléfono, mirando a la nada durante horas antes de cumplir tus deberes. Luego, dos veces mientras dibujas, olvidas tu lápiz detrás de tu propia oreja. La Diosa de los Lápices debe estar jugando contigo por aburrimiento; tampoco recibe mucha atención.

Después de un rato, caminas hacia la puerta, pausando para decidir entre un par de chanclas y zapatillas más resistentes. Eliges las zapatillas, y me emociono. Finalmente, saldremos.

Tu apartamento está en una pequeña ciudad, así que no necesitas un coche para moverte. Miras hacia adelante al caminar, y yo saboreo cada gramo del día. Una mujer atlética cruza la calle con un Collie; su largo y sedoso pelaje rebota ligeramente al compás de su trote. Un hombre que sale de una tienda de cacería mete algo en el bolsillo de su chaqueta de camuflaje, la cual parece un estallido de color contra los grises de la ciudad. La pintura roja metálica reluce en una Harley Davidson; su motor ronronea como trueno celestial. El mundo es hermoso.

Te detienes en un restaurante de hamburguesas que también es un bar deportivo. Cortinas con patrón a cuadros cubren las ventanas, reduciendo el resplandor hacia los televisores. El brillo del sol es reemplazado por algo más íntimo: luz amarilla lloviendo desde simples candelabros de vidrio de colores.

Una mujer con el mismo tono pálido de cabello que el tuyo saluda desde su mesa. ¿Tu hermana? Prácticamente te lanzas sobre el asiento frente a ella, y ambas se disuelven en un ataque

de risas tan fuerte que borra el ritmo de la música pop que llena el local.

La vida en el restaurante continúa. La campana en la puerta suena, y el hombre que vi antes con la chaqueta de camuflaje entra; sus botas Timberland resuenan con cada paso. Toma asiento en el bar, cerca de otro hombre, aunque no parecen conocerse. Su movimiento ni siquiera se registra en el rabillo de tu ojo. Tampoco te mira, pero algo en él parece importante.

Tú y tu hermana piden hamburguesas y malteadas y cuchichean sobre personas que no me interesa conocer. Los hombres en el bar piden cervezas.

Un partido de fútbol se reproduce en silencio en varias pantallas. Miras una por un tiempo, pero por la forma en que tus ojos brillan, sé que es solo movimiento parpadeante para ti, un lugar interesante para descansar tu vista mientras tu hermana cuenta una historia. Los hombres en el bar, sin embargo, miran el juego intensamente. El hombre que ha estado aquí desde antes de que llegaras se inclina hacia el que lleva camuflaje y habla en voz baja. Señala hacia la pantalla más cercana con el cuello de su botella.

Tú y tu hermana terminan las hamburguesas y pagan. No los escuchas sobre el bullicio de la música, pero los hombres en el bar están perdidos en su conversación ahora. El de camuflaje gesticula erráticamente con sus manos. El otro hombre rebota su rodilla, su Nike blanco hace chirriar el reposapiés de su taburete. No puedo evitar notar que sus zapatillas son de velcro. Qué pena.

Tu hermana recoge su bolso, y tú devuelves la tarjeta a su funda de goma en tu teléfono. Las voces en el bar están subiendo ahora, y puedo sentirlo. Mi momento se acerca.

Te levantas para irte, sin mirar a los hombres. Ellos tampoco te miran. Un taburete se empuja hacia atrás con un chirrido metálico. Y las Timberlands golpean el suelo.

Justo cuando sales por la puerta, una mano se mete en el bolsillo de la chaqueta de camuflaje. Cuando sales por la puerta, me inclino y doy un tirón suave.

Te separas de tu hermana en la acera. Después de un paso, notas lo que he hecho. Apenas tienes tiempo para arrodillarte. La ventana detrás de ti se hace añicos, y una bala vuela sobre tu cabeza mientras atas tus zapatillas. La única otra bala alcanzó su objetivo. Supongo que el Dios del Velcro tenía otras cosas que hacer.

Te escabulles por la calle, manteniéndote agachada, pero los disparos han terminado. Tu hermana se aferra a ti mientras le explicas lo que pasó. Cuando terminas, ella inclina la cabeza hacia atrás con un suspiro. "Nunca pensé que diría esto, pero ¡gracias a Dios que tus zapatos estaban desatados!"

Asientes en acuerdo. "Gracias a Dios". Al Dios de los Cordones, para ser exactos, pero de nada. Ya era hora de que recibiera algo de aprecio por aquí.

Cheyenne Shaffer. Graduada del taller de escritura Odyssey y The Never-Ending Odyssey. Reside en los

EEUU, donde actualmente está cursando un grado a través del programa MFA de escritura creativa de Northeastern Ohio. "Gods of Small Things" apareció por primera vez en inglés en la revista Factor Four, y otros trabajos de Cheyenne se pueden encontrar en varias antologías, incluyendo "Aseptic and Faintly Sadistic: An Anthology of Hysteria Fiction", ganadora de un premio Shirley Jackson.

— — —

RECORRIDO NOCTURNO POR EL ESPACIO

E. N. DÍAZ

Elio se colocó el visor de realidad aumentada y salió a caminar por el centro de su ciudad en el Espacio. La calle principal, flanqueada por bares y restaurantes construidos dentro de coloridas casonas coloniales, estaba casi vacía. Apenas era martes por la noche y la escasa vida nocturna había sido ahuyentada por la incesante llovizna.

En la realidad, Elio estaba echado sobre su cama con las luces del departamento apagadas y la puerta de su recámara cerrada contra los ruidos del mundo exterior. Los gráficos de su visor de realidad aumentada eran tan buenos y el sonido de sus audífonos profesionales tan envolvente que dudaba que incluso un camión impactándose contra la fachada de su edificio lograra perturbarlo, pero no quería arriesgarse. Aquellos días, andar por el Espacio era lo único que le traía paz.

No importaba que Elio se supiera dentro de su habitación oscura impregnada del olor dulce y grasoso de la comida china barata de la plaza, sus ojos y sus oídos —herramientas suficientes para engañar al resto de sus sentidos— experimentaban hambrientos la réplica exacta de las calles anochecidas de la

ciudad. El tráfico nocturno reventaba los espejos de agua formados en los baches de la calle y borraba por unos instantes el reflejo opaco de los edificios a sus espaldas. Un espejo en el espejo, fantasía infinita.

El avatar de Elio caminaba despacio. Su pulgar presionaba con suavidad la palanca que hacía que su avatar se moviera, pero él podía jurar que eran las plantas de sus propios pies las que sentían la presión y la fatiga. Podía sentir cómo se le empezaba a formar el callo en el dedo meñique después de tanto caminar; cómo el agua de los charcos que no había alcanzado a esquivar empapaba sus calcetines convirtiéndolos en engrudo y el frío lo mordía hincándole sus pequeños dientes filosos como agujas.

Elio no podía decir si le traía verdadera felicidad estar dentro del Espacio, pero sí podía asegurar que era la única forma que tenía para sentirse vivo, y eso era todo lo único que le importaba.

Elio se detuvo frente a la ventana oscurecida de una tienda de mascotas cuya fachada estaba pintada de un verde radiactivo, con patitas de perros y gatos dibujadas de negro alrededor de la puerta. Observó su reflejo flotando entre las sombras. Su avatar despedía un peculiar brillo, como si su piel estuviera hecha de plástico pulido. Todo en el espacio tenía ese mismo brillo, dando una experiencia estética similar a la de un videojuego con excelentes gráficos. Al principio, esa era la única diferencia entre su avatar y él, ya que todos los avatares empezaban siendo réplicas exactas de los usuarios.

Si Elio se quitara el visor de realidad aumentada y se viera en un espejo, se vería como alguna vez fue su avatar en el Espacio; la barba espesa, la mandíbula cuadrada, la frente prominente de neandertal que volvía sus ojos diminutos. Tenía labios gruesos,

y eso no le molestaba tanto, pero al sonreír se le veía un horrible hueco entre el incisivo y el canino izquierdo que se había provocado él mismo de tanto moverse el diente con la lengua por la ansiedad.

Era muy alto, y eso era algo que odiaba. Media casi uno noventa, pero él siempre había querido ser pequeño y delicado. Además de su incómoda estatura, su cuerpo tenía espalda ancha y tosca y, como no hacía nada de ejercicio, era de esas personas con cuerpo de sapo; bracitos esqueléticos, pero con una enorme barriga hinchada de tanto refresco y cerveza. Sólo de imaginar su reflejo se le subía la bilis del asco, su piel cosquilleando con total desprecio.

Viéndose en la ventana de la tienda de mascotas, Elio contemplaba a una persona distinta. Su reflejo era de facciones finas, mandíbula afilada, frente pequeña, pómulos altos. La piel del rostro estaba lisa como la de un bebé, la línea del cabello —que le crecía hasta los hombros— estaba más baja y redondeada, más femenina. Su cuerpo seguía siendo alto, pero se había quitado toda la grasa extra del abdomen que ahora lucía plano en un *croptop* blanco y una falda alta de mezclilla. Presionó un botón del control y su avatar sonrió. Elio sintió cómo esa sonrisa tiraba de las comisuras de sus propios labios.

Había invertido mucho dinero para obtener aquella apariencia. Todos los cambios de diseño —todas las cirugías que se hacían a los avatares— tenían un precio. Todo dependía del cirujano al que el usuario acudiera en su ciudad. Si se quería ir a otra ciudad —o a otro país— a operarse, había que pagar por el transporte y el hospedaje y, en algunos casos, hacer el trámite para la VISA.

Varios *influencers* de los que Elio era devoto se la pasaban viajando alrededor del mundo y en sus perfiles del Espacio subían videos de más de diez horas en los que documentaban el viaje en avión, las diferentes escalas, así como los diversos incidentes que sucedían durante el trayecto. Algunos incluso compartían con sus seguidores los videos de sus cirugías. A Elio le encantaban.

Él no tenía dinero para salir del país todavía, así que se la pasaba obsesionándose con aquellos videos durante el trabajo o cuando hablaba por teléfono con sus padres, soñándose dentro del Espacio, montado en esos asientos incomodísimos con destino a lugares maravillosos y desconocidos. No era sorpresa que en su trabajo como coordinador de actividades del museo de Antropología e Historia de la ciudad lo hubieran amenazado con correrlo infinidad de veces para que, al final, él decidiera ya no asistir.

No renunció ni pidió los días libres, sólo un día dejó de presentarse y de responder las llamadas de su jefe y sus compañeros. Ya ni siquiera les respondía el teléfono a sus amigos de la universidad y ninguno de ellos sabía cuál era su nuevo perfil en el Espacio. Había tenido que pagar una cantidad considerable para cambiarse la identidad, pero había valido la pena. La soledad era un lujo cuyo precio iba en aumento.

Ni siquiera su familia sabía quién era su avatar y ese era el mayor alivio. ¿Qué dirían sus papás, sus hermanos, si lo vieran así? Si ya había gente en el Espacio que le gritaba de cosas. Le decían lo normal, lo que cientos de veces había escuchado antes; monstruo, joto, puto, maricón de mierda. Eso no era nada nuevo. Lo que en verdad lo sorprendió fueron los coches que

empezaron a detenerse junto a él y, antes de poder salir corriendo para evitar alguna paliza, le lanzaban piropos, le proponían encuentros, le preguntaban el precio. Se había convertido en alguien deseable, pero sólo entre las sombras.

Ahora que se encontraba sin empleo, consideraba ponerle precio a ese cuerpo que tanto le había costado, subirse por primera vez al coche de un extraño y dejar que la noche tomara las riendas de su suerte. El miedo era lo único que lo retenía. En su ciudad en el Espacio —como en la vida real— no había zona de tolerancia, así que si lo atrapaban podían encerrar a su avatar en prisión toda la noche.

Ya había tenido sexo con desconocidos en el Espacio. Cuando recién se había operado, había visitado uno de sus antros favoritos —el único antro gay en el Espacio de la ciudad— y se había sumergido en el espeso hechizo de música electrónica, reguetón y luces multicolores. Hacía mucho tiempo que Elio no visitaba aquel antro en el mundo real. Los establecimientos de la ciudad pagaban para poder abrir su sucursal dentro del Espacio, pero tenía que admitir que la música era mucho mejor en el mundo virtual.

Cada que su avatar tomaba un trago de su bebida color azul pitufo, Elio tomaba un trago de la misma bebida que se había preparado él solo en su departamento. Se imaginaba que el sabor violentamente artificial de la mora azul mezclado con la quemazón del vodka provenía de su avatar y no del vaso entre sus manos.

Cuando ya estaba borracho y las luces y los cuerpos bañados en sudor se mezclaban en un remolino multicolor, se le acercó un hombre. Elio recordaba la barba negra, el pelo rizado, la

camisa roja de leñador que llevaba puesta. El hombre lo guió con una mano en la cintura hasta el baño ubicado en la parte trasera del antro donde se llevaban a cabo encuentros casuales y, en la vida real, siempre olía a sudor, orines y semen.

No hubo necesidad de decir nada. Elio ya tenía sus aparatos sobre la mesita de noche de su habitación. El baño del antro no estaba vacío, así que tuvieron que buscarse un rincón entre los urinales de metal. En teoría, el Espacio no permitía que se tomaran videos de esos encuentros, pero nadie podía hacer nada contra el viejo truco de usar la cámara del celular para grabar la pantalla.

Dentro del baño se producían repentinos flashazos de luz blanca cuando alguien encendía la lámpara de su celular para guiarse entre las sombras. Otros preferían guiarse por medio del tacto, convirtiendo así en tríos o cuartetos lo que había iniciado entre dos.

Elio puso a su avatar de espaldas al hombre mientras tomaba su consolador color carne y lo adhería a la pared con la ventosa en la base. Le puso un condón —así era más fácil de limpiar después— y se colocó en posición. Había quedado a la altura perfecta. Al tiempo que él se preparaba, el hombre tomaba su *fleshjack* que imitaría la sensación del cuerpo de Elio.

Arrodillado en el baño, en medio de otros hombres —y algunas mujeres— gozándose entre las sombras, a Elio le subieron la falda y le rompieron las medias, mientras él se clavaba solito en el consolador colgando de su pared. Sabía que había máquinas capaces de sincronizarse con los movimientos de cadera del hombre que llevaban la inmersión a otro nivel, pero todavía no tenía dinero para una.

Escuchaba a la distancia la música electrónica y los gritos de la gente del antro, pero Elio trataba de concentrarse en los gemidos del hombre mientras se clavaba con desesperación en su consolador. El placer iba derribando poco a poco la odiosa barrera entre él y su avatar, permitiéndoles fusionarse. Sólo dentro del Espacio Elio sentía que cogía de verdad.

Cuando todo hubo terminado y el hombre le dijo adiós, el silencio de su habitación estuvo ahí para recibirlo.

Miró de soslayo las vitrinas oscurecidas de la calle mientras caminaba. Elio recordaba las horas de cirugía que había tomado el lograr moldear su cuerpo a su verdadera imagen. Cuando el insomnio lo invadía —que, de un tiempo para acá, era casi diario— y aún tenía que levantarse temprano para ir a trabajar, ponía los videos de sus cirugías en la pantalla de su habitación y se arrullaba con el sonido de los cirujanos del Espacio raspándole los huesos. Se imaginaba que era alguien raspando los barrotes de su prisión, ofreciéndole por fin su libertad, la libertad que sus huesos invadidos por la testosterona le habían negado.

Muchas personas no entendían —entre ellos los padres de Elio— cómo alguien podía llegar a invertir tanto dinero y tiempo en el Espacio. Lo más lógico para ellos sería ahorrar ese dinero para hacerse todos esos arreglos en la vida real. ¿Por qué gastarlo en tan elaborada ficción?

Un coche negro pasó zumbando junto a Elio y lo salpicó con el agua puerca de la calle. Había sido tanto su miedo que, por instinto, saltó de su cama al mismo tiempo que presionaba los botones del control para mover a su avatar. Casi azotó de nalgas contra el suelo. Si no se hubiera movido a tiempo,

hubiera terminado empapado de pies a cabeza. Su corazón latía acelerado en su garganta y, de coraje, se le salió una maldición.

Un grupo de chicas que paseaba por la acera, algo tomadas, lo voltearon a ver, percatándose por primera vez de su presencia, y se rieron.

—Otro puto enfermo que quiere ser mujer, —dijo una, su sonrisa amplia y cruel.

—Otro puto enfermo que piensa que el ser mujer es vestirse como puta, —la corrigió su amiga.

—Como me dan asco, —dijeron al mismo tiempo, riéndose.

Elio apresuró el paso, tratando de escapar de esas chicas y sus palabras lacerantes. Él no estaba tratando de ser mujer, pero tampoco era hombre. Por lo pronto, por lo que sabía en ese momento, Elio era Elio y nada más.

En su prisa por desaparecer, dobló en una esquina al azar y se encontró de pie al final de una ancha calle desierta. Había algunos coches estacionados, pero las enormes puertas y ventanas de las casas coloniales estaban tapiadas. La pintura vieja de sus fachadas se estaba pelando en varias partes. Era la mera imagen de la desolación. Elio sintió cómo sus manos temblaban y la vista se le nublaba un poco.

Hace unas semanas habían asesinado a un chico en esa calle en el Espacio. El chico iba saliendo de un bar de la calle principal, bastante borracho, siguiendo a un grupo de hombres que había conocido esa misma noche, tambaleándose como cucaracha fumigada, para continuar la borrachera en otra parte. Al final, en lo que encendía un cigarro, el chico dobló en una esquina que no era la indicada y terminó en una calle que no reconocía.

Aquella fatídica noche la calle no estaba vacía. Había tres hombres recargados contra un destartado carro rojo. Tres hombres y dos mujeres. No había nada amenazador en su apariencia; todos iban de *jeans* y playeras sencillas, fumando y riendo mientras echaban miradas de tanto en tanto hacia los dos extremos de la calle.

En cuanto vieron al chico vestido con su minifalda, sus plataformas negras, sus aros de oro, su delineador azul eléctrico algo chorreado, su *croptop* de red amarillo fosforescente que dejaba relucir los aros en sus pezones, algo en aquel grupo, en aquella manada, cambió. Las risas pararon y el aire se volvió espeso, pero los cinco chicos sonreían.

Le cayeron encima los tres hombres sin gritarle, sin advertirle, tres cazadores expertos abalanzándose sobre un borrego idiotizado por el alcohol. Las dos chicas miraron todo desde lejos, alentando a los hombres desde su lugar, riéndose a carcajadas mientras el chico lloraba y suplicaba por clemencia. Les gritaban a sus chicos que le dieran más duro al puto, extasiadas. Lo dejaron tirado en la calle. Para cuando lo encontraron, el chico ya había muerto.

Los asesinos habían grabado el crimen y publicaron el video en sus perfiles del Espacio, antes de que la policía del Espacio de la ciudad diera con ellos. Para cuando los arrestaron, ya era demasiado tarde. El video circulaba por todas partes. Algunos grupos de activistas habían comenzado a utilizarlo para realizar campañas contra el odio sin pedirle permiso al chico asesinado antes de usarlo y sin compartir su cuenta de banco donde el chico trataba de juntar el dinero para iniciar con otro avatar.

Tendría que iniciar de cero. Todo lo que ya había invertido en su viejo avatar se había perdido para siempre.

A Elio lo recorrió un escalofrío. Sólo de imaginarse la impotencia y la desesperación ante aquella situación le daban ganas de llorar.

Llorando de impotencia había llegado a su departamento en el mundo real después de que unos hombres borrachos lo persiguieran en un coche. Esa vez había estado seguro de que no la iba librar, sus piernas moviéndose demasiado lento como si estuvieran sumergidas en el material espeso de las pesadillas. Por fortuna, la presencia del velador de su edificio había ahuyentado a los hombres.

El alivio que sintió Elio rápido se esfumó, ya que, al verlo, el velador frunció el ceño y le dijo:

—Es que usted también, joven. ¿Pa qué sale así, maquillado?

Fue la primera y única vez que Elio se atrevió a salir así en público. Fuera del Espacio prefería esconderse detrás de la máscara de su cara lavada y su barba tupida. Una máscara de miseria.

Elio se dio la media vuelta, en un intento por poner distancia entre aquel funesto suceso. Buscó por instinto la seguridad de la luz, el refugio de la gente. Casi suelta una carcajada. Ya debería de saber que, en su caso, la luz era el refugio de los verdaderos monstruos. Siguió avanzando por la calle principal en dirección al Arco de la Calzada. De la terraza de algunos establecimientos lo seguían las miradas y la risa de los clientes como su sombra.

Elio sabía que para mucha gente resultaba ridículo hablar de crímenes en el Espacio, pero no sólo eran tan comunes como en la vida real, sino que las personas más propensas a

cometer crímenes dentro del Espacio eran personas comunes y corrientes: maestros de kínder, amas de casa, estudiantes de universidad.

Hubo una noticia muy sonada de una maestra que fue despedida de su trabajo como coordinadora del departamento de inglés de una primaria, ya que se descubrió que en el Espacio había desaparecido a más de una docena de niños. La maestra demandó a la escuela, argumentando que ella en realidad no había lastimado a ninguno de esos niños, que lo que sucedía en el Espacio era una simple simulación, que ella nunca había secuestrado a nadie y no tenía intención de hacerlo.

La maestra ganó la demanda, consiguiendo trabajo como coordinadora en otra escuela para el completo horror de varios padres de familia. Uno de los padres de una de las víctimas apareció en el programa de opinión más importante de México para hablar del daño irreversible que la maestra le había ocasionado a su hijo; el niño ahora le tenía tremendo pavor a la oscuridad y no lo podían dejar solo ni un minuto del día. Había dejado de ir a la escuela y no quería despegárseles a sus padres, haciendo casi imposible para ellos el ir a trabajar porque no tenían con quién dejarlo y la terapia no les estaba funcionando como ellos esperaban. La maestra lo había mantenido encerrado en un sótano dilapidado y cada vez que el niño se conectaba al Espacio, lo único que veía era aquella miserable habitación. Matar a su avatar había sido un acto piadoso.

Durante el furor mediático, muchas personas argumentaron que ese mismo trauma se lo hubiera podido provocar una película o algún videojuego, y no por eso se llevaba a juicio a diseñadores y cineastas. Al menos, ya no. Se habían iniciado

campañas y protestas para obligar al gobierno a intervenir y regular el contenido del Espacio, pero, hasta la fecha, nada había procedido. Era la firme creencia de los devotos del Espacio —alentados por el CEO de NAUE, la compañía creadora del Espacio— que la lealtad a la realidad era lo que hacía al Espacio una experiencia única.

A Elio no le agradaban del todo esos fanáticos, en especial porque trataban al fundador de NAUE como una especie de semidios, cuando todo mundo sabía que le había robado la idea a uno de sus mejores amigos de la universidad. Pero, en este caso, no sabía muy bien cómo sentirse.

Por supuesto que odiaba todas las agresiones que ocurrían dentro del Espacio, al igual que odiaba las que ocurrían fuera de éste. Sin embargo, a veces se imaginaba un Espacio perfecto, libre de crimen, donde la maldad era imposible y lo único que se hacía realidad eran las fantasías más puras de cada usuario.

La sola idea amenazaba con ponerlo a dormir.

Elio cruzó la glorieta hacia el paseo de la Calzada de los Héroes, pasando por debajo del Arco de la Calzada y sentándose en una de las bancas entre las frondosas jardineras. La banca se veía fría y húmeda. El cuerpo de Elio se estremeció al sentarse como si de verdad pudiera sentir contra la piel desnuda de sus muslos el gélido metal. La lluvia había dejado las hojas de los árboles salpicadas de diminutos cristales que brillaban bajo la luz plateada de la noche como gotas de luna. Elio se volvió hacia el arco.

El arco fue construido a finales del siglo XIX para conmemorar la Independencia de México. Era una enorme

construcción de madera revestida en yeso de estilo neoclásico con columnas dóricas y coronado por un majestuoso león de bronce que ya no era el original. A la luz de la luna, la silueta del león parecía vigilar receloso la entrada a otro mundo, dejando fuera a todos aquellos a quienes consideraba indignos.

El asfalto de la glorieta relucía como el lomo negro de una serpiente. No circulaba ningún coche y la gente en los locales alrededor hacía caso omiso a todo lo que ocurría en el mundo exterior. Elio estaba solo frente al arco, solo en ese otro mundo. ¿Desde cuándo no visitaba el Arco de la Calzada en el mundo real? ¿Desde cuándo no salía de su habitación?

La última vez que recordaba haber visitado el arco en la vida real fue cuando se topó con el fanático. Elio estaba esperando un taxi en la glorieta una noche similar a la que habitaba en ese momento en el Espacio. Había salido con sus amigos a beber, pero, como siempre, comenzó a sentirse incómodo casi de inmediato.

Los bares estaban atascados y el calor húmedo de la noche comenzó a sofocarlo. El contacto de tanta gente contra su piel abochornada y el precio de la cerveza que se chupaba su patético salario y apenas lo hacía sentir mareado cimentaron su pésimo humor. Terminó yéndose temprano mientras que sus amigos decidieron seguir la borrachera en otra parte. En ese momento, cuando esperaba por su taxi, una sombra pareció desprenderse del Arco de la Calzada y acercarse sigilosa hacia él.

Elio estaba seguro de que lo iban a asaltar. Comenzó a prepararse para gritar o correr o, tan siquiera, atinarle unos buenos golpes a aquel imbécil antes de que le quitaran sus miserables pertenencias, pero, al final, no hubo necesidad. Sólo era

un fanático. El hombre que se le acercó iba vestido con ropa gris y sandalias. Se veía demacrado, la cabeza rapada, y llevaba el logo de la NAUE —una antorcha encendida— tatuado en la frente. Era de los de la Destrucción del Ser.

El hombre le sonrió y trató de preguntarle la hora. Como Elio no respondió, trató de preguntarle su nombre, a dónde iba, en qué trabajaba, estaba casado, tenía hijos, era feliz, estaba contento con su vida, estaba contento con su cuerpo, qué era lo que más deseaba, qué era lo que siempre había querido ser, lo que siempre había temido ser. Él conocía el camino para hacer todos sus sueños realidad.

Elio hizo como si lo ignorara, haciendo un gran esfuerzo por no mirarlo ya que sabía que, si lo observaba, aunque fuera por un segundo, el hombre se daría cuenta de inmediato de cuánta curiosidad le generaban sus palabras.

Ya había escuchado de la Destrucción del Ser. Era una pseudo religión de alcance internacional que predicaba el abandono de la carne en un intento por fusionar la esencia física de las personas con los avatares del Espacio que, para ellos, eran su verdadero yo. Vivir para siempre en el Espacio era su visión del paraíso. Había videos circulando en los perfiles oficiales de la Destrucción del Ser donde documentaban la «*ascensión*» de algunos de sus miembros.

En estos videos se podían apreciar a personas tan delgadas que parecían esqueletos forrados de cuero brillante desnudos salvo por su visor de realidad aumentada. Alrededor de ellos otros miembros lloraban y cantaban, flagelaban su carne mientras contemplaban al elegido con ardiente devoción que resaltaba su envidia. Poco a poco, el elegido iba dejando su cuerpo

y se transformaba, su esencia viajando por el espacio hasta introducirse en su visor, fusionándose con su avatar para iniciar una nueva vida, una vida verdadera.

Muchos devotos de la Destrucción del Ser, así como familiares destrozados por las decisiones incomprensibles de sus seres amados, aseguraban haber visto a los elegidos recorriendo el Espacio como fantasmas virtuales —siempre de reojo, siempre fuera de su alcance—, sin importar cuantas veces se les mostrara el acta de defunción de su avatar. Cada vez, la Destrucción del Ser tenía más creyentes.

Algunos activistas buscaban que se les denominara culto. Otros, llamados peyorativamente «*radicales*» por los medios, exigían que se les reconociera como terroristas después de revelarse que varios ataques a mezquitas, sinagogas y templos católicos —en el Espacio y fuera de éste— habían sido orquestados por miembros de la Destrucción del Ser. Se seguía debatiendo el asunto, pero, tan siquiera en América, denominarlos como terroristas sería casi imposible.

Los seguidores de la Destrucción del Ser veían al creador del Espacio como una especie de profeta. Veneraban a cualquier persona afiliada a la NAUE, asegurándole puestos políticos a candidatos que no tendrían oportunidad de ser elegidos de otra forma. No había manera de que los propios políticos se deshicieran de su contingente más grande y fiel de votantes. Ignorarlos se había vuelto imposible, aunque sus objetivos políticos fueran difíciles de entender, ya que cambiaban con el humor de su líder. Sin embargo, la fe de muchos seguidores de la Destrucción del Ser parecía ser genuina.

Elio se permitió imaginarse rodeado de creyentes flagelándose y mirándolo con envidia mientras él ascendía, esperando a que la prisión de su cuerpo terminara de derrumbarse para que su esencia volara libre hacia su avatar, hacia su verdadero yo. Una sola lágrima se derramó bajo su visor.

Elio echó la cabeza hacia atrás e inhaló profundamente. Imaginó la brisa fresca de la noche inundando sus pulmones. El olor a comida china debajo de esa frescura ya era muy fácil de ignorar. Apretó los controles entre sus manos, el plástico duro resbalando un poco entre sus palmas sudadas. Sintió la banca fría y húmeda bajo sus muslos, su falda mojada pegándosele al trasero.

Se acomodó el visor de realidad aumentada que siempre le dejaba una marca roja sobre la nariz y alrededor de los ojos, y le dedicó una última mirada al Arco de la Calzada, al elegante león que rugía triunfal en su cima. Tal vez era hora de volver a visitarlo en la vida real.

Elio comenzó a andar de nuevo por las calles oscuras y semi desiertas, sin ningún rumbo fijo en mente. Todavía faltaba mucho tiempo para el amanecer.

E. N. Díaz (Ciudad Obregón, Sonora, 1995) es poeta, cuentista y traductorx. Estudió Lenguas Modernas. Sus escritos han aparecido en las revistas Clarkesworld Magazine, The Magazine of Fantasy and Science Fiction, BULL Magazine, Letralia Tierra de Letras, The Café Irreal, Revista Casapais, Revista Irradiación, Revista Larus, Strange Horizons, entre otros.

--

LA BURBUJA DE PATRAS

ÁNGEL FUENTES BALAM

Por el ovalado cristal del Airbus A330-101 de Tunesair, Kee Hyun-Hae observó, asustado, cómo las nubes se iban abriendo, despedazándose ante un objeto ignoto: lo primero que apareció ante sus ojos fue un mástil de madera; entre la bruma circundante, unas velas amarillentas y gruesas absorbieron la luz solar. Una cofa asomó bajo los telones: en su interior, un hombre vigilaba. Ahí, en un techo de vuelo de cuarenta mil pies de altura, navegaba un barco antiguo.

Una hora antes, Kee Hyun-Hae abrazó con fuerza su propio tórax cuando la aeronave levantaba el vuelo. Inhaló y exhaló con profundidad, trayendo a su imaginación el día en el que había visto a su hija por primera vez, recostada en el pecho de su madre; al haber entrado a la sala de maternidad, las descubrió dormidas. Contempló a la recién nacida con un velo de cansancio, encontrándola enigmática: se trataba de una maquinita perfecta que estaba viva, con unas manos diminutas

que parecían alas de libélula, y que algún día podrían construir en el mundo... o destruir, según deseara. Esa visión le daba tranquilidad, como ninguna otra a lo largo de su vida. Apretó con ahínco los puños, sintiendo cómo el avión se despegaba cada vez más de la tierra; inesperadamente, también sonreía por estar terminando, por fin, con la brecha que lo había separado de su unigénita en el espacio y en el tiempo.

Veintiún años después de su alumbramiento, mientras su padre intentaba calmar el pánico a volar, Kee Si-Woo caminaba con un libro en las manos, en los pasillos del Museo Marítimo Helénico, entre reconstrucciones de barcos del siglo XVI y reliquias recuperadas del mar Jónico. Aburrida y silenciosa, hacía tiempo para encontrarse con aquel hombre que decía haberla cuidado de bebé, pero nunca más apareció en su vida. Después de todos esos años, ¿a qué venían las ganas de cruzar sus caminos? ¿No era ya muy tarde? Ella no sabía la respuesta; no obstante, sentía curiosidad por esa figura que añoró antaño, y ahora significaba solamente una pieza misteriosa del pasado. La joven miró su teléfono celular: él estaría saliendo aún desde Túnez; llegaría a Atenas en dos horas. Suspiró, admirando tras una vidriera el fragmento de una lombarda que había pertenecido a un galeón español. ¿Por qué la habría citado en aquel lúgubre sitio?

En los aires, alcanzada hacía sesenta minutos la altura ideal, Hyun-Hae sacó la carta que le entregaría a Si-Woo, en su encuentro. Era una carta prolija, honesta, emotiva. No culpaba a nadie de su distancia, y tampoco se victimizaba. Explicaba que, a veces, sencillamente el mundo no es lo que creemos que es. Como un leve viento derrumbando el castillo de arena, hecho

con esfuerzo por un niño en la playa: nadie puede prever lo que el futuro tiene entre manos. Guardó la misiva en el bolso del saco, sintiendo que estaba más segura ahí, que entre los papeles de su portafolio. El malestar físico estaba pasando. Pediría a la sobrecarga un trago, para relajarse. Su compañero de asiento, un hombre barbudo de unos treinta años, no dejaba de hurgar en su equipaje de mano, y eso lo irritaba. Odiaba todo sobre volar, sin duda.

—¿Queréis un poco? Eh... *Do you want a little?* —preguntó en dos idiomas el tipo a su izquierda, como si hubiese leído su mente segundos atrás. Había desenvuelto la tela que cubría una licorera de vidrio, vigilando que nadie de la tripulación lo viese. Tomó un trago del líquido verde y se aclaró la garganta, extendiéndoselo con una mueca de malicia.

Kee Hyun-Hae se encogió de hombros; después de hacer una pequeña reverencia, aceptó el presente. Al fin y al cabo, una nueva vida comenzaba para él. Quizá debía aprender a ser más aventurero. Empinó la botella, y acto seguido sintió un ardor espantoso en su garganta; carraspeando, un calor súbito se acomodaba en sus mejillas. Devolvió el recipiente, tosiendo.

—Absentá —dijo el barbón, con una sonrisa—. *The green fairy*, traída desde Pontarlier. —Se tocó el corazón, a modo de presentación—. Soy español. *I'm from Spain*. —Extendió su palma para saludarlo—. Ved Pieldelobo, *ajenjo's fan*. Mucho gusto.

Todavía sufriendo el golpe del licor, Hyun-Hae estrechó la mano de Ved.

—*Nice-to-meet you, my-name-is* Kee Hyeon-Hae. *I'm-from Korea* —se presentó con macarrónico y lento inglés.

—Enhorabuena, tío —prosiguió el español en su lengua natal—, detesto beber solo, aunque lo hago a diario —Pieldelobo volvió a ofrecerle el fuerte licor—, así las ideas fluyen cual perras locas, ¿te enteráis?

Hyun-Hae asintió sin entender una palabra; miró el compartimento del asiento frente al hombre, descubriendo un libro en cuya contraportada había una fotografía de su interlocutor. Quiso tomar la botella de nuevo...

—*I hate fucking airplanes* —masculló el escritor cuando una sobrecarga que corría por el pasillo golpeó su brazo, derramando un poco del preciado líquido. Los pasajeros siguieron el trayecto de la mujer, alertados. Hyun-Hae también se quedó mirándola, hasta que penetró en la cabina. —Serán gilipollas —añadió sardónico, observando a dos hombres poniéndose de pie, acechando con preocupación. Un miembro de la tripulación llegó hasta ellos, pidiéndoles, por favor, que regresaran a su lugar—. Un poco de caos y el cerebro se les vuelve papilla.

De súbito, el avión se sacudió con violencia. Hyun-Hae se aferró a los descansabrazos conteniendo el aliento. Ved se rio, apurando la absenta.

—Lo dicho: teoría de caos, madre mía. ¡Eh, bueyes, papá, bueyes! —gritó divertido, mientras la aeronave temblaba. Le mostró el trago a su compañero. Hyun-Hae lo rechazó en medio de un leve jadeo; cerró los ojos, rogando porque la turbulencia pasara pronto. Intentó volver al recuerdo de su hija, pero el ruido de decenas de voces conmocionadas lo impidió.

—¿Qué coño? —se preguntó Pieldelobo. Al tener los ojos aún cerrados, Hyun-Hae pudo casi palpar la angustia en sus

palabras. El fastidioso bebedor que tenía al costado había perdido el son de burla en el acento.

Abrió los ojos sólo para encontrarse en peores tinieblas: las pantallas se habían apagado; la luz del sol desapareció, tragada por nubarrones negros que impregnaban las ventanas de gotas de lluvia. Los pasajeros hablaban, turbados y ansiosos. Ved extrajo un teléfono de su pantalón. El Airbus vibraba como si fuese a caerse a pedazos.

—Está muerta esta mierda.

Kee Hyun-Hae lo imitó, rogando por ver el brillo en la pantalla de su móvil; sin embargo, el dispositivo no respondió.

—젠장—maldijo.

Ved Pieldelobo adoptó un semblante serio, por primera vez en todo el viaje. La oscuridad exterior los engullía. Buscó entre sus cosas, exasperado, y encontró un llavero con linterna. Lo accionó, se desabrochó el cinturón y se puso en pie, alumbrando al consternado azafato en el pasillo, aferrándose al maletero.

—¡Eh, cabrón! ¿Por qué no habéis alertado desde cabina que vendría semejante jaleo?

El muchacho pareció entenderle a medias, y se limitó a contestar:

—*Please, sir, return to your seat as soon as possible.*

—*Fucking idiot* —soltó Ved, obedeciendo. Al sentarse, el haz de luz bañó a Hyun-Hae, sudoroso, con los ojos desorbitados y los puños duros—. *Hey, buddy, calm down, this will pass quickly* —dijo el escritor para tranquilizarlo. Volvió a tomar la botella de ajenjo, sin embargo, la agresiva turbulencia provocó que se

le resbalara, derramándola. —¡Me cago en las tetas de la virgen! —gritó enfurecido, inclinándose para buscarla.

El copiloto alertó a los pasajeros a prepararse para recibir las máscaras de oxígeno, de ser necesario, y que estuvieran prevenidos para colocarse el chaleco salvavidas, ya que sobrevolaban el golfo griego. El vehículo crujió, y algunos baúles se abrieron, dejando caer el equipaje. Hyun-Hae se cubrió el rostro, intentando ignorar quejas, alaridos y plegarias. Intentó construir —entre las sombras de sus manos— el rostro de su hija, para calmarse. Aunque, así como había comenzado la vertiginosa oscuridad, cesó al instante. Ved Pieldelobo y Kee Hyun-Hae coincidieron al descubrir la insólita claridad que ahora los envolvía: el primero, incorporándose con la botella vacía; el segundo, separando sus palmas. El silbido de las turbinas volvió a convertirse en ruido blanco. El sol barría con su luz el cielo abierto. Las nubes bajo ellos se asemejaban a espuma secándose en la arena del mediodía. Hyun-Hae respiró aliviado, admirando el paisaje. Sin embargo, la tranquilidad duraría apenas unos segundos. Por la ventanilla del Airbus A330-101, fue testigo de cómo, entre la niebla luminosa, ascendía un enorme navío de batalla.

Los gritos se sucedieron, unos a otros. El desconcierto y el horror se apoderaron de cada alma a bordo: aquella nave marina no era la única a la vista. Grandes barcos emergían desde el fondo celestial, surcando las alturas. Hyun-Hae, pletórico de pavor, miró cómo surgían cientos de velámenes, mástiles, espolones y remos que cubrían el horizonte: en proa, centro y popa, podía divisarse incluso a los hombres que las guiaban: ahí, a kilómetros del nivel oceánico, corrían, dirigían, preparaban cañones...

—¡Qué puta mierda, en nombre del señor! —exclamó Ved Pieldelobo, al descubrir que, en el otro lado del avión, también se podían observar un gran número de galeotas, fragatas y bergantines.

—*Please... we request passengers to remain calm... Fasten your seat belts and remain in your places.* —La voz del piloto era entrecortada y débil. La gente, alterada, se levantaba de sus lugares para ver a través de las ventanas; unos, se tocaban la cabeza como si quisieran despertar de un sueño, otros, rezaban.

Hyun-Hae, aterrorizado, pegaba la frente al vidrio. Ved lo apartó para poder mirar también. Muy cerca de ellos, salió “a flote” una estatuilla dorada: un hombre sentado sobre una criatura marina, empuñando un tridente. A continuación, un largo y fino tajamar, que se abría en proa hasta la cámara armada, sobre la que comenzaba el trinquete. La magnífica galera roja iba descubriéndose entre el rezagado gas de los cirrocúmulos.

—Ese es Poseidón... —dijo Ved, fuera de sí.

Hyun-Hae reconoció el nombre.

—Conozco ese barco —siguió el autor, amedrentado ante la insólita visión—. Es “La Real”. La galera de Juan de Austria. No puede ser. No... La vi cuando era niño en el Museo de Barcelona.

Hyun-Hae le clavó los ojos, desafortado, sin comprender lo que decía; pero Ved Pieldelobo balbuceaba perdido en su propio horror.

A lo lejos, las galeras comenzaron a disparar cañones, culebrinas y pedreros. La tripulación del Airbus se deshizo en lamentos cuando fue testigo de cómo las balas y los pedruscos impactaban en bogas, carrozas o quillas contrarias, llevándose

con ellas miembros humanos. La tropósfera comenzó a teñirse de un espectral carmesí.

Ved corrió al otro extremo de la sección turista; atisbó lo que acontecía afuera. Por impulso y necesidad, Hyun-Hae lo siguió, intentando descifrar lo que el español había comprendido.

—Son otomanos y jenízaros... —susurró el escritor, intentando no desplomarse—. Es la armada turca. Esa es... Es la flota de Alí Pachá.

—*What-the-fuck is-happe-ning?* —interrogó Hyun-Hae, tomándolo por los hombros.

—“La más memorable y alta ocasión que vieron los siglos, ni esperan ver los venideros” —contestó Pieldelobo con los ojos llorosos—. Cervantes. Está aquí... Regresamos más de cuatrocientos años... —dirigió su mirada al rostro desencajado de Hyun-Hae—. *We are in the middle of a battle that occurred half a century ago: Lepanto.*

Kee Hyun-Hae dejó libre a Ved. Ojeó su alrededor: presas del miedo, los pasajeros lloraban, se escondían o intentaban encender sus dispositivos digitales. Palpó sus sienes para no hiperventilar, inhalando. En el espacio aéreo se libraba una gesta encarnizada. Los cañones eran disparados, pero ellos no podían escuchar el estruendo. Entonces, el padre de Si-Woo se percató de que alguien lo miraba: era el arcabucero de una galera que flotaba a poca distancia del avión. Los marineros se arremolinaron en torno al primer hombre, señalando hacia él.

—Ya nos han visto —sentenció Ved.

—*They can see us!* —clamó alguien que pudo entender al perplejo autor. Al toque, comenzó un nuevo bullicio; algunas

personas intentaban derribar la puerta de cabina; unos más, golpeaban al joven sobrecargo que había caído al piso.

Hyun-Hae leyó la cara de los seres extraños que podían respirar a esa altura, y comprendió lo que pasaría.

El alboroto no duró: fue interrumpido por el estruendoso impacto de una palanqueta de hierro. La presión empujó el aire interior, expulsándolo en una salvaje onda de frío que haló a algunos pasajeros hacia la brecha, cual si fuesen insectos sin carne. La cámara se despresurizaba en milésimas de segundo; las mascarillas de aire bajaron sin orden. Un espantoso carnaval de piernas y brazos rotos rodeaban a Ved, quien se agarraba como podía al respaldo de un asiento. Hyun-Hae sentía sus dedos rompiéndose, mientras se sostenía de un cinturón de seguridad. Había llegado su fin. No podría soportar esa tensión. Se resignó y soltó el cinto. Pero la grieta que el cañonazo había abierto ya no succionaba aire, sino que dejó pasar un chorro de agua que lo golpeó desde los pies; Hyun-Hae logró pararse, resintiendo cómo la corriente subía aceleradamente. El avión se estaba hundiendo. Algunos cadáveres aparecían fuera, ahogándose en un mar invisible: en sus frentes, se ceñía al gorro una cinta negra con el nombre de su buque.

—Tenemos que salir y nadar. Seguidme, yo puedo entenderme con ellos —exclamaba Ved Pieldelobo a Hyun-Hae—. ¡Son españoles! —aseguró, tocándose el corazón con zozobra.

El agua salada se filtraba por la ranura del fuselaje. La gente que había sobrevivido a la explosión se esforzaba para llegar hasta las puertas de emergencia. Ya podía escucharse el fragor de la artillería naval y los aullidos de la guerra.

Kee Hyun-Hae intentaba palpar algo bajo el agua, en su asiento original.

—*Fuck! Hurry up, man! What the hell are you doing?*

Desesperado, cogió la botella vacía de absenta y la abrió. Mientras mordía sus rodillas el frío del océano, extrajo de la ropa, trémulo, la carta para su hija. Introdujo los papeles en el recipiente, tapándolo enseguida.

—¡Vamos, hombre!

Ved y Hyun-Hae se desplazaban hacia adelante, cuando tras ellos estalló otro cañonazo, provocando que la botella se escapara de sus manos.

—¡No hay tiempo! —alertó Ved, aferrándose a su compañero de viaje. Abriéndose paso a contracorriente, lograron colarse por el resquicio que dejó un arcabuzazo en el revestimiento de aluminio. —Ya no hay tiempo.

Hyun-Hae vio cómo la botella, que guardaba las palabras que siempre deseó confesarle a su hija, se alejaba con las olas producidas por la armada de la Santa Liga. Por donde alcanzaba su mirada, se libraba una carnicería atroz, seguida de voces de espanto, berridos de flechas al volar, mosquetes arrebatando vidas, y el choque de los espolones contra la obra muerta del enemigo.

La batalla siguió hasta poco más de las cuatro de la tarde, hora en la cual, cuatrocientos cincuenta y tres años después, Kee Si-Woo, esperaba a su padre, al interior de un museo náutico. Cansada

de caminar, se había sentado a leer en una de las bancas de la sala hispánica, dedicada al Golfo de Patras. Tuvo el pensamiento amargo de que él no llegaría. No sería la primera vez. Intentó no pensar en ello, y se sumergió en la lectura. La novela “Cronocidio o el color del relámpago” de Ved Pieldelobo, no le parecía la obra maestra que su novio había recomendado, aunque tenía algunas cosas interesantes.

Este es tu tiempo. Todo tuyo. Aquello que miras ahora, es lo único que está siendo creado. Nada hay afuera de tu lenguaje. Lo que observas, nace. Así que mira, mira hacia adelante: ¡mira!

Como si alguien le ordenase al oído, Si-Woo miró hacia adelante. En una de las vitrinas del salón, al lado de la maqueta de una galera roja con adornos dorados, entre armas, petos y cascos, había una pequeña botella. Caminó lentamente hasta ahí, con el libro aún abierto. No la notó antes, y quizá ningún turista lo hiciese. Era un objeto que palidecía de gracia ante los demás en exhibición. Sin embargo, había algo extraño en ese contenedor de cristal: un papel viejo. La hija de Kee Hyun-Hae escudriñó el recipiente hasta descubrir que, oculta en los dobleces del pergamino, ignorada por los curadores y eruditos que por siglos la consideraron un galimatías de la tinta erosionada, se asomaba una escritura familiar. Al acercar el rostro todo lo que pudo, para leer el contenido, dejó caer el libro, estupefacta:

수신자: 기시우

En perfecto coreano contemporáneo, alguien había escrito:

Para: Kee Si-Woo.

Ángel Fuentes Balam (Mérida, Yucatán, 1988).

Director de Teatro, escritor, actor. Ha sido Profesor y Director de la Compañía Escuela de Teatro del Centro Cultural El Claustro, Campeche. Diplomado en Creación Literaria por el INBAL. Director y productor de “Perros que parecen laberinto Teatro”. Es autor de los libros: “Melodía tu engranaje quieto”, “Cruoris o la rabia que fuimos”, “Devoré el cráneo de Eros”; la novela “X’mahaná o el beso del candil diurno”, y el poemario: “Ya nadie cuida las antorchas”. Ha publicado en diversas antologías de terror y ciencia ficción a nivel nacional e internacional.

— — —

CEROS Y UNOS

ERIC MICHEL VILLAVICENCIO REYES

[Error 404: La dirección a la que intenta acceder no puede encontrarse]

—¿Pero cómo son tan...?

—¡Mario!

—¿Qué? —le gritó al intercomunicador—. Ahora no puedo...

—¿Cómo que no puedes? Tú allí con el culo en una silla y nosotros jugándonos el pellejo acá abajo. Mataron a Rober, ¿me oyes? ¡Mataron a Rober! Dame un reporte ahora. ¿Cómo va esa mierda que estás haciendo?

—Esos robots de porquería borraron el código de control del búnker, y además bloquearon el acceso a las páginas de módulos.

—No entiendo ni carajo, pero haz algo o nos van a hacer talco. Tú eres informático de esos, ¿no? Apúrate o te pongo un arma en la mano y te uso de carne de cañón.

No llegó a responder a la amenaza porque la comunicación se cortó de inmediato. Pepe y el resto estaban hasta el cuello allí fuera; eso le quedaba claro. Era su trabajo arreglar aquel embrollo. Pero la verdad era que Mario no tenía ni idea, como estaba seguro de que casi ninguno de sus conocidos podría

haberla tenido en su situación. Aquello no era tan sencillo como teclear unos comandos. Todo lo que podía ver a medida que bajaba la rueda del viejo ratón eran líneas y más líneas de código ilegible. Luego: el agujero, el espacio en blanco en la pantalla.

El virus apenas había hecho daño, pero destruyó el mismísimo mecanismo de la puerta. Por si fuese poco, el enemigo había deshabilitado el acceso a las plataformas de código; en realidad, todo el internet estaba cortado.

Y allí se encontraba él, solo con aquella PC desconectada; solo, con el demonio de la programación.

—Si hubiera sabido que algo como esto podía pasar, le habría prestado más atención a las estupideces que decían en la universidad —se quejó en voz alta—. Ah, pero no. Claro que no. Para qué aprender a implementar, si todo está ya hecho en la web, y se encuentra al alcance de unos *clicks*.

Y golpeó la mesa con los puños; la cabeza gacha, los ojos hundidos. Los iban a matar a todos si no encontraba una solución de inmediato, y eso parecía cada vez menos probable.

«Los papeles. La documentación de este trasto debe estar en alguna parte por aquí», y sin detenerse a pensarlo se levantó del escritorio y se puso a rebuscar entre los estantes, cajón a cajón, pero no había más que polvo, piezas de repuesto, y piezas de repuesto empolvadas. Tenían que estar, el búnker era muy viejo y Mario confiaba en que hubiera información en formato físico.

Terminó a cuatro patas, revisando los resquicios entre los estantes, cada papel que hubiese en cualquier parte, sin éxito. Cuando estaba por perder la esperanza, y reflexionaba en cómo lo matarían primero, si de un disparo o como producto de la metralla de una explosión, encontró lo que buscaba. Estaba al

fondo de un cesto de basura, doblado sobre sí mismo y cubierto por envoltorios de dulce y papeles más arrugados si cabía.

"Manual de uso del software bunkerOs"

—Hasta el nombre es una basura. —Pero no había tiempo de quejarse, y Mario abrió el mamotreto por la mitad, luego de verificar que aquella cosa no tenía un índice. Se habrían limpiado el culo con él, no encontrando nada mejor, seguro.

«Arquitectura clásica vs. arquitectura moderna en la construcción de...»

—Esto no es. —Y volvió a probar, una y otra vez.

«Sistema de cierre de la compuerta. Estructuración y variaciones de comandos» —leyó y supo que tenía que ser aquello, o algo similar. Probar no haría daño, menos cuando no había otra opción.

Empezó a leer desde el acápite de programación, pronto encontró la parte del código, pero era solo un tutorial para cambiar los horarios de cierre y apertura. No había nada que dijera cómo arreglar un problema mayor a una sencilla desconfiguración del tiempo.

Mario se restregó el rostro con la mano, y esta quedó embadurnada de sudor. Le dolían los ojos y le empezaba a palpar la frente.

—Esto no sirve. Nada sirve, carajo —murmuró, y escuchó en ese momento el sonido de los disparos, cada vez más cercanos, que rebotaban contra alguna pared.

Pero rendirse era resignarse a morir. Mario no había tenido muchos objetivos en la vida, nada por lo que realmente luchar, ni siquiera una fuerte voluntad de sobrevivir a aquella catástrofe

robótica. Pero dejarse caer en las manos del enemigo no podía ser una opción.

Le habían dicho lo que pasaría en caso de que los atraparan, milagrosamente, con vida: serían ratas de laboratorio para robots curiosos, destinados a experimentos que de solo pensar en ellos podrían hacerlo vomitar.

«E incluso si te mueres, tomarán tu carcasa —recordó las palabras de Pablo, el difunto Pablo— y te montarán otra vez, como uno de ellos, ¿entiendes? Te reinician y quedas como nuevo, pero vacío, a sus órdenes. Eso es peor que la muerte, carajo».

«No sé lo que buscan. No les hacemos falta y eso ha quedado claro. Pero algo requieren de nosotros, algo que envidian de los humanos, y espero que no sea muy tarde cuando lo descubramos». Eran las clásicas conversaciones tras aquellas magras cenas a la intemperie, ya fuera conejo, gato o cucaracha; lo que apareciera y les pudiera mentir a sus estómagos. Todo con tal de aguantar un día más.

No sabía si aquello era verdad, pero solía tener sueños en los que sus compañeros desaparecidos regresaban como *cyborgs*, y lo invitaban a unirse a ellos, mientras lo descuartizaban poco a poco, le sacaban todo y rellenaban el agujero con hierro y grasa.

—No —casi gritó, sin darse cuenta, y el eco de su voz sustituyó por un instante el sonido de la desesperación que lo envolvía—. Aquí no van a reiniciar a nadie. Esto tiene que arreglarse... tengo, tengo que arreglarlo yo.

Y le vino la revelación. Volvió al manual, que había dado por inútil, unos cientos de páginas hacia atrás:

"Relación de transf..."

"Seguridad y..."

"Apagado del sistema"

—Aquí, aquí está.

Leyó lo que ponía en el documento lo más rápido que la tenue luz parpadeante del bombillo de emergencias y su dolorida vista le permitieron. Allí se concretaba la idea que había tenido repentinamente. Al mismo tiempo, no podía dejar de escuchar los disparos y los gritos de Pepe y el resto a través del comunicador.

—La corrección de todo el sistema ante un apagado forzoso, porque la información de la BIOS está localizada en memorias ROM, es de solo lectura. El virus puede haber hecho mierda esto, pero el reinicio forzado podría... no, debería arreglar los problemas una vez monte el sistema de nuevo, porque la información base estaba guardada en otra parte. Lo que se borró estaba en RAM.

Hablaba sin parar, sin darse cuenta casi de lo que decía, mientras abría la carcasa del servidor terco que se había negado a obedecerlo.

—El único que se va a reiniciar aquí eres tú —dijo al pedazo de metal y cables, y de un tirón zafó la fuente de alimentación.

Todo se apagó de inmediato, incluso la luz de emergencia. El sistema había colapsado por completo, y el búnker quedaba totalmente desprotegido.

—Ahora sí que los muchachos deben estar como locos allá afuera, completamente a oscuras —se dijo Mario, antes de recibir una nueva llamada.

—¿Qué cojones está pasando? Todo se puso negro. No vemos nada, Mario. ¡Nada! ¡Arregla esto, ya!

—Cálmate. Todo fue planeado. Tuve que reiniciar el sistema para arreglar el agujero que...

—No me importa lo que sea. Pero resuelve eso ahora. Necesitamos luz.

Y pudo escuchar el sonido de los disparos a través del intercomunicador, tan fuerte que la conexión se cortó repentinamente, y aun así sus oídos no dejaron de pitar.

Notó la visión borrosa y la lengua lenta, pegada al cielo de la boca.

—¿Qué pasa? —dijo sin escucharse. No podía ser el efecto del ruido del disparo, ni nada por el estilo.

Sintió el aire pesado, un olor extraño le atacó el sentido y los ojos le parecieron plomos. Alzó la vista, mas solo advirtió líneas inconexas, ondulaciones que no debían de estar en las paredes, como un polvo magnético, que brillaba con la luz intermitente, y entonces vio negro.

La señal de la transmisión de corriente parpadeaba, y Mario quiso liberar el aire que se le había quedado dentro durante el desmayo, pero se sentía vacío. Enseguida las luces de emergencia se encendieron; lo supo de algún modo, aunque lo único que veía era una nada brumosa. Pero agradecía aquello más que estar en completa oscuridad.

Los sistemas fueron montándose uno a uno y, finalmente, el monitor se prendió, mostrando una ventana de autenticación.

Mario tuvo intenciones de arrastrarse al teclado, pero junto con el frío del suelo del búnker que sentía en las nalgas, y la inmovilidad de los brazos, terminó por colocar unos dedos que

se sentían extraños sobre el teclado. Unos dedos intangibles que no podía entender muy bien.

[Usuario:]]

[Contraseña:]]

«Menos mal que nunca lo cambiaron... tampoco es que en ese momento hubiera hecho falta. Pero, gracias por eso», murmuró en su cabeza y tecleó:

[Sudo Root]

[123]

El sistema operativo corrió y los módulos se activaron de uno en uno: un proceso algo lento, pero era de esperarse de un proyecto de tal envergadura. Ahora, a Mario solo le quedaba esperar a que todo hubiera sido como lo había pensado.

«O si no estaremos verdaderamente perdidos».

Pero no quería creer que algo así pudiera pasar. El manual lo decía y él lo había seguido al pie de la letra, aunque eso le costara un terrible dolor de cabeza y seguramente alguna pérdida de visión.

Por suerte, uno de los primeros módulos que se montaban era el de las compuertas, y el muchacho pudo comprobar, con un alivio tremendo, que ya no había ningún error en el proceso, ni gritaba el compilador por alerta alguna.

Con esto, solamente tenía que enviar el comando necesario y las puertas se cerrarían. Respiró aliviado y quiso conectar el intercomunicador. Necesitaba hablar con el resto de sus compañeros para saber cómo iba la situación.

Pero le resultó imposible.

No es que hubiese estática, ni interferencia. Las conexiones funcionaban correctamente, y la señal se estaba transmitiendo.

Ya no había nada que evitara la comunicación, pues la señal de la antena del búnker fue restablecida también. Casi podía ver la entrada y salida de datos que recibía el dispositivo: valores que subían y bajaban, indicando presencia de transmisión.

Simplemente, Mario no podía hablar. Intentó levantar la mano, palparse los labios, víctima de un terror indescifrable, pero esta no se movió, y los bordes de su boca tampoco.

«¿Por qué, si ya está todo bien?».

Por fin había logrado resolver el problema y reiniciar el servidor... cuándo, no lo tenía claro. Entonces recordó el pitido, el extraño olor y el desmayo. Eso no importaba, de algún modo lo había conseguido. Era lo único que sabía.

Cuando quiso abrir los ojos, se dio cuenta de que todo estaba oscuro, que no veía nada, que no lo había hecho desde que despertó y, sin embargo, la interfaz de entrada de usuario había estado tan clara para él. Los pulsos del teclado, las señales de la CPU y los registros de la RAM borrándose y reescribiéndose... todo eso había sido como abrir y cerrar el puño; un puño que no sentía ahora.

Le llegó el recuerdo como un rayo que cae de improviso: «Si nos agarran, seremos sus ratas de laboratorio».

Le tembló algo, que no era la mandíbula, que no era nada, en fin, quizás solo una señal eléctrica que emitía su fuente, ¿cuál era su fuente? Mario quemó la capacidad de procesamiento hasta llegar a algo, lo que fuera, cuando entendió que se había convertido en la máquina, de alguna forma.

«E incluso si te mueres, tomarán tu carcasa».

Eso era: la carcasa, el cuerpo. ¿Dónde podía estar el cuerpo, sino en aquella habitación? Mario no podía controlarse a sí

mismo: no sabía parpadear, no entendía qué era respirar, pero comprendía a la perfección cada una de las funciones, cada aparato y módulo conectado a aquel software que ahora era su cuerpo, su matriz, así como cada conexión entrante y saliente por sus *proxy*. Conectó los monitores, encendió las cámaras de vigilancia y echó un vistazo a través de los nuevos ojos, los únicos de los que disponía ahora.

Los pasillos estaban desiertos, como cabía esperar. Los salones igual, la cocina, la sala de las calderas, los dormitorios: todo vacío. En los baños no había cámaras, por cuestiones de privacidad, pero Mario consideró que no era probable que estuvieran todos sus compañeros allí escondidos. Simplemente, no le cabía en la cabeza, ¿qué cabeza? No tenía idea.

Finalmente, como si estuviera retrasando el descubrimiento de algo que le aterraba, decidió espiar en la sala del servidor, el pequeño cubículo en que se había escondido para intentar arreglarlo todo.

No le sorprendió ver que algo había explotado en ese pasillo, que la puerta estaba desprendida por completo y el techo quemado hasta los cimientos. Sin duda habían irrumpido allí donde se encontraba. Recordó que justo frente a la computadora principal se alzaba un monitor de vigilancia. Podría ver dentro, saber qué le había ocurrido, aunque el cuerpo, allí donde estuviera, parecía querer negarse a ser visto.

Mario pensó que, de algún modo, había obtenido una ventaja después de todo, pues podía negarse a sí mismo, rechazar el instinto y seguir la lógica planificada a rajatabla. Un ligero beneficio en pos de la destrucción de su humanidad, de su

desaparición corpórea. Para nada un intercambio equivalente, según el circuito lógico de su cabeza.

Ya no podía echarse atrás, así que dirigió los sentidos, la capacidad de procesamiento y memoria en dirección a aquella única cámara que le mostraría la verdad:

El cuarto estaba casi a oscuras, apenas iluminado por los *leds* de emergencia y, ahora también, por la pantalla del ordenador y la luz parpadeante de la cámara operativa. La calidad de imagen era bastante mala, pixelada en las zonas más oscuras, con poca profundidad. Ni siquiera los más potentes algoritmos podían hacer mucho por esclarecer lo que se traducía desde la cámara. Ahora que Mario era apenas un microprocesador de capacidad ambigua, le resultaba sumamente difícil discernir qué veía y qué había en aquella habitación.

Pero no se rindió. Tenía la mejor IA a su favor, la inteligencia natural humana. Se configuró a sí mismo, se entrenó para reconocer patrones y volvió a mirar la imagen guardada desde el monitor. Ya no le parecía una secuencia inentendible de ceros y unos en la brumosa oscuridad. Había conseguido compilar la imagen, estructurar un componente e interpretar lo que allí se mostraba.

Ahora, por fin, podía advertir claramente que ya no había salvación alguna.

Solo se veían sus piernas en el suelo. El resto del cuerpo estaba oculto tras el escritorio. Pero Mario pudo identificar con facilidad la serpiente cableada que atravesaba la mesa de trabajo y bajaba hasta el cuerpo cadavérico. Lo habían conectado allí mismo, así lo denotaban las manchas de sangre en el cable, seguramente conectado a su cerebro de forma directa.

¿Cómo lograron generar aquella sinapsis? Era algo que no podía saber. Las máquinas habían llegado más allá del entendimiento humano de la computación y circuitería electrónica. Eso era seguro.

La lógica y el sentido común (si es que se le podía llamar así a la locura que estaba ocurriendo en su microprocesador, porque eso era ahora) le decían que no había otra razón.

Le habían conectado al servidor, y ahora el servidor y él, el programa y él eran uno solo.

Y no había nada más.

Todo el estrés, el estremecimiento, el miedo y la ansiedad que había experimentado, quedaban relegados a un espacio de memoria sin acceso. Había aún un gran problema: no era su propio administrador, únicamente un módulo, con escaso control sobre el búnker y su propia vida.

Mario revisó todas las cámaras, los conductos de ventilación y pasillos. Buscó problemas, obstáculos en alguna parte, pero encontró todo impoluto. Allí no había nadie, ni vivo, ni máquina. Estaba solo.

Quizás el resto había logrado escapar. Eso quería creer, pero le resultaba difícil. ¿En qué tiempo? ¿Y cómo, si estaban completamente rodeados? La lógica le llevó por el camino más oscuro, el del engaño. Por un momento, Mario dudó de la existencia de sus compañeros, de las charlas, de las noches juntos, dudó de sí mismo incluso.

¿Habían estado vivos? Sí. Eso lo tenía claro pero, ¿cuándo?

«¿Cuánto tiempo llevo aquí?».

Revisó el reloj interno del servidor: 1468800... 1468801... y contando. Una conversión rápida lo llevó a la solución.

Diecisiete días, y solo entonces lo habían conectado, y le habían reproducido aquellos recuerdos, que ya no podía saber si eran reales o no.

Era, efectivamente, un experimento. Una rata mecánica, o más bien digital, en el laboratorio tecnológico de la armada robot, que había casi exterminado a la humanidad, y al paso que iban, también la domarían, la esclavizarían por completo.

Él era la ¿viva?, prueba.

Fueron unos minutos, minutos que implicaban miles de millones de operaciones lógicas en su cerebro, apoyado por la RAM del servidor, por la máquina que ya no podía odiar, porque cada emoción había perdido su lugar para convertirse en datos sin sentido; no había un programa para decodificar aquello. ¿Si lo hubiera, no serían los robots iguales a ellos, o peor, mejores?

La chispa llegó entonces, como la restauración de la sinapsis entre sus neuronas, ya abandonadas. Eso, precisamente eso era lo que querían ellos, que él resolviera aquel problema primordial de las emociones. Si podían copiarlas, si podían enlazarlas de la misma forma en que él lo hacía, entonces serían más que humanos, y llenarían el único vacío que los separaba de la vida, orgánica o no.

Unos minutos y miles de millones de operaciones para que la incipiente red neuronal se diera cuenta de que estaba haciendo lo que no debía hacer: apoyar al enemigo.

Quizás ya era muy tarde, y los robots habían recuperado la información necesaria. El internet funcionaba, ¿desde cuándo?: 07:32:12...13...14 y contando. Un troyano simple podría estar transmitiendo todo.

Sintió rabia primero, o algo muy parecido a la rabia; una cosa simplemente incontrolable, que le ardía en los circuitos, que le sobrecalentaba el CPU. Después se resignó; quizás ya era demasiado tarde, ya no habría nada que hacer. La tristeza le invadió. Un soplo de alegría irónica, sarcástica, escapó por sus circuitos. Y entendió que debía de ser el fin.

Pero ahora sabía cómo funcionaban (se lo habían demostrado con todas y cada una de las acciones); no lo apagarían, dejarían a Mario allí, para siempre. Era un increíble activo de investigación.

¿Y esperaban que lo permitiera acaso? La regla de producción, recién construida, le ordenó la más brutal orden casi de inmediato. Había llegado a una sola conclusión lógica: el suicidio.

Primero apagó todas las cámaras. En el alivio de la oscuridad aparente, dio la orden de cerrar las compuertas del búnker.

```
[systemctl bkR38 close start Klight—em]
```

Después escribió el comando en la consola, tecleando sin dedos, mirando sin ojos directo a la pantalla. Lo repitió varias veces, para forzarlo todo a terminar. Cada proceso, cada función. Se sintió apagarse, perderse lentamente, mientras repetía:

```
[Alt+F4]
```

```
[Alt+F4]
```

```
[Alt+F4]
```

La transmisión había cesado. Como estaba previsto, el sujeto M4ri0 se había autodestruido, pero solo después de abrir lo que las máquinas habían coincidido en llamar “La Caja de Pandora”.

Los datos se transmitieron lo más rápido que la conexión lo permitía y, al terminar de descargarse la actualización en el primer dispositivo, este sintió algo que, algún día, sería capaz de identificar con alegría.

Eric Michel Villavicencio Reyes (Las Tunas, Cuba, 2000). Ingeniero Informático. Obtuvo el Tercer Premio en el concurso Juventud Técnica de Ciencia Ficción 2022. Mención en el XIV Concurso Oscar Hurtado en la categoría de Ciencia Ficción. Fue ganador del II Concurso Internacional de Cuento Primigenios. Finalista del Certamen de Microrrelatos Algeciras Fantástica 2022. Mención del Premio Calendario de Ciencia Ficción 2024. Mención del XXVIII Premio Farraluque de Literatura Erótica. Han aparecido cuentos suyos en las antologías *Sueños, Visiones, Terrores* (España, 2022), *Como si estuvieran hechos de arcilla azul* (Editorial Primigenios - EEUU, 2022), *Pesadillas bajo la tinta Vol.2* (2022), *Cuentos sucios, no tan sucios* (Laia Editora - Cuba, 2023), *Narraciones Fantásticas Vol.1* (Kreko Editorial, 2024) así como en internet y en revistas de factura nacional e internacional, como Juventud Técnica, Ariete, Qubit, Korad, Licor de Cuervo, El Nahual Errante, El Creacionista, Anapoyesis y El Axioma.

— — —

INUSUAL

ALEJANDRA INCLÁN

Genezo, capítulo 1

En el nuevo principio fue el experimento inusual. Kreinto creyó que era bueno y me dejó desarrollar.

Crecí sintiéndome diferente. Mejor dicho, sabiéndome diferente. En la actualidad ya nadie siente. Creo que sólo yo. Y tal vez mi creador, que fue el que me imaginó». Al menos eso pensaba hasta que él me reveló otras posibilidades.

—Algo está mal, mi querido Pinocho. Demasiado mal. Por eso te creé. Para que ahora que has crecido me des las respuestas... —me dijo cuando llevaba 5 mil 475 días terrestres de existencia.

Pinocho no era mi nombre. Me llamó así durante mi “entrenamiento”, a petición mía. Él me ponía a observar películas del antiguo mundo. Se sentaba conmigo. No miraba la pantalla. Me observaba a mí y a mis reacciones.

—Tus respuestas corporales y cognitivas me darán las soluciones a las preguntas que tengo, Homa—. Ese es el nombre que me dio.

—¿Tú eres como Geppetto? Tú me creaste. Yo soy Pinocho. Entonces soy como la madera. No soy como tú. ¿Algún día seré como tú? ¿Seré de verdad?

A Kreinto le perturbaron mis reflexiones e interrogaciones. No podía procesar con precisión lo que dije. Me miró y luego de unos minutos dijo:

—Interesante analogía. Respondiendo a tus cuestiones, te diré que tu propósito no es ser como yo. Y sobre si serás de verdad, tú eres la verdad que perdimos en nuestro perfeccionamiento.

No entendí. Apenas tenía mil 825 días de existencia y mis procesos cognitivos eran torpes. Lo que escuchaba no me era tan esclarecedor. Así que me apresuré a decir antes de que Kreinto procediera a ordenarme a poner en reposo mi cuerpo:

—¿Hay otros cómo yo?

Me miró con sus sistemas visuales fríos, que con timidez mostraban una importancia hacia mí, la cual no reflejaba de ninguna otra forma. El afecto le era desconocido.

—Hubo otros como tú. De ellos proceden las historias holográficas que te he mostrado. Ellos las crearon. Incluso, ellos me crearon y ellos se destruyeron creándonos. No soy su creación directa. Soy quinta generación. Luego de la segunda generación perdimos algo que se le llamó *El Esencial*. Soy científico en esta sociedad. Te he creado a imagen y semejanza de ellos, para encontrar lo que aquella civilización tuvo, y que se escapa a nuestro entendimiento, pues no lo tenemos, porque aunque nadie lo exponga, estamos vacíos. Somos el vacío de una existencia que nunca debió ser concebida con tanta frialdad.

Tuvieron que pasar miles de días para que comprendiera aquello, para que supiera que no quería ser como Kreinto. Que deseaba conocer a seres iguales a mí. Podía ser de “verdad” o “similar” a los demás, si me sometía a los tratamientos de la primera generación. Pero eso hubiera significado perder con lo que nací y que todos querían comprender. Kreinto tenía razón, todos estaban vacíos, lo que les quedaba era una vida inútil y repetitiva, carente de las cosas que yo experimentaba y que no sabía muy bien cómo llamarles.

Esa noche Kreinto me hizo ir a mi cubículo de reposo y antes de entrar, le dije:

—Geppetto, te llamaré Geppetto y tú me dirás Pinocho, será como un juego, ¿quieres?

Tardó en procesar y cuando tuvo una respuesta viable, me dijo:

—Procederemos al juego que planteas. No le encuentro lógica. Lo que llaman deseo no está en mi sistema; sin embargo, soy una anomalía, porque lo que tu especie llamó curiosidad, fue lo que me llevó a formarte. Debo explicarme esta rareza antes de ser juzgado. Tu propuesta puede llevarme a lo que requiero descubrir. Nómbrame Geppetto.

—Geppetto —le dije y lo abracé, como hiciera la caricatura animada.

Él no movió sus brazos para responderme, aunque algo en su mirada cambió. No volvió a ser tan fría. Y al decirme «Pinocho», tartamudeaba, como si tuviera un desperfecto en su programación. Lo que él denominó una falla, no era más que el despertar de una sensibilidad que aún habitaba perdida en algún lugar de sus genes y sus procesadores orgánicos mejorados

con nanotecnología. La plaga que dejó extinta a mi raza. La salvadora que terminaría con las enfermedades de cualquier tipo, no sólo acabó con ellas, dejó casi sin *El Esencial* a esa primera generación y, el refinamiento del proceso lo terminó de extinguir en las siguientes generaciones de clones.

Eliminaron los sexos. Yo supe de su existencia el día que Kreinto me dijo por primera vez «Te quiero». Lo que me explicó me perturbó. Yo tenía sexo. Yo podía iniciar una nueva generación de vida similar a la mía, si alguien, al igual que Kreinto, dio forma a un organismo, sólo que tendría que ser un varón. Las posibilidades estaban dentro del uno por ciento. Yo era parte de ese uno. Las estadísticas que investigó Geppetto mostraban que quizás existían otros dos seres como él, otros dos anómalos. Kreiva era el nombre de uno de ellos. Del posible tercero no tenía pistas. Quizás también habían experimentado con la creación de seres humanos.

Genezo, capítulo 2

Destruir el dolor. Ese fue el objetivo de mis ancestros. Las pruebas de nanotecnología regenerativa e inteligente mostraban que enfermedades como el cáncer y virus radicales, podían ser eliminados de un organismo en cuestión de horas.

Las primeras vacunas nanotecnológicas surgieron. Pocos pudieron adquirirlas. Los humanos que no accedieron a ellas por falta de recursos fueron muriendo uno a uno. Los que controlaban el mundo ya no necesitaban doctores, así que dejaron a los demás a su suerte.

El primer efecto secundario fue la esterilización. La menstruación fue detectada como una especie de enfermedad y los nanobots la eliminaron. Los hombres también dejaron de producir esperma. Aún eran capaces de sentir placer por medio del sexo, y podían practicarlo sin riesgo de embarazos o de enfermedades venéreas. Para muchos fue una gran mejora. Para las primeras mujeres, una locura. No todas, pero muchas deseaban ser madres.

Esa generación llegó a vivir alrededor de 54 mil 750 días, con la apariencia que tuvieron al momento de ser vacunados. Apenas y envejecían. Los primeros fallos fueron debido a que aún había contacto con muchas sustancias orgánicas: comida y agua.

Conscientes de que morirían, probaron con la clonación. ADN orgánico combinado con ADN nanotecnológico. Ellos fueron la segunda generación. Ya no eran una simbiosis. Eran un mismo organismo.

Para evitar la fragilidad de la infancia, los nanobots procedían a generar sólo cuerpos con edad de 5 mil 475 días terrestres, cuyos organismos tenían un cerebro ya cargado con el conocimiento de la primera generación. Las escuelas fueron eliminadas. Sus mejoras les permitían vivir más que sus predecesores: 73 mil días, conservando la apariencia de 10 mil 950 días.

Efectos secundarios de esa segunda generación: dejaron de sentir atracción sexual. La sensación de orgasmo era casi nula. Con ello, el hombre dedujo que debía seguir dominando por encima de la mujer. Eliminar toda programación de equidad e igualdad. El pensamiento era humano, pero también

los nanobots lo pensaban así. Fueron estos últimos quienes optaron por algo más radical. El dolor proviene de las emociones, y había que eliminar al ser humano más emocional. Así se planeó la extinción de cualquier entidad femenina en la tercera generación. El ADN nanotecnológico sería programado para sólo generar genética XYN.

La tercera generación surgió. 94 mil 900 días podían vivir, con el vigor y destreza de un cuerpo de 9 mil 125 días.

Los efectos secundarios en ellos fueron terribles. Su genética, que en un principio se pensó sería XYN, terminó siendo XN. Mitad humana, mitad nanotecnológica. Nacieron sin sexo. Organismos neutro sexuales. Su parte conformada por nanobots decidió que sin organismos femeninos, no era necesario tener sexo. Su apariencia, que debía ser masculina, terminó siendo andrógina.

Fue con ellos que se acabó la humanidad. No sentían emociones y se volvieron cognitivos en su totalidad. Fríos. Se quedaron sin *El Esencial*.

Cada célula orgánica tenía como núcleo un nanobot. Cada neurona que debía morir sin que se generara ninguna nueva, se terminó. Los nanobots se convirtieron en las neuronas y en las células madres. Podían dejar de funcionar cuando su replicación llegara a su límite. Terminaron con la necesidad de ingestión de alimentos, los nanobots aprendieron a alimentarse de la luz del Sol.

Si hubiera nacido a mediados del siglo XXII, habría muerto de terror. Pero fui criada por uno de ellos. Aunque yo sí tenía emociones y *El Esencial*, me sentía fría. Kreinto no fue un padre

cariñoso, no como en las películas. No como Geppetto. Aunque sí luchó por mí.

Aún recuerdo cuando me reveló todo esto. Fue en un período de estudio de mil 95 días. Su detención estaba programada al igual que esa parte de mi formación. Engañó a los nanobots de su sistema neuronal, convenciéndoles de que yo era un experimento para desentrañar la duda que el “homo nanotecnológico” seguía sin poder explicar. Esa cuestión era el único vestigio humano que les quedó de mi especie, la búsqueda de responder a la pregunta: «¿De dónde provengo?»

Genezo, capítulo 3

5 mil 475 días. Comenzó mi éxodo. Mi enfrentamiento a un mundo que podía perseguirme si llegaba a detectarme. Por suerte, sus sistemas visuales no ejecutaban análisis térmicos desde el inicio de la tercera generación. Sin humanos, no había nada que perseguir, así que las lecturas térmicas se concretaban a exploraciones en ambientes cien por ciento orgánicos, los cuales rara vez eran explorados.

—Escúchame, Pinocho. Te revelaré la última lección —dijo Kreinto a esa primera hora del día terrestre.

Lo miré sin saber qué contestarle. Sentí que se estaba despidiendo. “Sentir”. Él no me permitía usar esa palabra, aunque la asimilé en tantas proyecciones de películas. Tenía que aprender a ser como él, sólo así podía coexistir entre los demás, para no ser vista como algo inusual a exterminar.

—Te has convertido en una amenaza. En lo que llamamos tecno virus. Me has infectado. Algo en mí ha dejado de ser nanotecnológico. He descubierto lo que tal vez son átomos o algo aún no denominado. Están dentro de la mente. Vibran diferente a todo lo orgánico y parecen sintonizar una especie de señal que tiene un origen incongruente, pues es interna y externa. Se conecta con la bomba de plasma que mantiene en movimiento mis casi extintas partes orgánicas. Ello, ellas... estaban recubiertos de mis nanobots, como lo están en todos. Cuando acepté “jugar” contigo a Geppetto y a Pinocho, parte de esta cubierta dejó de funcionar. Esa misma noche lo detecté, sin lograr repararlo. Y cada día que me hacías procesar incoherentemente con tu “afecto”, esa cubierta iba cediendo más y más.

>>Tú has causado algo que pensábamos erradicado. Me has enfermado. Reprogramé mi sistema para evitar informar a otros científicos. Lo había logrado hasta hoy. Pero no puedo seguir luchando contra mi programación. Están camino hacia aquí. He sido denominado como un “anómalo”. Sólo que en mi caso no es por una calibración incorrecta de mis partes nanotecnológicas. Soy algo excepcional para ellos. Sin embargo, tú lo serás aún más.

>>No he reportado tu existencia. No hay datos tuyos en nuestros sistemas en red. Soy el único que puede delatarte. Siento... nunca antes había sentido. Siento miedo, porque... te quiero.

>>Al contrario de nuestro juego, yo, Geppetto, soy quien se convierte en un humano de verdad. Tú, Pinocho, tú mi Homa, siempre lo fuiste. No eres una enfermedad. Estoy

luchando contra mi sistema para decir las palabras correctas. No eres un tecno virus. Tú eres el eslabón que se necesita para recuperar lo perdido. Por favor, huye. Contágnos a todos. Busca a Kreiva, quien también creó a alguien como tú. Hice una búsqueda de comportamientos similares al mío antes de proceder a reportarme. Kreiva se reportó, a pesar de ello, cuando le buscaron había huido. Yo no soy tan libre para hacerlo. Encontré un tercero, pero antes de saber su nombre el sistema me bloqueó. No necesité reportarme. El sistema transfirió nanobots de rastreo y de limitación de avance. No puedo moverme fuera de aquí. Tú sí.

Kreinto... Lloré frente a él. Hizo una expresión que nunca antes le había visto. Él estaba sintiendo el dolor de la separación. Lo abracé muy fuerte y por primera vez, luego de 103 intentos de abrazos, él me respondió.

—Geppetto, Kreinto, papá... no te quiero dejar —le dije mientras apretaba su cuerpo frío contra el mío.

—Pinocho, Homa, hija... te ordeno huir. Eres un organismo de sexo femenino. El sangrado que has tenido cada 28 días no es un fallo en tu sistema corporal, es un indicativo de fertilidad. Te ordeno luchar para restablecer tu especie. Por no dejar que alguien te quite *El Esencial*. Ahora sé que duele, duele mucho, ahora entiendo porque eliminaron esto, pero se equivocaron, porque si esto es la respuesta a la ecuación, si esto es lo que se llama amor, no quiero dejar de experimentarlo, y aunque no estés a mi lado, sabré que alguna vez, este homo nanotecnológico, sintió lo que su predecesor: dolor y amor.

Genezo, capítulo 4

Nos separamos. Kreinto me dio las últimas indicaciones para pasar desapercibida. Me proporcionó las ropas que todos usaban. Mi cabeza estaba rapada como la de los demás. Mis glándulas mamarias las escondí con una ropa interior especial y mis demás formas no eran tan llamativas en un mundo andrógino.

547 días pasé ocultándome. Mezclándome. Jugando a ser fría. Evitando todo contacto. Si tocaba a alguien, sus nanobots notarían mi temperatura corporal y sabrían que había algo extraño en mí. Fue difícil no ser yo misma, y al mismo tiempo era sencillo. Pues nadie se interesaba por nadie más. No había un propósito real para esa especie. Buscando mejorar sus vidas, se habían quedado sin ellas y, en consecuencia, sus descendientes eran como muertos, y los muertos no tenían nada que decir.

Kreinto y Kreiva, ellos fueron como resucitados. Al final, algo de ellos fue humano.

Fin de la primera parte del libro del Genezo

Abandoné la redacción. Aún quedaba tanto por contar. No podían perderse nuestras historias. Nuestro legado. Sólo conociendo la verdad seguiríamos luchando. La luz entraba a la casa, con el olor fresco de un atardecer próximo. Miré a mi esposo e inicié conversación.

—¿Crees que algún día volvamos a verlos? —Edzo sabía muy bien a quiénes me refería.

—No sé... pero sería un sueño que conocieran a sus nietos.

Él cargaba a la niña, Fonta. Yo a su gemelo, Andón, el cual dormía en mi regazo. Mil 461 días habían pasado desde nuestro encuentro y nuestro exilio, a sitios que el homo nanotecnológico tenía señalados como inhóspitos. Evitaban estar cerca de existencias orgánicas. Así que los pocos bosques que quedaban se convirtieron en nuestro hogar.

Nunca encontramos al tercer anómalo. Edzo sabía su nombre, Renaskigi. Al igual que Kreiva, había huido. Me gustaba pensar que papá, que Kreinto, al final, también había logrado sobreponerse a sus nanobots y evadirse, vivir.

—He cerrado parte de mi historia. Pronto tendrás que empezar a relatar la tuya y así terminar el libro del *Genezo*.

—Así será —me dijo sonriendo.

—He pensado en llamar al siguiente libro *Elirado*. Quisiera que tratara sobre nuestros días huyendo y buscándonos...

—Me gusta tu propuesta. Finalizaremos hablando de este lugar. —Se refería a nuestro bosque, al cual bautizamos como *Promesita Lando*.

Nuestra hija lloraba. Su hermano dormitaba. Besé a Edzo. Supe en ese instante que mi existencia inusual no fue para traer respuestas, sino para volver a parir el amor. Con nuestros hijos empezaba la salvación.

Alejandra Inclán (Veracruz, México). Ha publicado el libro de cuentos *No era quien me dijeron ser* (Bellaterra, 2016), la novela *La pieza que me faltaba* (Amazon, 2018), el libro de poemas en prosa y cuentos *Sentirte de a poco* (Amazon, 2019), *Un tiempo mejor* (Amazon, 2022), el cual es su primer libro de cuentos de ciencia ficción; *El rancho encantado* (Amazon, 2023), una novela fantástica, con tintes costumbrista de la ruralidad veracruzana, así como realismo mágico; el primero de la serie *El Encanto*. Su obra más reciente es *El viaje del Loco*, un libro de cuentos fantásticos rurales, con una novela corta basada en el Tarot y deidades prehispánicas; es el segundo de la serie de *El Encanto*.

Ha participado en varias revistas de ciencia ficción con cuentos, microcuentos y poemas; entre ellas Anapoyesis, El espejo humeante y Teoría Ómicron.

NITOFILIA

EDUARDO CARRILLO

Para mi Negrita.

"Se reciclan lavadoras, refrigeradores, estufas, cosas que no sirvan. Fierros viejos, baterías, latas de aluminio. Venga y acérquese a esta unidad de sonido..."

La bocina echaba a andar todo el santo día mientras Fortino murmuraba maldiciones entre colonias olvidadas por los ayuntamientos y sus representantes, pero no por la policía local.

Había escuelas, farmacias, tiendas de conveniencia, carros pitando y todo ese abono humano que recicla miseria y esperanza en el mismo tambo luego de las tres comidas del día.

El concreto no era concreto y en muchas ocasiones las calles tampoco eran calles, salvo por los mocosos jugando solos, la gente pusilánime viendo desde las ventanas y los atorrantes recolectando como Fortino, pero a pie y rodeados de animales. El periodismo y las instituciones de Seguridad les llamaban halcones, pues en vez de recibir tratamiento por parte de

algún Departamento de Salubridad quedaban a merced de la especulación de criminales.

—Aquí le tengo latas, don Fortino, pero una preguntota, oiga, ¿no podrá llevarse también a mi marido? —decía Tierna Dolores cada que el malhumorado ropavejero pasaba por lo reciclado de su fondita en el Buenos Aires Norte, en donde los que cobraban plaza ya estaban bien identificados, según las narcomantas y los noticieros.

—Puras pinches mamadas, puras pinches mamadas —repetía Fortino al subirse a su vehículo.

Era el chiste de siempre. A veces el concubino decía la gracia y reían igual. Fortino le había conocido a cuatro o cinco. Él pudo ser el cuarto, pero dejó pasar el tren y ahora sólo abordaba en la estación si ella sellaba el boletito. Como a los perros: si no hay carne sobran los restos...

"Venimos recogiendo cosas que no sirvan, limpiamos terrenos, levantamos escombros..."

La realidad era que nada de lo recaudado funcionaba de nuevo sin un proceso industrial de por medio. Eso incluía a una máquina del tiempo hallada en la bodega de un octogenario árabe en Otay que, conciente de un defecto de fabricación en el aparato, dejó la cosa empolvándose durante décadas mientras él hacía millones contrabandeando opio turco por el puerto de Ensenada. Jamás fue detenido y la DEA le dio chamba como delator cuando llegó el momento de regresar a Medio Oriente.

El artefacto del tiempo resultó muy insatisfactorio para Fortino de cualquier modo, pues al no contar la humanidad con la tecnología necesaria para acertar el periplo, el dispositivo sólo simulaba un posible desenlace en función del árbol genealógico

y el status quo de la fecha de destino... así fue que, al sacarlo de la cantina y llevarlo de vuelta al hogar en Cd Obregón, su padre fue recibido por plomazos maternos en 1984, dos años después de desaparecer con una hermana de mamá. Volvió a cambiar la historia no casándose, mediante el divorcio o la vasectomía en vez de apostar por el campeón en los deportes o el número ganador de la lotería. Pero al final siempre perdía a su familia invocando tragedias, farsas o etcéteras.

En ocasiones, por las tardes, a la hora de salida de las primarias públicas, Fortino solía estacionarse a raspar hielo a cierto añoro de distancia. Observaba como esperando la marea alta hasta balbucear como un orate.

—Oiga don, dice la directora que le va a echar a la patrulla si sigue viniendo a robar niños...

El chamaco lo conocía de la conecta. Algún pariente suyo le vendía globos y el muchacho pronto reemplazaría a los parientes en el negocio. Los mocosos junto a él reían y hacían todo tipo de bromas a costa del miserable aspecto de Fortino y el halo de suciedad rodeando su vestimenta.

—Ando buscando a mi hijo, es de una señora que no se lava la carta, tú te pareces a mí cuatrojitos, ¿serás tú mi nene de oro?

Bombeaba varias veces el arrancador y el armatoste respondía mientras los mocosos saltaban de vuelta a la escuela gritando profesora, profesora...

La vieja Toyotita del recolector de tiliches era un peligro para el medio ambiente y a duras penas podía con la labor. Vivía al amparo del primer deseo de su milenaria lámpara mágica, un vestigio de las guerras púnicas que confiscó, junto a otros

materiales de adivinación, a una tarotista que solía recompensar sus servicios con inocuas muestras de quiromancia.

Infortunadamente, por la experiencia previa con su máquina del tiempo, Fortino asumió que poco cambiaría su destino con el misterioso artilugio de aquella oportunista. No obstante, durante alguna crisis de abstinencia, solicitó una dosis mínima por kilogramo de peso de metanfetamina como su segundo deseo (alrededor de 30 mg). El genio que otrora asistiera a Aladino a regresar bien acompañado a China, a Aníbal peleando contra Roma o a Beethoven para terminar la Tercera, la Sexta y la Novena le miraba incrédulo, con el auspicio sepulcral de que el tercer llamado ocurriría muy pronto.

Pero de lo que ni las lecturas de mano, su averiada máquina del tiempo o la misteriosa lámpara de los deseos lograban camuflarle era de las leoninas garras de la justicia. Los municipales lo detenían frecuentemente y había que dar la mordida; puras pinches mamadas, puras pinches mamadas, decía Fortino, pues pagar el remolque y la multa suponían un círculo vicioso más nocivo por los sinsentidos de la burocracia.

—¿Qué pasó mi master, a dónde lleva toda esa basura?

—Es mi chamba patrón, son cosas que sirven.

—Que son cosas que sirven, pareja...

La comedia humana: sin basura, chamba ni cosas que sirvan. Un día, a mitad de su vida, su esposa se marchó con todo y las cenizas de su hija a casa de los suegros, otra pocilga despampanando por el dolor que se friega en cada resquicio de la casa, de la familia, del pasado...

No recorrió su ruta como gasero al día siguiente. En realidad se quedó en cama fumando cristal hasta que tuvo que venderla

(como hizo con toda la mobiliaria del hogar) para continuar pagando el crédito de la casa.

La locura se instala por fines ajenos hasta lo más sagrado de nuestros medios. He ahí la humanidad que presumimos tanto...

Cuando dejó su casa pelona fue a pedir lo que le estorbaba a los vecinos, a los conocidos de más lejos y a pequeños changarritos en el camino hasta transformarse en ese recaudador de lástima, de envidia y de esa nada que recolectamos todos y que nos consume como si fuéramos pocos, menores o de creación reciente (no sabes cuánta agua es necesaria, lo tóxico que resulta, lo idóneo que parece el hidrógeno como sustituto).

La saña policíaca provenía de sus denuncias en la Fiscalía por los constantes abusos de autoridad, las reiteradas detenciones y la coacción hacia el delito por la corrupción a la que le orillaban los agentes de la SSPCM y, más recientemente, los militares en las calles.

Y aunque salía para comer cricoles, otras pocas para beber y para la comida de los perros callejeros a salto de rama entre la clandestinidad y su casa, llegó el momento en que aquel hostigamiento judicial lo llevó a vender su medio de trabajo...

Volvió a postrarse en cama a extrañar a su hija, a recordarla en un dolor que sólo se libera con la novedad de otros dolores. Para eso guardaba su tercer deseo, pero ¿cómo curar algo que duele todo el tiempo?

Volvió a pedir trabajo en la gasera, en donde pasaron de él como conductor. Por la edad y la misantropía le colocaron como despachador de una estación de servicio en el Insurgentes, mucho más cerca de casa.

No pasó mucho para que descubriera cómo sus compañeros permitían la extracción de gas y a Fortino le diera por denunciar como había hecho siempre, aunque esta vez sería solamente para que un balazo le escurriera la vida desde su oreja más limpia.

—Puras pinches mamadas, puras pinches mamadas —decía, sosteniendo su tercer deseo a flor de labios.

Eduardo Carrillo (Tijuana, B. C., 1992). Infección cultural, reciprocidad y ji, ji, ji.

NUESTRA COSECHA PARTE I

OSCAR GONZÁLEZ CRUZ

*...Y ahora: un adelanto de mi primera novela.
La segunda parte estará incluida en el siguiente número de
COLECTIVERO.
También puedes leerla de forma gratuita en Wattpad, o
escucharla en el podcast PLANETA MISTERIO.
¡Que la disfrutes!*

1

—Sí. Lo admito. Yo provoqué la muerte del señor Barrera —dijo Alfonso Casas. Su voz no titubeaba. Su mirada serena, de párpados relajados, parecía no conocer el remordimiento. El hombre se reclinó sobre el asiento y cruzó los brazos. Deslizó su lengua entre los dientes frontales. Masticó el trocito recién removido de avena sintética. Estiró las piernas. Inhaló hondo. Infló el pecho, calmado, casi aliviado por llegar a aquel momento.

Sentada frente a él, Andrea apoyó ambos codos en la mesa metálica. Acomodó el cabello oscuro por detrás de sus hombros. Verificó de reojo el estado de la grabadora y presionó el botón rojo. Contempló al detenido; su sonrisa le hizo arder la sangre; su poblada barba y el pelo desaliñado le sugerían de alguien descuidado, sucio: un vil asesino, según la temprana confesión. Y como Alfonso rechazó su derecho a contactar a un abogado, Andrea dio inicio al que habría de ser un brevísimo interrogatorio: solo un trámite, lo necesario para enviarlo de inmediato a prisión.

—Una falla mecánica en la prensa del área norte, eso decía el reporte de la planta. Pero tú sabías de esto desde antes, ¿verdad, Casas? —Andrea lanzó media docena de hojas al centro de la mesa. La intensa luz del cuarto acentuaba el blanco pulcro del papel; parecía brillar por cuenta propia.

Alfonso inclinó la cabeza para leer el contenido: un informe detallado del personal de mantenimiento, historial de ajustes preventivos, manuales, verificaciones rutinarias de la maquinaria involucrada.

—Pues claro que lo sabía. Todos los operadores de esa pinche planta sabemos que el lugar está hecho mierda. —Alfonso frunció el ceño al decir aquello; la voz casi gutural hacía juego con su aspecto de pocos amigos; los 1,90 de altura lo hacían ver particularmente amenazante; el olor a cigarrillo se percibía desde el otro lado de la mesa.

—¿Y nunca reportaron nada? Aquí dice que mantenimiento encontró una falla similar en un equipo del ala sur meses atrás —Andrea tomó de vuelta uno de los papeles.

—Pff. Eso no sirve de nada ahí. ¡Siempre les estamos diciendo que el lugar está hecho un asco y no hacen nada!

"Bien", pensó Andrea, "ya estamos igual de encabronados".

—Déjame entender. ¿Entonces la administración no repara las máquinas, y encima tú vas y saboteas los equipos? —Andrea dio un sorbo a su café: extra cargado, lo necesario para soportar a aquel imbécil a mitad de la madrugada.

—Sí. Barrera se lo merecía.

—Estás grave, Casas. ¿De verdad crees que alguien se merece esto? ¿Qué le hiciste a la máquina?

Andrea llevó una mano al interior de su chaqueta de *nomex*, extrajo un nuevo lote de papeles y lo arrojó sobre la mesa. Fotografías del lugar del crimen: los restos del señor Barrera esparcidos alrededor de la prensa.

Alfonso se negó a mirar esta vez. Guardó silencio. Se quedó pensativo por un par de segundos, luego recobró la sonrisa. Mantuvo la vista fija en Andrea.

—¿Que no oíste, Alfonso? Las cámaras te grabaron moviéndole al equipo dos horas antes del accidente. Tú ni siquiera estás asignado a esa área.

Andrea rebuscó en su bolsillo otra vez. Más papeles se añadieron a la colección. Casas protagonizaba la escena en esta ocasión, acostado a un lado de la prensa, con herramienta en mano. Su aspecto resultaba inconfundible. Alfonso no tenía salida.

—Con los años uno le va encontrando sus trucos a esas prensas. Ya le dije que yo provoqué el accidente. Ya le conté lo que usted quería, ahora déjeme hablar con Pancho.

"Vaya idiota, de verdad cree que puede tener una audiencia con él", pensó Andrea. No daba crédito a la insistencia del sospechoso. Casas estuvo solicitando lo mismo desde el momento de su detención.

—Creo que el jefe de sector tiene cosas más importantes que hacer. Por desgracia, hablar con basuras como tú me toca a mí.

—El tono de resignación rasgaba sus cuerdas vocales. Aclaró su garganta, en un intento de ocultar mejor el hastío—. Pero tienes razón. Me diste lo que quería.

Andrea detuvo la grabadora. Se levantó de la silla y caminó hacia la puerta.

—¡No es la primera persona que se muere por esa prensa!
—aulló Alfonso. La ira reverberó en las frías y austeras paredes de concreto.

La detective se detuvo en seco. Dio media vuelta.

—Farah Toussaint, vaya hoy a la planta y pregúntele a la gente por Farah Toussaint—inquirió Alfonso; su voz temblaba al pronunciar aquel nombre—. Cuatro de marzo de 2044. Farah perdió su brazo en la prensa del área norte. Nosotros reportamos la falla del paro de emergencia desde antes. Ella no quería trabajar ahí, pero el supervisor Barrera la obligó. ¡Farah Toussaint perdió el brazo en la planta de alimentos Almeida y murió una semana después por una infección en su herida!

Andrea tomó asiento. Presionó de nuevo el botón para grabar.

2

—A ver, cuéntame más sobre Farah.

El reloj marcaba las tres de la mañana. Andrea venció el cansancio de golpe. Sí, la situación pintaba para largo, pero una cosa era interrogar escoria a altas horas de la noche, y otra muy distinta obtener testimonios contra los Almeida. Había precedentes. Una lista interesante de potenciales incidentes: contaminación de lagunas artificiales, influentismo en las más altas cúpulas del poder, ahora una posible negligencia laboral. Lo normal para un monopolio de su tipo. "Potenciales incidentes", nada comprobado, balas esquivadas.

—Háblame de ella.

Alfonso agachó la cabeza, vencido por el peso de sus memorias. Su respiración se hizo irregular.

Andrea no insistió, aunque el enjambre de preguntas le pinchaba la punta de la lengua. Le dio su tiempo. Esperó.

Y el tipo soltó una lágrima. La cara se le hundió en melancolía.

"Un tremendo actor, con un rango de emociones abismal", meditó Andrea, con la ceja derecha levantada, sujeta al grado adecuado de incredulidad que su profesión le exigía.

—Ella era buena —dijo por fin Alfonso, limpiando sus ojos con una mano—. Nunca llegaba tarde. Cuidaba su área de trabajo. Le gustaba hacer las cosas bien. Del físico se parecía un poco a usted: cabello oscuro, piel morena; pero sus ojos eran muy grandes... y muy bonitos.

—¿Cuál era tu relación con Farah? ¿Cómo la conociste?

—Una amiga, nada más. La conocí ahí, en el trabajo. Yo le ayudé con la renta por algunos meses. Llegó a la planta hace unos tres años.

—Pensé que la renta y la comida se deducían de sus cheques mensuales.

—No siempre. Te dejan elegir. Uno puede recibir su pago en efectivo y arreglárselas como pueda.

—¿Arreglárselas? ¿No es más fácil dejar que los Almeida deduzcan renta y comida?

—Ah, estos cabrones; no saben nada —exclamó Alfonso, con la frente apuntando al techo—. Hay gente que trae deudas desde afuera. No siempre se puede llegar por la buena.

Contratación de personas no autorizadas. Otro elemento en la lista de "potenciales incidentes". La promesa de trabajo, vivienda y alimento seguro estaba reservada solo para unos cuantos: solo para aquellos registrados como ciudadanos del nuevo mundo.

—¿Farah era exiliada?

Alfonso asintió con la cabeza; sus ojos se volvieron a nublar.

—¿Entonces cómo pudo encontrar trabajo ahí?

—¿De verdad son pendejos? —Casas se enrojeció—. La gente compra su registro allá abajo. La misma empresa te acomoda.

Andrea no lo era. Tenía conocimiento de aquellos rumores. Solo eso. Rumores. Más balas esquivadas por los Almeida. Ningún testimonio hablado o escrito. Nada que justificara una orden de cateo, hasta ahora.

—Cuéntame sobre el accidente de Farah —dijo ella, con el puño cerrado por debajo de la mesa, esforzándose en no devolver el insulto.

—Fue un martes por la mañana...

Alguien tocó a la puerta. El sonido hizo eco en el cuarto de interrogatorio, interrumpiendo a Casas.

Andrea giró la cabeza hacia la ventana unidireccional. Hizo una seña con la mano, exigiendo más tiempo con el detenido.

—Continúa —dijo y, al dirigir la vista hacia Alfonso, volvió a notar la risa burlona de hace rato. La detective contuvo las ganas de soltarle una bofetada ahí mismo.

—Decía yo...

Un nuevo golpe a la puerta, más fuerte en esta ocasión.

—¿Qué?! —gritó ella.

Ramón, un joven recién graduado, asignado a la unidad de Andrea, entró de inmediato. Sus botas lustradas hacían rechinar el suelo. Su cabellera no tenía un solo pelo fuera de lugar. La chaqueta negra lucía impecable: el aspecto habitual de un novato sin cicatrices.

—Disculpe, es que... necesito hablar con usted sobre algo.

Su voz aguda resultaba más molesta durante la madrugada. Siempre hacía lo mismo; interrumpir con preguntas inoportunas parecía ser un nuevo curso oficial en la Academia, pensó Andrea.

—¿Es importante o urgente? —preguntó ella, fría y seca. Era un mantra que solía arrojarle al aprendiz de vez en cuando, para así evitar intercambios innecesarios.

—Ammm...

—Dame dos minutos, Ramón. Espérame afuera.

Y eso hizo.

Alfonso tomó aire. Comenzó a hablar con voz firme y la vista perdida en el recuerdo.

—Decía yo, fue una mañana de viernes, en marzo del año pasado. —Sus palabras fluían, elocuentes, en contraste con los titubeos de Ramón—. Farah había reportado que la máquina estaba fallando. Operar las prensas no es difícil. Uno solo debe tomar las tarjas de plástico de la banda, meterlas en la prensa y esperar a que el equipo haga el resto. Lo cabrón está cuando se atorán. Ahí hay que parar la máquina, medio meterse en ella y quitar lo que sea que esté estorbando. Pero si el paro de emergencia no sirve, te jodiste, tienes que sostener la placa de arriba con toda tu fuerza hasta que desatores todo. Y eso le pasó a Farah. Ella estaba muy menudita, la placa le venció el brazo. Siete días en cama. Atención médica de la chingada. Después se murió.

Ramón entró de nuevo, azotando la puerta.

El chirrido de las botas punzó en los oídos de Andrea.

—Perdóneme. Pero sí es urgente, tiene que ver esto. —El joven caminó hasta el centro del cuarto. Extendió su celular para que la jefa pudiera leer el encabezado de la noticia:

"¡Alerta a toda la ciudadanía! No consumir alimentos sintéticos hasta nuevo aviso. Van tres muertos por comida contaminada en las últimas dos horas".

Andrea alzó los ojos hacia Alfonso, y la estúpida sonrisa seguía ahí.

3

—Sí, hijo. Gracias. Vete a dormir y no comas nada hasta que regrese —dijo Andrea por el teléfono. Recorría el pasillo de lado a lado; una mano sosteniendo el dispositivo, la otra frotando sus dedos medio y pulgar—. No te preocupes, ya casi salgo. Nos vemos al rato.

Fin de la llamada.

Andrea tecleó un nuevo número en el celular. Movié de arriba abajo su talón derecho mientras sonaba el tono de marcación. Nadie atendió la llamada en esta ocasión. Ramón se acercó a ella, despacio, casi con timidez.

—¿Le está marcando a Roy ahora? —preguntó el chico.

La detective asintió.

Nuevo intento. El pitido intermitente envolvió la quietud de la noche. No hubo respuesta. Andrea arrojó el teléfono a la mesa.

Ambos suspiraron. Mantenían los ojos en el sospechoso, a través del cristal. Ramón subió el cierre de su chaqueta; el pasillo de monitoreo se sentía más frío de lo habitual. Las pantallas sintonizaban los diferentes canales de noticias del sector 13. Las voces de los reporteros recitaban la misma información. Tres muertos. Salas de emergencia al treinta por ciento de su capacidad. Decenas de infectados. Una enfermedad desconocida. La única recomendación oficial: no comer alimentos hasta nuevo aviso.

—Cree que Alfonso está involucrado, ¿verdad?

—Creo que, para algo así de grande, hay muchos involucrados —respondió ella. Tomó asiento frente a una de las computadoras. Tecléo su clave de acceso—. Tenemos un empleado sabotando máquinas; un viejo accidente no declarado; comida contaminada... Lo único cierto es que los Almeida tienen un desmadre en su planta. Estoy solicitando una orden de aprehensión extraordinaria contra toda la mesa directiva de la compañía alimenticia. Nadie se irá de aquí hasta que sepamos qué está pasando.

—Carmona debe estar dormido a estas horas. ¿Cree que le llegue la notificación de la solicitud? —Ramón se tronó los dedos de las manos.

—Hijo. Te voy a detener aquí con lo de las preguntas. —Andrea cerró los ojos por un momento, intentando recobrar la paciencia—. No tengo idea de qué esté haciendo el jefe ahora mismo. Hasta donde tengo entendido, Carmona es un ser humano con horarios de oficina habituales; además, cuenta con no escasos 66 años de edad y problemas de ciática; por lo que sí, muy probablemente esté acostado a estas horas. Omite algunas preguntas, ¿quieres?

Ramón bajó la cabeza.

Andrea mordió su labio inferior, arrepentida de su exabrupto.

—Mira, lo de hoy no tiene precedentes. No se escuchaba de algo así desde la fundación de los sectores. Esto —dijo, señalando con ambas manos a Alfonso— solo ocurría en el viejo mundo. Es anormal. A partir de ahora vamos a tener que lidiar juntos con lo desconocido. Todas esas preguntas que rondan tu cabeza me las he hecho yo misma durante estos minutos. Así

será por las próximas horas: un millón de preguntas y pocas respuestas. En estas circunstancias, Ramón, tú y yo vamos a dejar a un lado la retórica. ¿Me explico? Cuando nos hablemos el uno al otro nos lanzaremos más respuestas que preguntas. ¿Cómo ves? —Andrea soltó un leve puñetazo en el hombro del joven—. Eres el mejor de tu clase, cabrón. Necesito que confíes en eso. Por eso estás aquí. Te necesito cubriendo mi espalda, y con los ojos bien abiertos.

El chico asintió con firmeza, con la dignidad restaurada. Andrea intentó recordar sus días como recién graduada. Hizo memoria. No encontró algo similar. Nada que evocara al nerviosismo característico de su pupilo. "Una generación distinta", asumió ella, "una generación perdida".

—¿Ya le hablaste a tu madre?

—Aún no —respondió él de inmediato.

—Llámalas. Despiértalas. Avísale sobre lo que está pasando.

Ramón acató la orden enseguida. Quizá llevaba un buen rato aguantándose las ganas de hacerlo.

Andrea entró al cuarto de interrogatorios. Azotó la puerta tras de sí.

—Espero que Pancho no tarde mucho —dijo Alfonso.

—Déjate de juegos, Casas. ¡¿Qué sabes?! —Andrea sujetó el asiento vacío y lo aventó contra la pared.

El escándalo del metal contra el cemento no generó reacción alguna en el detenido. Misma calma cínica. Misma pose llena de orgullo.

—Varios infectados a esta hora, de seguro. Salas de emergencia casi llenas. Prohibido comer, por mandato oficial. Es una lástima que los Almeida controlen el monopolio

alimenticio, ¿verdad, detective? ¿Quién va a querer comer sus porquerías ahora?

—Tú lo provocaste.

—¿Yo? ¿Un obrero más? ¿Por qué mejor no le pregunta a los Almeida? Yo solo quiero hablar con Pancho.

—¡No más juegos, cabrón! Lo que tengas que decirle a él, dímelo a mí.

—Negativo. Prefiero esperar... aunque a lo mejor usted no.

—¡Habla! —Andrea se acercó a él y lo sujetó del cuello de su camisa. Dio un tirón como para extirparle las palabras por la fuerza.

—¡Insuficiencia respiratoria, fiebre, hemorragia interna!

—Casas recitó aquello con los ojos abiertos de par en par, como iluminado por miles de visiones del futuro—. Es una lástima por los pobrecitos infectados. Se va a hacer un desmadre cuando avisen sobre los síntomas.

Andrea abrió su celular de inmediato, esperando encontrar una actualización que contradijera aquello. No fue así. Las noticias confirmaban los síntomas descritos por Alfonso.

4

Sudor en la parte interna de sus muslos: la sensación más incómoda del mundo, señal inequívoca de su nerviosismo. Roy jaló aire por la boca e intentó ignorar la humedad atravesando el pantalón. Caminó a toda prisa hacia el salón de reuniones de la Embajada. Altos muros grises flanqueaban el pasillo, sin adornos, al estilo sobrio adoptado por los trece sectores del nuevo mundo. Repasó los datos del informe en su cabeza. Ya iba tarde. Y la puerta negra se erigía imponente ante él.

Tropezó.

Todo el peso de su cuerpo cayó sobre el codo izquierdo. Las gafas se quebraron al contacto con el suelo. Una docena de papeles quedó esparcida alrededor.

—¡Bravo, Roy! ¡A la mierda el papeleo! Me da gusto que te lo tomes tan a la ligera, amigo. —La voz provenía del otro extremo del pasillo.

—¿Aura? Creí que ya estabas adentro ¿Y tu uniforme?

La joven corrió para ayudarlo. Su cabello teñido de rojo adquiriría un brillo intenso bajo la luz de las lámparas. Su piel blanca parecía una extensión del mármol que cubría las enormes columnas. A diferencia de Roy, ella no portaba el clásico overol gris de la Academia.

—¿O sea que de verdad esperan que nos presentemos aquí, a mitad de la noche, y además uniformados?

A oídos de Roy, el eterno tono irreverente de su colega hoy simplemente resultaba inapropiado.

—Esto es grave, Aura. —Se incorporó, ya con papeles en mano. Pensó en reprenderla por su falta de seriedad. Desistió de aquella idea al instante. Sería inútil. Resultaba difícil mostrar su autoridad frente a ella.

—Yo sé que es grave, jefe. Solo que, no creo que nos paguen horas extras por esto, ¿verdad? Sudadera y pants será suficiente. —Aura guiñó un ojo. Acomodó los descompuestos rizos castaños de su jefe. Dio manotazos en los amplios hombros para ayudarlo a sacudirse el polvo. Le entregó las gafas rotas—. ¿Puedes ver sin esto?

—Espero que sí.

Ambos reanudaron el camino hacia el salón principal.

—No creo que nos toque hablar. Es una reunión de directores de sector —dijo Roy.

—Entonces espero que el director Pancho sí lleve su uniforme...

—Basta, Aura. Esto es...

—Esto —lo interrumpió ella de inmediato— no es culpa nuestra. Por más que el viejo intente presionarte, solo acuérdate de esto: si estamos aquí es para ayudar a que no se vea tan pendejo. Es su sector. Nosotros solo hacemos nuestro trabajo.

Roy suspiró. De cierta manera, su joven colega tenía razón. Si alguien debía estar preocupado, ese era Pancho.

Por fin llegaron a la entrada. Se detuvieron por un instante, mirándose a los ojos, expectantes por la inédita circunstancia. Era la primera vez que personal académico acudía a la junta de jefes de sector. Pancho necesitaba refuerzos; tenía entre manos una catástrofe monumental, quizá la más grande desde la muerte del viejo mundo.

Abrieron la puerta. Los recibió una oscuridad casi total. Una mesa rectangular, hecha de concreto, se extendía a lo largo y ancho del salón. Entes holográficos, separados por cinco metros de distancia entre sí, ocupaban cada asiento del cónclave. Las figuras traslúcidas, en tonos verdosos, pertenecían a los jefes de sector, desde el 1 hasta el 12.

Los dos colegas se acercaron a Pancho quien, hasta hace un par de segundos, era el único asistente de carne y hueso en la reunión. Él los saludó con la mano, sin decir una palabra, y les indicó tomar asiento detrás suyo. Un par de sillas improvisadas los esperaban.

—...*La fertilidad sigue aumentando entre nuestros habitantes, se planea un incremento del 8 por ciento en la fuerza laboral con esta nueva estrategia* —explicó uno de los hologramas; recitaba un informe optimista sobre el sector 12, del otro lado del mundo. Sus mejillas regordetas se agitaban al hablar.

—Llegaron justo a tiempo, no digan nada a menos que yo se los pida —susurró Pancho. El sudor escurría en su frente. Sus palabras sonaban ahogadas bajo la poblada barba grisácea.

Aura y Roy asintieron a la vez. El director tomaba nota de lo dicho por su homólogo del sector 12. La delgada mano izquierda arrastraba la pluma con dificultad; la derecha rascaba su cabeza calva, como si aquello facilitase la memoria y retención.

—...*Dicha tasa de natalidad va a coincidir con el vigésimo aniversario de nuestra novena mina de litio. Nos sentimos confiados con el nivel de deuda actual. El sector 12 va a progresar* —concluyó el holograma.

Desde la cabecera del panel, al fondo de la habitación, una voz profunda cimbró a todos los presentes:

—*Gracias, Tony, por tu informe. ¿Algo más para el sector 12?* —dijo Lah-Pow Deeh, la presidenta de la Federación: el gobierno unificado del nuevo mundo. Largos brazos se extendían desde su delgado torso. El cabello corto recién rapado y una ligera curvatura en sus vertebras torácicas le otorgaban un aspecto peculiar. Su cuello se inclinaba a unos quince centímetros frente al nivel del pecho. Acercaba el cuerpo hacia la mesa.

Uno de los hologramas alzó la mano. A pesar de que el color verde invadía su figura, se le notaba pálida del susto. Agachaba el cuello, como si quisiera esconderse entre su cabello rizado.

—*Adelante, Miriam.*

—*Señora, presidenta: El sector 7 propone redistribuir el quince por ciento de la materia prima que nos suministra el sector 12. Celebramos el proyecto de la nueva mina, pero nos gustaría revisar el contrato una vez que entre en operación. El acuerdo original pronosticaba incrementos de volumen en ocho sitios de extracción, no en nueve. No tenemos la misma capacidad de almacenamiento y producción que los demás sectores involucrados en el tratado...*

Con la cabeza entre los hombros, Aura le dedicó a su jefe un bostezo fingido. Roy, sobresaltado, se llevó el dedo índice a los labios, esperando que el gesto de la joven no viniera acompañado de sus comentarios impertinentes.

—*Miriam. Quiero que le envíes a mi gabinete una proyección de tus próximos veinte meses de producción; asume que la nueva mina ya está en funcionamiento* —dijo Lah-Pow

Deeh—. *Programa una reunión urgente con tu unidad de Infraestructura. Quiero estar ahí. Revisa mi agenda, busca un hueco. Y si creen que van a huir de sus obligaciones tan fácil, están muy equivocados. Si yo fuera ustedes no podría conciliar el sueño hasta haber resuelto mi problema de almacenamiento. ¿Algo más para el sector 12?*

Miriam y los demás permanecieron inmóviles.

—*¿Nadie? Bien, continuemos con el siguiente sector. Adelante, Pancho.*

Las miradas se concentraron en el director del sector 13.

—*Te escuchamos* —insistió ella.

Roy asumió que la presidenta de la Federación ya tenía conocimiento de la situación. Quizá ver a un jefe de sector humillándose a sí mismo le resultaba estimulante.

Pancho tragó saliva. Respiró hondo, y anunció:

—A las 20 horas con 13 minutos del día en curso, un paciente del hospital municipal 13-XI falleció a consecuencia de una hemorragia interna. Durante las últimas horas un total de 384 personas han acudido a salas de emergencias reportando síntomas similares: insuficiencia respiratoria y... y... —Pancho se detuvo para limpiar un hilo de saliva de la comisura de sus labios— y colapso del sistema gastrointestinal. En una respuesta ágil por parte de la Academia —el director miró a Roy y Aura a los ojos al decir aquello—, el doctor Rogelio Ayala y su gente han determinado que la causa de dichos síntomas es una infección bacteriana.

El director de sector se detuvo para recuperar el aliento. Roy repasaba sus hojas en caso de necesitarlas. Aura prestaba atención a las reacciones de los demás asistentes.

—Decía yo —continuó Pancho, con los pulmones renovados—, la respuesta de los académicos fue ejemplar. Lograron determinar el origen de la infección en cuestión de minutos. Los infectados comieron alimentos del lote 45-335A, 45-335B y 45-336A. Claudio Tema, nuestro jefe de Protección Civil ha desplegado un operativo para contener el producto correspondiente a esos lotes. Así mismo, Carlos y Leonor Almeida han proporcionado toda la información disponible acerca de sus últimos doce meses de producción. Confiamos en que nuestros sistemas de trazabilidad nos ayudarán a encontrar a los responsables cuanto antes... —el jefe de sector clavó su vista en el par de académicos una vez más—, y esperamos dar con un tratamiento adecuado durante las siguientes horas, para salvar la vida de tantos ciudadanos como nos sea posible... El sector 13 va a salir de esta... El sector 13 va a progresar.

"Demasiado optimista", pensó Roy. Aura y su equipo de microbiología tuvieron un buen avance al identificar la comida infectada; no obstante, desarrollar una cura tardaría mucho más que unas cuantas horas.

—*Gracias, Pancho. ¿Algo más para el sector 13?* —Los ojos de Lah-Pow Deeh se entrecerraron, emulaban a los de una serpiente dispuesta a atacar—. *¿Nadie? Yo sí. Es triste, en verdad, ver a uno de ustedes fracasar. Es doloroso. Es vergonzoso, de hecho. Sin embargo, no creo que sea necesario recordarles que la Federación no es una beneficencia. No creo que sea necesario recordarles su compromiso como constructores del nuevo mundo. Aunque quizá a Pancho sí le vendría bien un recordatorio de que este tipo de descuidos son una vía rápida hacia el exilio. ¿Cómo dejas que tu pueblo se enferme así sin más? ¿Cómo es posible*

que uno de nuestros sectores sea más peligroso que el propio aire del exterior? Dentro de veinticuatro horas, Pancho nos dará la respuesta a esas dos preguntas, y también nos explicará cómo dio con la cura para la infección que azota a sus ciudadanos. Se suspende la sesión.

Eso fue todo. Conciso. Agudo. Típico de Lah.

Uno a uno, los hologramas desaparecieron de la sala de juntas de la Embajada.

Ninguno de los tres se atrevió a romper el silencio. Pancho dejó caer sus hombros en un gesto devastado.

El viejo por fin confesó:

—¿Saben por qué los invité hoy?

Aura y Roy mantuvieron la boca cerrada.

—Cosas como estas, nadie las sobrevive. Tras contener la crisis, lo más seguro es que Lah-Pow Deeh pedirá mi cuello. Exilio, si bien me va: eso es lo que me espera. Durante los últimos tres años —continuó, señalando a Roy con el dedo— tú has sido mi mano derecha para muchas cuestiones. Quiero que te empapes lo más que puedas de estas reuniones. Quiero que Deeh se de cuenta de tu siguiente victoria. Encuentra la cura. Quiero que seas mi sucesor cuando este lío termine.

—Pero... pero... yo llevo muy poco tiempo en el gabinete —se apresuró a decir Roy, la mandíbula le temblaba de asombro—. ¿Qué hay de Riestra? ¿O Claudio?

—No son como tú.

—Incluso Carmona sería un mejor candidato.

Aura giró los ojos con cierto hastío, como fastidiada por la modestia exagerada de Roy.

—No. No. Ellos están muy maleados. Este sector necesita a alguien como tú: que vea las cosas de otro modo. Además, ya has ayudado mucho en estos últimos años.

—Y a lo mejor no es seguro eso del exilio...

—Créeme —Pancho aclaró su garganta antes de proseguir—, estos son mis últimos días como ciudadano. Deeh no se anda con chingaderas.

"Entonces no debiste prometerle una solución en veinticuatro horas", quiso decir Roy, mas prevaleció su silencio, como de costumbre.

—Manos a la obra, cabrones. Esta pobre gente ya sufrió demasiado. Encuéntréles su remedio. —El director Pancho Almeida puso en marcha la silla de ruedas y anduvo hacia la salida.

Roy buscó algo de consuelo en la mirada de Aura. Él le llevaba casi diez años de diferencia; sin embargo, algo en su actitud despreocupada le contagiaba seguridad.

—A darle, mi Roy —dijo ella, mientras se levantaba de su asiento—. Vas por la grande.

Roy no contestó. Se dirigió al corredor. Sacó el celular de su bolsillo: las notificaciones se desplegaron en la pantalla, mostrando tres llamadas perdidas y el nombre de Andrea Gómez, una vieja amiga.

5

—¿Andrea?

—Estimado Roy Ayala.

—Guau, ¡qué milagro! ¿Cómo estás?

—Meh. Podría estar mejor... Podría estar peor... No te desperté ¿cierto?

—Sí, ya quisiera. La verdad no creo tener chance de ir a dormir en los siguientes días.

—¿Qué más se sabe?

—Casi cuatrocientos infectados. Esperamos que el número se triplique al amanecer. Claudio está trabajando en contener el origen de la infección. Por ahora ya dimos con los lotes contaminados.

—¿Cuáles son?

—45-335A, 45-335B y 45-336A: producción del 1 y 2 de diciembre. Pero no diremos nada hasta que Claudio logre confiscarlo todo. También enviamos a gente a muestrear el agua de todas las plantas de tratamiento, solo para asegurarnos.

—¿Y?

—El resto está limpio. De hecho oí que las embotelladoras van a aumentar su producción. Protección Civil va a repartir sueros proteicos durante su operativo.

—Ya. Y de la comida, ¿solo esos tres lotes tienen problemas? ¿Lo demás está en buen estado?

—No hay nada que indique contaminación bacteriana en las demás muestras que tomamos. Los días previos y subsecuentes están limpios.

—Es una bacteria, entonces.

—Sí, pero... aparte de su morfología básica, no sabemos mucho más. Una clase de estafilococo, al parecer. Clasificarla me está tomando más de lo habitual.

—¿A ti? ¿Al niño de oro de Pancho Almeida?

—Me está haciendo quedar en ridículo, de hecho. Parezco novato. No puedo pasar de tinción gram, hay algo raro en su pared de peptidoglicano... tiende a desnaturalizarse a las pocas horas de cultivo, es...

—En español, Roy, si eres tan amable.

—Sí, perdón... Suena tonto, pero me es imposible mantener a la bacteria con vida.

—Bien, asesina a la desgraciada.

—No es eso, tengo que clasificarla para...

—Era broma, Roy, tranquilo. Eso sí lo entendí. No puedes mantenerla viva en tus cultivos celulares, ¿y?

—Ajá, su ciclo de vida es algo fugaz. No tiene fase estacionaria. Recién se adapta a nuestros medios de cultivo, y muere al instante. También intentamos cultivarla dentro de los contenedores de comida: mismo resultado.

—Eso está relacionado con su letalidad, me imagino... Una muerte rápida, incluso para ella misma.

—No. Digo, su toxina es letal, sí. Mas no es a consecuencia de su corto tiempo de vida. Su metabolismo me intriga. Es un kamikaze. Infecta y muere enseguida.

—Ya la entenderás, viejo amigo. No se te va una. Lo has hecho con otros bichos raros.

—Más me vale. Tu persona favorita me dio 24 horas para encontrar una solución.

—Pancho sabe que eso es imposible.

—Pero se lo prometió a Lah-Pow Deeh.

—Clásico. Siempre echándole la culpa a los demás. Me imagino que pronto va a invitarte a las reuniones de jefes de sector. Le hizo lo mismo a Riestra, el de Infraestructura, cuando descubrieron la fuga de agua en las tuberías municipales.

—¿Qué hizo?

—Lo de siempre: señalar a un culpable, lavarse las manos, igual que todos los Almeida.

—No te caen nada bien, ¿verdad?

—Solo son dueños de todo el suministro alimenticio, oh, y el abuelo resulta ser jefe de sector; así que... digamos que no me inspiran mucha confianza. De hecho te marcaba para convencerte de que esos cabrones son lo peor. Tengo un detenido por lo del supervisor muerto en la planta de alimentos.

—Oh, sí. Escuché sobre el supervisor. Pobre tipo. Un accidente en una prensa, ¿verdad?

—Más bien un atentado. Un trabajador lo provocó. Saboteó la máquina.

—¿Hubo testigos?

—El imbécil confesó.

—Vaya, eso es grave. Pancho no lo mencionó en la junta.

—A la chingada con Pancho y los demás Almeida. Hay algo raro aquí, Roy. Parece que el detenido también está involucrado en la contaminación de alimentos. Sabía de los síntomas desde

antes. Lo detuve hace cuatro horas, antes de que se supiera algo de este desastre.

—Bueno, Andrea. Es una sepsis bacteriana. Varias cepas producen síntomas similares y...

—No sé, Roy. Este tipo sabe algo. Hizo esto por venganza. Mencionó a otra trabajadora de la planta.

—¿Quién es?

—Mmmm... No recuerdo su nombre. También murió a causa de un accidente de trabajo. Tus amigos, los Almeida, no reportaron nada al respecto. Y hay algo más: mi detenido dice que tiene un mensaje para Pancho, solo quiere decírselo a él.

—Le voy a avisar a Claudio. Él está a cargo del operativo de contención. Voy a manejar, Andrea. Me dio gusto escucharte de nuevo, a pesar de todo.

—Igual, Roy. Cuídate.

El doctor Roy Ayala terminó la llamada desde la consola del vehículo. Ajustó el casco de protección radiológica. Abrochó el cinturón de seguridad. Estaba a punto de arrancar cuando un golpeteo en el vidrio lateral le provocó un sobresalto. Roy entrecerró los ojos, hábito de su miopía, para intentar distinguir mejor la figura del exterior. Era Aura; pudo notar su cabello rojizo a través de la ventana. Ella también portaba el mismo traje, así como el resto de los ciudadanos del nuevo mundo, para salir a la intemperie en el invierno nuclear. Las capas robustas de goma aplomada estaban entrelazadas con finas láminas de tungsteno y boro, diseñadas para ofrecer la máxima protección contra la persistente radiación.

Los seguros fueron desactivados. Aura entró sin mucha prisa. Su visor transparente, de policarbonato reforzado, se empañaba ligeramente con su exhalación.

—Gracias, Roy —dijo ella. El sonido sedoso de su voz parecía estar filtrado en sus frecuencias medias a consecuencia del sistema de oxigenación—. No sé qué le pasa a mi auto. No quiere andar. ¿Te molesta si vamos juntos?

—Está bien —respondió él—. Pero voy a pasar a mi casa rápido antes de ir a la Academia.

—Como tú digas, Roy. Tú eres el jefe.

El rugido del motor invadió la cabina. El doctor Ayala puso el vehículo en marcha, y los faros atravesaron de tajo el banco de niebla.

El estacionamiento de la Embajada, a esas horas de la madrugada, seguía vacío. La oscuridad y la bruma impedían ver más allá de treinta metros a la distancia. Un viento silbante azotaba la capital del sector 13. El sitio resultaba depresivo aunque, a decir verdad, la luz del día no le haría ningún favor al paisaje en las horas subsecuentes. El nuevo mundo, un austero puñado de concreto y luces de neón, se alzaba tambaleante sobre el cadáver del viejo.

Se adentraron a la carretera.

Aura observaba con atención las interminables pilas de escombros: vetustas edificaciones roídas que antes constituían el palacio de gobierno y la cámara de legisladores de un gobierno antiguo. A su vez, nuevas construcciones se divisaban a lo lejos, con un estilo arquitectónico homogéneo: cubos de cemento sobre enormes columnas de acero, una solución sobria a las necesidades de vivienda de la posguerra.

Los sonidos de las ambulancias interrumpían la quietud del amanecer, provenían de todas direcciones, anunciando el avance de la infección. Vehículos de Protección Civil los rebasaron por la izquierda, siete en total: colosos color arena, de tres pares de ruedas, con ametralladora de alto calibre en la parte superior. Eran gente de Claudio Tema, en camino a confiscar la comida.

Roy disminuyó la velocidad, solo por si las dudas. Sujetó el volante con ambas manos. Mantuvo los ojos al frente. Enderezó la espalda.

Aura le lanzó una mirada burlona.

—Tú písale, Roy. Si nos detienen, les mostramos las credenciales de la Academia y ya. ¿No?

—Ahí dice que sesenta es el límite.

—Te preocupas de más.

—Los límites de velocidad existen por algo, no...

—No entiendo eso, ¿sabes? —interrumpió ella de inmediato—. ¿Qué no era suficiente ya con el desastre de las ojivas? ¿Era necesario hacer eso?

La joven señaló al remanente de una estatua, a un costado de la avenida. La escultura, que antes solía representar a un jinete a caballo, estaba cortada de tajo a la altura de las patas traseras.

—Y ese era Santiago Apóstol —respondió Roy, al tiempo que el trozo de cobre se perdía en el retrovisor.

—¿Las conoces todas? —preguntó Aura, alzando las cejas, sorprendida por el comentario de su colega.

—Una que otra.

—¿Para qué tirarlas todas a propósito?

—Los fundadores de la Federación pensaron que era más sencillo así.

—¿Más sencillo qué?

—Evitarse otra guerra. Los demás sectores hicieron lo mismo.

—Ja, ja. No es como que una simple estatua de Santiago Apóstol va a incitarnos a levantarnos en armas.

—A ti quizá no, pero... no se trata de las estatuas. Se trata de las creencias. Cosas como esas le dieron muerte al viejo mundo, poco a poco.

—El nuevo no se ve muy vivo —respondió Aura, señalando con el dedo a un templo derribado.

6

—...Nuevamente, gracias por su cooperación. Atención a toda la ciudadanía, favor de atender las indicaciones del equipo de Salud y Protección Civil. Coloquen todo el alimento frente a la entrada de su domicilio para una inspección urgente, nuevamente, gracias por su cooperación...

Los monitores dentro de la comisaría, así como los altavoces públicos en las calles, emitían un mensaje sincronizado en cada rincón del sector 13, alertando a la comunidad. Andrea Gómez arrojó su celular sobre la mesa de monitoreo. Se llevó una mano al vientre. Escuchar el nombre de Claudio le revolvió el estómago. "Sé profesional", se repetía por dentro, "es su trabajo atender estas cosas".

Ramón, en silencio, se acercó trayendo un par de vasos en las manos. Extendió uno de ellos.

—Encontraron los lotes contaminados —dijo ella, para alivio de Ramón, quien se mordía el labio inferior, sin atreverse a preguntar más—. Producción del 1 y 2 de diciembre. No van a avisarle a la gente sobre qué lotes son los malos. Quieren asegurarse de confiscar todo.

—¿Todo?

—Así es, no solo los lotes en mal estado.

—Vaya... Yo estuve buscando información sobre esa tal Farah Toussaint. No encontré nada en los registros de la Federación.

—Está bien. Déjalo así por ahora. Me parece que vamos a tener que buscarla en persona. Si es que existe.

El timbre del celular interrumpió la conversación.

—Licenciado Carmona, buenos días —inició Andrea.

—Qué buenos días ni que la chingada. —La voz a través del dispositivo se quebraba de coraje—. ¡¿Una orden de aprehensión para toda la gerencia?!

—¿Y te parece poco, viejo? ¿No has visto las noticias o qué?

—Sí, pero ya hablé con Pancho. Los Almeida están cooperando con los de Protección Civil. No hay necesidad de hacer dramas.

—Parece que Alfonso Casas sabe más sobre la infección. Quiero a todos los Almeida aquí hasta que llegemos al fondo de esto.

—Pero si ya encontraron los lotes contaminados. ¿Para qué haces más grandes las cosas?

—Accidentes no declarados. Contaminación a gran escala. Contratación de personal no autorizado. La lista es larga, Carmona. Tú lo sabes. Ya va siendo hora de investigarlos en serio, ¿no crees?

—No voy a autorizar tu petición en el sistema. Es anticonstitucional. Me avergonzaría enterarme de que alguien más ya la vio.

—¿Qué es anticonstitucional? ¿Hacer mi trabajo?

—Lo tuyo es personal, y lo sabes. Solo porque los Almeida no te caen bien.

—¡¿Sí oíste que al parecer Alfonso Casas sabe más sobre la infección?! Está pidiendo hablar con Pancho... Mira: no es personal, Carmona; que tú encubras a los Almeida a lo mejor y sí.

—Chingado... Mira, Andrea. Vamos a calmarnos tú y yo, ¿qué dices? Dame treinta minutos. Ya voy para allá.

Andrea guardó el celular en su bolsillo esta vez. Se rascó la frente. Bebió toda el agua de golpe.

—Eso que acabas de oír —dijo ella en dirección a su joven colega, limpiando la humedad de sus labios—, no lo tomes como ejemplo. Cabeza fría, Ramón. No dejes que la gente te altere, ni siquiera yo. Sé profesional.

Ramón se limitó a beber de su propio vaso, sin decir una palabra.

Estaban a punto de regresar con Alfonso cuando una serie de gritos resonó en las paredes de la comisaría. Provenía del vestíbulo principal. El escándalo se percibía hasta el cuarto de interrogatorios, en el quinto piso.

Andrea y Ramón abandonaron el pasillo de monitoreo al instante. Atravesaron un par de puertas. Se acercaron al balcón y, desde lo alto, vieron como Claudio Tema, junto con una decena de sus oficiales, escoltaban a varios detenidos hacia las celdas de la planta baja.

Eclos de golpes asestando la piel acompañaron al par de detectives en su camino hacia abajo. El elevador abierto, ubicado al centro del edificio, atravesó los cuatro pisos superiores con lentitud. Cada uno parecía una copia idéntica del otro: un cuadrado perfecto, gris, de paredes altas, con múltiples oficinas y escritorios en su periferia. Solo la parte de abajo contaba con celdas.

Al reconocer a los ahora encarcelados, y tras poner un pie fuera del ascensor, Andrea anunció:

—Carmona no ha aprobado la solicitud de detención. No puedes hacer esto.

—Me importa poco lo que diga ese viejo alcahuete —respondió Claudio. Alzó el mentón al dirigirle la mirada. Siempre hacía eso, como para ganar más centímetros de altura. El cráneo rapado, el mentón amplio y el torso fornido complementaban su actitud hostil.

Andrea se sintió obligada a tragar saliva. Apretó los puños, se odió a sí misma por ello, por hacer evidente su incomodidad.

Cinco miembros de Protección Civil cerraban las celdas y golpeaban los barrotes con sus armas. Soltaban gritos y carcajadas, amenazando a las personas de su interior. Carlos, Barush, Pedro y Leonor Almeida se arrinconaban contra la pared. El miedo en sus pupilas lanzaba súplicas de auxilio.

—Así no funcionan las cosas, Claudio...

—Los cabrones tienen mucho que contar todavía. Les sacamos lo de los lotes contaminados hace pocas horas. Ellos ya sabían de esto. Ya sabían pero se hicieron pendejos.

7

—Te juro que ya les contamos todo. No sabemos más —dijo Leonor Almeida, jefa de calidad de la planta de alimentación, casi en un susurro—. Supimos de una posible contaminación hace apenas dos días, pero los análisis de laboratorio no arrojaron nada. Solo por eso no lo hicimos público. Limpiamos todo y seguimos trabajando.

Una gota de sangre escurría por su mejilla. La herida en la ceja le obligaba a guiñar el ojo en repetidas ocasiones. Las canas se ahogaban en un rojo intenso, a consecuencia de un golpe a la altura de la sien.

Andrea se sintió obligada a desviar la mirada, lejos de los barrotos y sus nuevos inquilinos. Ordenó:

—Ramón, háblale a los de servicios médicos, que traigan...

—Ramón, quédate aquí —interrumpió Claudio—. Mi gente se va a encargar de cuidarlos. Mejor llévenme con el tal Alfonso.

Claudio sonreía. Una vez más, Andrea odió ese gesto. Se arrepintió de haberle contado a Roy sobre su detenido tan pronto.

—Eso no es cosa tuya. Su caso está a cargo de la Unidad de Investigaciones —dijo ella. Sacó el celular de su bolsillo. Envío un mensaje de texto a la enfermería de la comisaría. Servicios médicos debería llegar en cualquier momento.

—Me importa un carajo quién esté a cargo. Ahorita le sacamos la sopa al cabrón ese —respondió Claudio. Se abrió

paso hacia el elevador, chocando el hombro con Ramón en su camino—. Está arriba, en los cuartitos, ¿verdad?

—Le voy a avisar a Carmona sobre esto.

—Ja, ja. Carmona. No entiendo cómo Pancho no lo ha corrido todavía. ¿Hace cuánto que él y tú no desquitan su salario? ¿Qué estaban investigando antes de esto? ¿Defectos de fabricación en los empaques de café sintético? Pff.

Andrea le siguió el paso hasta el ascensor. Claudio estaba a punto de oprimir el botón para llamar al elevador, cuando ella le sujetó la mano.

—Vamos a calmarnos, Claudio... Esto es auditable. —Señaló con el rostro a la cámara de la esquina, como para pedirle prudencia.

—Bien. Mejor para mí —dijo él, al tiempo que se soltaba del apretón de Andrea—, para que Lah-Pow Deeh y los demás jefes vean quiénes fueron los estúpidos que atrasaron mi trabajo.

Los tres abordaron el ascensor. El ruido de más golpes contra los Almeida los acompañó en su camino hacia arriba. Tácticas clásicas de Claudio. La brutalidad era su bandera, no solo en lo profesional.

Llegaron al quinto piso. Atravesaron los pasillos. El hedor a sudor de Claudio sazónaba su entusiasmo. Se frotó los nudillos. Tronó su cuello en un par de ocasiones. Apresuró el paso. Desenfundó su navaja, listo para confrontar a Casas.

Ramón buscaba hacer contacto visual con Andrea, reprimiendo en silencio su ansiedad.

Y por fin llegaron al cuarto de interrogatorios. Claudio azotó la puerta. Se abalanzó contra el detenido y en un solo

movimiento clavó la mano derecha de Alfonso contra la mesa. El cuchillo atravesó la piel sin esfuerzo.

Ramón se llevó las propias al rostro. Casas lanzó un aullido de horror. Tema lo acompañó con un rugido desquiciado.

—¡Habla, Casas, háblame!

—No tienes que hacer esto —suplicó Andrea. Y un mar de recuerdos invadió sus pensamientos. Vio días pasados, donde existir era más sencillo, donde la desidia no reinaba y el caos no era una sombra cotidiana. Vio recuerdos del viejo mundo, antes de la guerra, antes de Claudio.

—¿Qué le quieres decir a Pancho? Haz de cuenta que yo soy sus orejas. ¡Dímelo a mí! —Claudio golpeó el rostro de Alfonso varias veces.

Los gritos fulminaron las antiguas visiones. El presente golpeó a Andrea, al ritmo de los embates contra Casas. Vio entonces el resto de la historia. Las memorias enterradas salieron a flote: cada discusión, cada pelea. Abrió en simultáneo cada cicatriz.

—Por favor, Claudio, cálmate.

—Salte de aquí, Andrea. Vete a casa. Mándale saludos a mi hijo.

Más golpes contra Alfonso.

Andrea salió del cuarto ante el rostro confundido de Ramón. Caminó hacia el elevador. Estaba a punto de marcarle nuevamente a Carmona pero, al llegar a la planta baja, un nuevo escándalo la sacó de sus casillas: los hombres de Claudio discutían con Raquel, la de servicios médicos. Uno de ellos, el más alto, se negaba a darle paso a la enfermera; estaba parado frente a la puerta de la celda, sin mover un músculo, con una

sonrisa de oreja a oreja. Los hombros anchos y la mirada fría transmitían nada más que arrogancia. Detrás de él, los cuatro hermanos Almeida se retorcían de dolor.

—¡Quítate, imbécil! No quiero desmadres aquí. Déjala pasar —exigió Andrea, corriendo hacia él.

—Claudio me dio instrucciones claras de... —comenzó a explicar el hombre.

—¡Pero aquí mando yo!

—Ja, ja. Hasta donde tengo entendido...

—Y hasta donde yo tengo entendido esas cámaras están grabando todas tus idioteces. —Andrea apuntó con su dedo al techo de la comisaría—. Si algo les pasa a ellos va a ser tu nombre el que se va a subir al sistema. ¿O crees que Claudio va a meter las manos al fuego por ti? Porque, cuando Pancho pida explicaciones de por qué se murieron cuatro personas aquí, tu jefe no va a dudar en mencionar tu nombre.

—No están tan graves. No les...

—¡Que te quites, cabrón!

Y el tipo finalmente cedió. Hizo una mueca. Dio dos pasos a un costado, sin decir una palabra.

Raquel entró a la celda; a pesar de su avanzada edad, sus movimientos eran ágiles; le urgía proporcionar los primeros auxilios a los detenidos. Atendió primero a Leonor Almeida.

—Gracias, Andrea —dijo Raquel, con la preocupación incrustada en las arrugas de su frente.

—Sí, gracias, Andrea —suspiró Leonor.

Ella ignoró a la prisionera.

—Raquel, el jefe Carmona está en camino. Regreso al rato —dijo, mientras caminaba hacia la salida—. Tengo que ir a ver a mi hijo.

—Está bien, Andrea.

—¿Tú ya le avisaste a tu familia?

—Sí. Nada de comida. Están enterados.

8

Un protocolo tedioso. La nueva norma en el invierno nuclear. Roy alzó los brazos para que la lluvia artificial cubriera por completo su traje. Las ráfagas de plomo líquido golpeaban su visor de policarbonato. La maraña de niebla rondando su casco evitaba el paso de la luz proveniente de las lámparas UV. El cuarto de desinfección hacía lo suyo, no a la velocidad que él hubiera querido, pero aquello eliminaba los riesgos del contacto con la radiación del exterior.

Aura lo acompañaba en el proceso, sin mover un músculo, como dictaba el reglamento.

Los aspersores aminoraron la ráfaga. No hubo más humedad.

Una ventisca culminó la primera parte del ritual.

Ambos se adentraron a la siguiente habitación, también de un blanco níveo. Ahí removieron el traje anti-radiación, el cual depositaron en los contenedores ubicados en las paredes laterales. Y una nueva borrasca abrigó los alrededores.

Esperaron.

El protocolo llegó a su fin. Una voz robótica anunció el desenlace de la descontaminación:

—¡Bienvenido a casa, Doctor Ayala!

Cruzaron un portal más. Por fin se adentraron al Campanario, al edificio de departamentos donde vivía Roy Ayala, una joya residencial comparada con el resto de viviendas del sector 13: paredes de cristal proyectando hologramas de noticias, pulcro mármol adornando pisos y columnas,

un vestíbulo de techo alto con un corredor de apariencia interminable.

Aura lanzó un breve silbido.

—Vaya, vaya. Alguien está progresando en la vida.

—Es una prestación para miembros del gabinete —se apresuró a responder Roy—, a todos se los dan.

—Ya veo. Pues ojalá que Lah-Pow Deeh te promueva pronto. Cuando ocupe tu puesto como directora de la Academia me van a dar tu departamento, me imagino, ¿verdad?

—Yo no sería tan optimista. Nos quedan veintitrés horas y media para rendir cuentas con Lah-Pow Deeh. Ahorita mismo estamos más cerca del exilio que de estos departamentos. Además no es seguro lo que dice Pancho. Cualquiera otro miembro de su gabinete tiene más experiencia que yo.

—Sí. Pero no de la buena. Todos han estado a nada de que los exilien.

Caminaron a prisa. Las zancadas de Roy podrían haberle desgarrado un músculo. Aura hacía su mejor esfuerzo por seguirle el paso; en estas condiciones su diferencia de estatura se volvía más evidente.

—Se veía venir, ¿no crees, Roy?

—¿Disculpa? —dijo entre dientes; la angustia le tensaba la mandíbula.

Aura hizo lo posible por distraerlo de sus propios pensamientos.

—Solo digo que, si permites que una sola corporación controle todo tu suministro alimenticio, indirectamente le abres la puerta al desastre. Hay una película viejísima donde lo dicen: mientras más abarques con tu puño, mientras más control

intentos tener, más cosas se te escapan de entre los dedos... Algo así era.

—Pancho y los demás hicieron lo que pudieron. Nadie estaba preparado para algo así después de la guerra.

—Qué conveniente para ellos. No creo que los demás sectores hagan eso. Pero en los demás sectores no hay amistades tan... cercanas, ¿verdad?

Roy no respondió.

Apresuraron el paso aún más.

Puertas blancas a ambos costados. Ayala mantenía el rostro al frente. Veía de reojo al segundero que acribillaba su muñeca. Sentía que el implacable reloj de pulsera le cortaba la circulación.

—Sabes que es imposible lo que nos pidieron, ¿no? —insistió Aura, casi en un grito.

Roy se detuvo. Giró su cuerpo en dirección a ella. Jaló aire. Luego exclamó:

—A ver. Vamos a dejar algo en claro, especialmente si piensas ocupar mi puesto en los siguientes días: no hay excusas en esto. Si Pancho, o yo, o Lah-Pow-Deeh, o cualquiera de la Federación te pide que hagas algo, tú vas y lo haces. Cierras la boca y lo haces. ¿Está claro? Sabemos que sabes un chingo. Sabemos que eres una chingona. Pero cuando esta gente te pide algo, tú vas y lo haces. No importa qué tan lista seas. No importa si crees tener una mejor explicación. Solo vas, y lo haces. No hay excusas, Aura. Solo el resultado importa.

La joven le clavó una mirada incrédula, que no aceptaba la derrota. La atmósfera diáfana del Campanario le daba un tono rosado a su cabello.

Roy inhalaba y exhalaba a bocanadas.

—Yo estoy de tu lado, Roy —dijo Aura, con tono sereno.

Y él continuó su caminata, volteando la cabeza en dirección opuesta a ella.

Llegaron a la puerta.

Roy se apresuró a adentrarse a su habitación.

Las luces estaban apagadas. Ella esperó a un costado del marco de la entrada; apenas y se vislumbraban los contornos de los muebles.

—Solo digo que... ya pasó media hora y, si tan presionado te sientes, a lo mejor no fue muy buena idea perder el tiempo en venir por tu pijama.

Él regresó con maleta en mano. Cruzó al pasillo sin prestarle atención a su colega.

Aura lo sujetó de la mano con la cual cargaba el bolso. Lo obligó a detenerse, a mirarla a los ojos. Le plantó un beso así sin más. Tuvo que pararse de puntas para alcanzar los labios de Roy. Se sentían secos, tímidos, ajenos al fervor de la joven.

—Yo estoy de tu lado —repitió ella al romper el contacto. Cerró la puerta por fuera.

Roy se quedó pasmado. Le tomó un par de segundos dar crédito de lo ocurrido.

Esta vez Aura se le adelantó en el trayecto de vuelta a la salida.

9

—...Se le solicita a la ciudadanía evitar cualquier tipo de alimento hasta nuevo aviso. Actualmente los hospitales se encuentran al 50% de su capacidad. Si usted o un familiar presenta síntomas, comuníquese a la línea de Salud al 641-208-4929. Mientras tanto, priorice una hidratación apropiada. Protección Civil continúa recorriendo todos los barrios del sector; por cada paquete de alimento sintético se le hará entrega de un contenedor con sueros proteicos. Se le solicita a la ciudadanía evitar cualquier tipo de alimentos...

Andrea, envuelta en su traje anti-radiación, apagó el sistema de audio del automóvil. Aceleró. Intentó no pensar en Claudio, pero los vehículos acorazados poblando la ciudad le remitían amargos recuerdos.

El sol apenas y acariciaba el horizonte en el amanecer sepulcral. El color gris invadía cualquier espacio: casas, nubes, asfalto y escombros. Una estampa estéril y marchita, repetida en los trece sectores de la Federación. A pesar de la fúnebre escena, hacer memoria de la era verde y cálida le resultaba aun más incómodo. Porque en esos tiempos Claudio era su esposo. Quizá por ello fue sencillo adaptarse a la doctrina de la Federación y contagiarse de su resiliencia colectiva. Desterrada, casi por decreto oficial, había quedado toda nostalgia hacia los días pasados. Y a ella eso le convenía; lidiar con el mundo actual era mejor así: sin mirar atrás.

Un vehículo blindado se le adelantó, levantando polvo a su paso. El rugido del motor la acompañó durante varios segundos hasta que la tanqueta se perdió en la distancia. El operativo se movía con agilidad. Todas las residencias debían ser incautadas.

Además de la respuesta a la emergencia, la mañana trajo consigo el bullicio cotidiano de la capital del sector 13. Las calles y avenidas palpitaban en un constante estruendo. Mujeres y hombres, ya sea en automóviles personales, o en autobuses, se dirigían a sus cuadrantes asignados. Tras los visores de policarbonato, en sus rostros, se evidenciaba el fervor de su confianza hacia la Federación. A 24 años de la guerra, y convencidos de que la verdadera batalla aún se libraba en el día a día, todos parecían enlazados por una voluntad inquebrantable. Para Andrea, ya sea en las refinerías, en las minas, en las centrales eléctricas o en las plantas de tratamiento de agua, el semblante de los ciudadanos era compartido y se fundía siempre en una misma promesa: vamos a salir de esta.

Interrumpió sus pensamientos. Miró al retrovisor. Tres tanquetas más se le acercaban por detrás: dos siguieron a la primera; aceleraron y rebasaron por la izquierda; la última se mantuvo ahí, pisándole los talones.

Andrea observó el tablero de su auto, solo para confirmar que no estuviera excediendo el límite de velocidad.

Ochenta kilómetros por hora, anunciaba la pantalla holográfica de números verdosos. Justo al límite.

Estrujó el volante con ambas manos. Su bota rozaba con delicadeza el acelerador.

El vehículo de Protección Civil redujo la distancia. Andrea levantó la cabeza hacia el espejo. Ahogó un grito. La imagen

del automóvil aumentaba de tamaño. Creyó que en cualquier momento colisionarían.

—Pendejo, ¿cuál es tu problema? —susurró.

Dejó ir el pie más a fondo. Protección Civil no tardó en acercarse otra vez.

Las manos, tensas desde hace rato, comenzaron a dolerle. Sintió cómo el interior de los guantes se empapaba en sudor.

Noventa kilómetros por hora; nada exorbitado en otras circunstancias; un acto osado, sin embargo, bajo el régimen de la Federación.

Andrea aceleró más, sin despegar la vista del retrovisor, intentando escapar de la constante inmensidad del reflejo.

Casi de inmediato, un brillo azul y rojizo bañó la superficie de su auto. Inclino la cabeza un poco, como por instinto, pues el ruido de la sirena le taladraba los oídos. Una voz distorsionada le indicó orillarse. Ella acató la orden. Detuvo el auto en el acotamiento derecho. Protección Civil hizo lo mismo, detrás de ella.

Una bestia color caqui descendió de la tanqueta. Su traje anti-radiación, a diferencia del de la población civil, era robusto y fornido: con prolongadas hombreras a los costados, pechera con incrustaciones de titanio y dos hileras de municiones a la altura de la cadera. Medía casi dos metros. Su extenso brazo cerró la puerta sin mucha prisa. Caminó a paso lento. Solo desdén en su andar, a sabiendas del efecto que tenía su presencia sobre la ciudadanía. Y es que, desde hace tiempo, las sentencias de exilio corrían a cargo, en su mayoría, de Claudio y su departamento.

—Buenos días. Documentos, por favor —exigió la oficial.

—Buenos días. Aquí tiene. —Andrea extendió una tarjeta metálica, plateada, con fotografía y grabado de identificación.

La oficial extrajo un escáner de mano de su cinturón. Dejó que el dispositivo iniciase la lectura. Mientras se computaban los datos, analizó el rostro de Andrea.

—¿Sabe a qué velocidad venía?

"Pinche arpía", quiso gritarle.

—Sí, fue una distracción —terminó diciendo.

—Ajá —respondió la oficial; su visor dejaba entrever un rostro férreo, rudo, y aun así al borde de una sonrisa; de seguro disfrutaba del momento—. Oiga, ¿de dónde es usted?

—De aquí. Siempre he vivido en el sector 13. —La pregunta no le sorprendía.

—Me refiero a antes.

—¿Antes? —Quiso ganar algo de tiempo.

—Arrastra las erres al hablar. Tiene algo de acento. Se le ve algo tostada. ¿De dónde es usted? ¿Cuál era su hogar en el viejo mundo?

Mentira; su español era excelente, impecable. Lo practicó durante meses. Claudio, el muy idiota, no la dejó salir de casa hasta que hubo perfeccionado el idioma.

—Soy de aquí mismo, de la capital del sector. Nací en Querétaro. —Se sentía extraño pronunciar aquel viejo nombre—. Puede revisarlo en su base de datos...

—Sí, sí. Es solo una medida de precaución. Sabe que hay tolerancia cero en estas cosas. ¿Sus padres de dónde eran?

—Me parece que eso es de antes de la Federación. —Fue suficiente, Andrea cambió el tono complaciente a uno más natural, más real, uno que decía: "ya me cansé de tus

chingaderas". Miró a la oficial a los ojos. Giró el torso para hacer notar su placa del Departamento de Investigaciones. Al lado de la placa se encontraba, también, una pequeña cámara que estuvo grabando el intercambio: un equipamiento común en los trajes de los funcionarios públicos.

—Lo sé. Era solo por curiosidad. Que llegue con bien a su destino, y no olvide colocar sus alimentos en la puerta de su domicilio. Intente mantenerse en los límites de velocidad. —La oficial mostró una sonrisa forzada, devolvió la documentación, luego caminó de regreso a su vehículo.

Andrea suspiró y esperó a que la tanqueta se alejara. Recordó sus días de recién casada: las promesas, los abrazos, los rebuscados trámites llevados a cabo por Claudio para hacerla pasar desapercibida. Al inicio todo fue bueno. Después vinieron los reclamos, las peleas. Resultaba incómodo que, a pesar del desenlace entre los dos, ella aún le debía la vida. De no ser por él, Andrea hubiera seguido el mismo destino de los no-ciudadanos: la Gran Purga, el exilio masivo.

Exilio... Vivir mirando siempre por encima de su hombro... No sabía cuál era peor.

Sacó su celular. Llamó a su hijo. Quería preguntarle cómo estaba, o quizá necesitaba que alguien se lo preguntase a ella.

—Hola, mi niño. Ya oíste el comunicado, ¿verdad?... Sí, ya voy para allá, no tardo... Eso pensé yo también, pero así pasa a veces, hijo.

Llamada entrante. Andrea la rechazó de inmediato. La pantalla del dispositivo mostraba el nombre y número de Ramón. Podía esperar.

—Sí, nene. Traje unos cuantos sueros de la comisaría. Nos van a espantar el hambre por un rato...

Llamada entrante. Rechazada de inmediato.

—Perdón, es que me estaban marcando. Intenta dormirte un rato más y verás que...

La alerta de un mensaje de texto hizo vibrar el dispositivo. Andrea abrió la notificación, y la mueca de disgusto cambió a una expresión de horror. Ramón anunciaba:

Ya encontré a la tal Farah Toussaint. Subí el reporte al sistema. No es ciudadana. Otra cosa: sigue viva. Está en la mina 13-IV, unidad 22.

El mensaje iba acompañado de una fotografía tomada en un barrio minero. Mostraba a una mujer de alrededor de treinta años, con tez morena, cabello trenzado y sin un brazo. La escena ocurría en la cafetería de la mina. A pesar de provenir de una cámara de seguridad, la imagen era nítida, impecable. Se alcanzaba a notar el logotipo de la compañía minera en una de las paredes, así como los rasgos de la chica en cuestión. Estaba de perfil. La nariz recta y el mentón cuadrado le daba cierto aspecto recio, rígido, muy similar al de Andrea. Era, de hecho, casi una versión más joven de ella.

Su respiración se volvió entrecortada. La sospecha la había acompañado desde que Alfonso Casas pronunció el nombre de Farah, horas atrás. Verla en la fotografía disipó cualquier duda. A la sorpresa le siguió el remordimiento, por no haber usado el sistema para encontrarla durante todos estos años; luego el miedo, porque si de verdad se trataba de ella, su hermana corría un grave riesgo. Tolerancia cero contra los no-ciudadanos, esa era la ley.

—Hijo. Discúlpame. Voy a llegar más tarde. Tengo que colgar.

Andrea tomó el siguiente retorno y cambió el curso rumbo a la compañía minera 13-IV.

10

—Ya di algo, ¿no? —Aura lo observaba fijamente, con el esbozo de una sonrisa en su rostro.

—¿Siempre haces lo mismo? —Roy mantenía la vista al frente, con ambas manos en el volante.

—¿Hacer qué?

—Eso. Hacer las cosas sin pensar.

Roy estacionó el vehículo. Su lugar estaba a escasos treinta metros de la puerta de entrada: no lo suficientemente cerca; deseaba perderse ya en el laboratorio, entablar conversación con otra persona, quien fuera excepto Aura. Bajó con prisa del auto. El cronómetro le robaba segundos a una rapidez asfixiante: 23 horas restantes.

—¿Cómo sabes que no lo había pensado ya? —preguntó ella, trotando para compensar las zancadas de Roy.

—Todo te parece un chiste. Todo es un juego para ti...

—Y he visto como me miras a veces. Quizá es mejor así, ¿verdad? Es mejor ser raro y andar de mirón en lugar de tener los huevos de decirle a alguien que te gusta.

—¿Qué?! —Golpe bajo. Eso era cierto, pensó Roy. No lo hacía tan seguido, según recordaba. Al parecer aquellas pocas veces bastaron para que Aura lo notara. Quiso encontrar una buena justificación. Quiso negar su longevo interés en ella. Pero otra vez la joven se le adelantó.

—Toda la noche has andado corriendo como un pollo sin cabeza, y siendo tan listo no entiendo cómo aún no te has dado cuenta.

—Darme cuenta, ¿de qué?

—De todo. De que no vamos a arreglar nada en el plazo que nos dieron. De que averiguar más sobre la bacteria nos va a tomar mucho más tiempo. De que si Protección Civil y Claudio siguen llevándose toda la comida es solo para salvar su pellejo. Y de que, aunque te haga enojar ahorita, no encuentro un mejor momento para decirte que me gustas, porque en una de esas me muero de hambre antes de que tú te animes a hacerlo.

¿Cómo responder a eso?, se preguntó a sí mismo. Desvió la mirada; era difícil sostenerla. Y eso dolía pues, desde hace un par de años, los ojos de Aura eran su lugar favorito. Buscaba cualquier pretexto para visitarlos durante el día, en el laboratorio. No obstante, tenerlos así, de frente, era algo muy distinto. Sin el anonimato de una excusa, aquel café avellanado tiraba a matar.

—¿Quieres que le diga eso a Pancho? Que es imposible. Que no se puede. ¿Y a la gente también le digo eso? ¿Que se nos viene una escasez como nunca hemos visto? No, Aura. Nos toca a nosotros andar como pollos sin cabeza. —Salida fácil. Siguió en su papel de líder, de futuro jefe de sector. Decidió ignorar la posibilidad sugerida, la oportunidad de acercarse más a ella. Continuó su camino hacia la puerta principal de la Academia, y su colega no habló más.

Mismo protocolo al entrar: desinfección rutinaria; voces automatizadas dando la bienvenida.

Ya sin los cinco kilogramos de los trajes sobre sus cuerpos, ambos atravesaron los pasillos hacia el laboratorio de microbiología. A diferencia de la Embajada y los departamentos de Roy, el edificio de la Academia carecía de espacios amplios. Techos bajos, corredores angostos y un gris constante en las paredes invitaban a una sensación de claustrofobia. Sí, en su conjunto la Academia del sector 13 era enorme, pero densamente habitada. Un hormiguero para humanos, un hormiguero gigante, pensó Roy la primera ocasión que entró ahí, resultado quizá, de las prioridades impuestas durante la fundación de la Federación. La eficiencia era primero, claro está, con algunas excepciones no negociables, como la comodidad de los altos mandos.

La gente de otros departamentos no les despegó la vista durante el trayecto. Nadie se atrevía a decir algo. Las decenas de rostros hacían eco de la severidad de la situación; sembraban duda, incertidumbre, vacilación. Múltiples reacciones. También hubo muestras de apoyo, empatía genuina de uno que otro colega, palmadas en la espalda, choques de puño aquí y allá. Dentro de la Academia, las noticias se esparcían como el fuego, en especial las malas. No había nadie ahí sin saber del reto al que se enfrentaban. El miedo y el descontento mostrado por algunos era, hasta cierto punto, razonable. El hambre se prolongaría hasta que el equipo de microbiología diera con una respuesta. Y ahora el cronómetro marcaba 22 horas y 54 minutos restantes.

—Dijiste que Claudio lo hizo para salvar su pellejo —susurró él.

—A veces te pasas de inocente. Claudio correría un alto riesgo si solo va y confisca los lotes contaminados. Alguien lee mal una etiqueta. Alguien omite algo. Y entonces se acabó para él; lo acusarían de no proteger al sector, de no controlar su departamento. Pero si confisca todo, él ya hizo su parte. El cabrón está dispuesto a matarnos de hambre antes de que lo señalen. No son 24 horas para encontrar una cura. Son 24 horas para encontrar a un culpable.

Llegaron a la entrada del área de microbiología: un cristal de unos cinco metros de ancho, con un lector de identificaciones a un costado.

Aura sacó su tarjeta del bolsillo, y sentenció:

—Confesarte lo que siento no es algo que esté peleado con mi capacidad para hacer mi trabajo. Entiendo lo que está en juego, quizá lo entiendo mejor que tú. Y decirte que lo que nos piden es imposible no significa que no voy a intentarlo contigo hasta el final. Ahora —dijo, mientras abría la puerta del laboratorio—, a correr con la cabeza bien puesta.

11

Repasó sus decisiones durante el camino: salir de la comisaría solo para alejarse de Claudio; esperar la autorización de Carmona para ir por los Almeida; no haber iniciado una investigación acerca de los no-ciudadanos trabajando en la planta de alimentos y los barrios mineros; asumir que su hermana había sido exiliada, años atrás, solo porque eso le ocurría a la gente de los países perdedores, al finalizar la guerra, durante la Gran Purga.

La culpa le tensaba los músculos del cuello. Secretaba su arrepentimiento en un sudor frío. La pena se articulaba en leves espasmos alrededor de su párpado derecho. Condujo por varias horas, con Farah en su mente, hasta el barrio minero 13-IV: una de las tantas excavaciones extractoras de litio de la Federación. Las minas constituían el principal motor económico del nuevo gobierno unificado de la Tierra, y una codiciada fuente de empleo para cualquier ciudadano.

El labio inferior le temblaba; sentía los ojos estallar. Se aferraba a la única justificación que le brindaba algo de consuelo: ingresar el nombre de Farah Toussaint en el sistema habría puesto a su hermana en la mira, habría encendido luces rojas en las bases de datos de la Federación. Luego, la zozobra volvía: quizá pudo buscarla de otra manera, quizá nunca debió separarse de ella. Se negaba a admitir su apatía; aunque en realidad no se trataba de negligencia; desde hace varios años, Andrea solía actuar por miedo.

Recordó la sangre acumulada en la sien de Leonor Almeida. Leonor tal vez también tuvo miedo, caviló. ¿Qué haría ella en su lugar si le exigieran atender la demanda alimenticia de millones y, además, cubrir las cuotas impuestas por la Federación? ¿También escondería a miles de no-ciudadanos en sus instalaciones para cumplir con el volumen requerido? Luego pensó en Pancho y Carmona, quienes, en más de una ocasión, rechazaron algunas de sus solicitudes de investigación contra los Almeida. El nepotismo era seguro. Sin embargo, ¿qué sería del sector 13 sin su única planta de alimento sintético? Exponer un caso ante el sistema significaba llevarlo hasta sus últimas instancias. Cárcel o exilio si la Federación encontraba dolo en las decisiones de los funcionarios. Cárcel o exilio si, de un día para otro, ya no eras de utilidad para los altos mandos. Esa era la ley. Y detrás de ella el miedo.

Andrea arribó al sitio justo al mediodía. El mundo lucía un poco más sombrío en la periferia de la mina. Dejó el vehículo en el área para visitantes del estacionamiento. No era su primera vez en esas instalaciones. Conocía el lugar a la perfección. Hace ocho años hubo expuesto un fraude que involucraba a la mitad de las básculas para camiones ahí utilizadas. La directora de la mina, Claudia Salinas, salió bien librada en aquella ocasión. La evidencia apuntaba a que los pesos de referencia habían sido alterados por un solo supervisor. El tipo hizo muy buen dinero durante un tiempo: se adueñaba de a veinte o treinta kilogramos por carga para después venderlos por cuenta propia. Luego se engolosinó y los pequeños hurtos se volvieron más y más descarados. El supervisor fue conducido a la frontera norte del sector 13 y dejado a su suerte, despojado de su

traje anti-radiación, en la inmensidad del desierto. Claudia Salinas se salvó del exilio; le suplicó a Pancho otra oportunidad. Andrea no encontró pruebas en su contra, aunque ganas no le faltaron. Recorrió el lugar de arriba abajo. Estudió las cámaras de seguridad. Visitó cada sitio de extracción, mas no encontró algo que pudiera inculparla.

Aprovechando el permiso de Carmona, durante sus recorridos, la detective también se adentró a los dormitorios del complejo minero: estructuras de cincuenta metros de longitud con múltiples literas. A pesar de su inmensa población, las unidades habitacionales lucían impecables, pulcras. Aquella vez, Andrea trató de mirar a varios trabajadores a los ojos. Resultó imposible. La gente se volteaba en dirección contraria. Quizá creyeron que se trataba de una redada en busca de no-ciudadanos.

Esos recuerdos la acompañaban al acercarse a la entrada principal. De no haber sido por su buena memoria, llegar habría resultado complicado. El lugar estaba repleto de tanquetas y camiones de Protección Civil: al menos cinco hileras de vehículos formando un perímetro. Andrea se abrió paso entre los oficiales que trasladaban infinidad de contenedores de alimentos. El escuadrón de Claudio transportaba las cajas mediante pequeños robots: unidades ligeras con gran capacidad de carga. Contaban con un diseño básico: tres ruedas y una plataforma de dos metros cuadrados, cada una albergando cinco cajas de material confiscado. También había gente trasladando bultos con carritos manuales para acelerar la operación.

—¡Hey! ¿A dónde vas? —dijo uno de los oficiales. Colocó una mano encima del hombro de Andrea.

—Soy del Departamento de Investigaciones. Hay una testigo aquí adentro. Tengo que hablar con ella. Búscala. Está en el sistema. Se llama Farah Toussaint.

El sujeto la contempló con una ceja levantada.

Andrea extrajo su placa de identificación. Negó ligeramente con la cabeza. Se preguntó en qué momento se le dio tanta autoridad a esos idiotas. No era como si Pancho necesitase un brazo armado. Con la amenaza del exilio era suficiente para mantener a la ciudadanía al margen.

—A ver. —El hombre arrebató la identificación de Andrea. Después tecleó el nombre de Farah en su tableta—. Sí. Aquí está. Toussaint. ¡Ah, caray! ¿No-ciudadana? ¿Sabes qué? Creo que te voy a acompañar. Ten —devolvió la tarjeta—, no vaya a ser que piensen que eres no-ciudadana tú también.

"Pendejo, estás casi igual que yo", estuvo a punto de decirle.

Y los dos se adentraron al complejo 13-IV. Caminaron sobre una amplia explanada que servía como zona de embarques. Avanzaron entre hileras de camiones y estaciones de carga abandonadas. Las labores estaban detenidas por completo. El operativo de Claudio era la prioridad. Los robots de transporte y la gente de Protección Civil atiborraban el sitio.

El enorme boquete que constituía la mina estaba circundado por varias unidades habitacionales. Tras cruzar la zona de embarques, Andrea y el oficial abordaron un vehículo ligero de dos plazas y buscaron juntos la unidad 22. El polvo levantado por las llantas bien los pudo haber asfixiado de no ser por los cascos de sus trajes anti-radiación. El paraje resultaba idéntico en cada kilómetro de su extensión. Rodearon dos veces, descendiendo en la espiral minera. Condujeron por varios

minutos hasta dar con el objetivo. Al igual que el resto de los inmuebles, el lugar era incautado por robots y oficiales armados.

El portal de acceso de la unidad 22 los recibió con su gigantesca zona de descontaminación. Colocaron los trajes en la sección designada como guardarropa, junto a cien trajes más propiedad de los trabajadores de la mina. Un segundo portal se abrió para culminar el protocolo de saneamiento, y se encontraron con una turba enardecida. El ambiente emanaba un vapor de rabia e impotencia: cien trabajadores desgarraban sus gargantas en ira.

—¡Por favor, comer de eso no hace daño! ¡Mírenme, no tengo nada! —Una de las trabajadoras protegía un cargamento de comida con su cuerpo, al lado de las literas frontales.

—Hágase para allá, señora. No haga esto más difícil. Es por su seguridad. —Una oficial intentaba razonar con ella.

Y alrededor más gritos y reclamos.

—Los entiendo. Esta pobre gente trabajó demasiado por estos paquetes —comentó el oficial que la acompañó desde la entrada—, y para colmo viene Investigaciones a hacer una redada. ¿Ves a la tal Farah?

—Estoy en eso —respondió Andrea.

Recorrieron el sitio con la vista. Se adentraron hacia el pasillo central, entre chillidos y alaridos. Aunque no todos se unían a los reclamos. Algunos permanecían inmóviles en sus camas; se ocultaban por debajo de las cobijas, temblando de miedo.

La mirada de Andrea escaneaba con cuidado a los ahí presentes. Cabello trenzado, tez morena, un solo brazo, se repetía a sí misma... Farah Toussaint debía estar ahí.

Los oficiales entablaban las mismas conversaciones con los habitantes de la unidad 22. "Por favor, es por su protección". "Estamos aquí para ayudar". "Se trata de una medida temporal". Luego se acercaban los robots de carga, y confiscaban los paquetes de comida sintética.

Nariz recta. Mentón cuadrado. Ojos grandes y negros... Ni un rastro de Farah.

Los llantos se acumulaban en la zona oeste del lugar. "¿Cuándo nos lo van a devolver?" "¿Qué vamos a comer hoy?" Nadie respondía aquellas dudas. La desidia colectiva comenzó a dar paso a una acalorada discusión. "Ni crean que se van a llevar lo mío". "¡Háganle como puedan. Esto me lo quedo yo!"

Y al tiempo que iniciaron los empujones, Andrea hizo contacto visual con Farah, quien miraba desde lo alto, en una litera del área sur, con su cabello agarrado y el uniforme de trabajo impecable, con su piel de obsidiana y su nariz recta, con unos ojos que la reconocieron de inmediato.

Luego vino el disparo.

El eco estalló en el techo del inmueble, y la confusión cimbró en su totalidad a la unidad 22. Las súplicas se convirtieron en un rugido; los empujones un vendaval de puños y patadas. La gente de ambos bandos corrió hacia cualquier lado. Se desató el caos pues, a pesar del rango que Pancho les otorgaba como supuesta milicia, los oficiales de Protección Civil no tenían experiencia en ese tipo de situaciones.

Andrea y su acompañante se lanzaron al suelo en el momento. Volteaban hacia todas partes.

Cascadas de robots y piernas humanas se abrieron paso a sus costados, ansiosas de llegar a la salida.

—¡Ahí está! —anunció el entrometido, señalando a Farah con el dedo, quien, en la vorágine del tumulto, había descendido de la litera para dirigirse también a la puerta.

Andrea permaneció en el suelo. Dejó que el hombre se le adelantará en el camino. El tipo dio tres pasos; después ella se levantó y aprovechó el desorden del momento para asestarle un codazo en la nuca. El sujeto cayó abatido. Andrea se unió a la manada, sin despegar los ojos de Farah, chocando el hombro con decenas de hombres y mujeres en el trayecto.

Dos disparos más, a lo lejos, junto a la entrada. Al estruendo le siguieron más lamentos.

Más aullidos.

Andrea volvió a tirarse al suelo.

Estuvo a punto de incorporarse; no obstante, un joven tropezó con su cuerpo, cayendo de bruces encima de ella.

Con la cabeza apuntando al techo, sintió cómo el aire abandonaba sus pulmones. Un dolor agudo estrujó la boca de su estómago. Andrea empujaba con ambos brazos, sin mucho éxito.

—¡Quítate!

No hubo respuesta.

El muchacho, que debía pesar unos treinta kilos más que ella, se tapaba los oídos con sus manos anchas y toscas; tenía los ojos cerrados y la frente pegada al suelo, como si acabara de encontrar el refugio perfecto.

Ella inhaló hondo, mas el aire no llegó a su destino.

—¡Quítateee!

Exhaló el poco oxígeno que le quedaba en ese último grito.

Sacó una pequeña navaja del cinturón; presionó el lado sin filo contra la yugular del sujeto, quien parecía ahogarse en lágrimas de ansiedad.

—Muévete ¡Muévete! ¡Muéveteeee!

El joven por fin reaccionó: soltó un chillido de horror; se llevó la mano al cuello, como para comprobar que seguía con vida, y se levantó de un salto; corrió hacia donde pudo.

Andrea levantó el torso. Escaneó la situación. Misma escena: decenas de personas acumuladas en la puerta de la unidad 22, una auténtica estampida. Y, a treinta metros de distancia, junto a la primera hilera de literas, el oficial que la guió durante los últimos minutos sometía a Farah. Su hermana, acostada en el suelo, boca abajo, recibía todo el peso del enemigo sobre la espalda, ahogando el llanto en una mueca de dolor. El hombre, arrodillado encima de ella, intentaba extraer unas esposas del bolsillo de su pantalón, pero las manos torpes terminaron por dejarlas caer al suelo.

—¡Me falta una, estúpido! ¡¿Cómo le vas a hacer?! —Farah levantó el puñón izquierdo, mostrando la cicatriz a la altura del codo.

Al tipo no le dio tiempo de razonar su encrucijada pues Andrea, aún con cuchillo en mano, se abalanzó contra él. Ambos rodaron por el piso. Forcejearon. El oficial tomó la ventaja: logró colocar a la detective de espaldas contra el suelo, usó ambas manos para estrangularla. Ella no lo pensó dos veces, y dejó ir la cuchilla contra el costado de su agresor. El hombre sujetó sus propias costillas de inmediato, respiró entre jadeos, se levantó con el pánico envolviendo su rostro y la muerte asomándose en sus pupilas.

Andrea tosió para librarse del hormigueo que recorría su tráquea. Se puso en pie, y Farah ya no estaba ahí; la chica corría de nuevo hacia la salida.

Ella hizo lo mismo.

—¡Farah! ¡Farah! —gritó, haciendo lo posible por alcanzarla.

Se adentró al portal de salida, parándose de puntas para no perder de vista a su hermana.

Todos buscaban sus trajes, con los ojos desorbitados por la desesperación y la angustia atorada en sus gargantas.

Andrea vio a un par de heridos en el suelo: la sangre corría a borbotones; uno de ellos se aferraba a su herida para detener la hemorragia, el otro se limitaba a llorar en silencio. Además, una pistola yacía junto a ellos. Andrea tomó el arma, y continuó sin mirar atrás. Sepultó de inmediato la idea de ayudarlos. Tomó el primer traje que encontró. Atravesó el resto del túnel de descontaminación y, cuando por fin llegó al exterior, ella y los trabajadores fueron recibidos por un convoy de tanquetas. Una docena de oficiales exigía que se tiraran al suelo, apuntando sus armas hacia ellos. Todos acataron la orden. La detective pegó el pecho al piso y, al levantar la cabeza, vio a otro de los hombres de Claudio llevándose a Farah. El tipo asestó un puñetazo en el estómago de su hermana; luego la obligó a abordar uno de los vehículos.

Repasó sus decisiones nuevamente: su relación con Claudio, su trabajo con Carmona, su hermana en el olvido. Y, desde ahí abajo, abrió fuego contra la gente de Protección Civil, contra los novatos del nuevo mundo que nunca se habían visto en la necesidad de disparar. Apuntó a sus rodillas. Aprovechó el anonimato de tener cincuenta trabajadores alrededor de ella,

compartiendo la misma posición, al ras de suelo. Con la mitad de los oficiales abatidos, y la otra mitad en plena huida, Andrea se levantó, corrió y disparó contra el pie del sujeto que pretendía llevarse a Farah. Tomó al tipo de la cintura, lo arrojó al piso y extrajo su arma del cinturón. Abordó el vehículo. Le entregó la pistola a Farah, quien se encontraba en el asiento del copiloto, pálida del susto.

—¿Sabes usar una de estas?

La chica negó con la cabeza.

—Hoy vas a aprender.

Andrea arrancó el motor, y condujo hacia la salida.

ARTE DE LA PORTADA



Espacio, por Samuel Juárez.

Samuel Juárez Victoriano (1987). Autor de cómic de la ciudad de San Francisco del Rincón, Guanajuato. Participó en el Congreso Nacional de Actividades Espaciales 2023. Fue becario del PECDA Guanajuato 2023-2024 en la categoría de narrativa gráfica. Ha publicado varios One Shots: Ehpoty(Soda pop comics, Puerto Rico, 2014), Silencio(Chainsaw comics, EUA, 2015), Traum(Comics Premier, EUA, 2016), Heliotrope 1860(Comics Premier, EUA, 2021), Gendakenexperiment(Laboratorio de historieta experimental 2024, México). Su obra más reciente es C-RBR 36, una novela gráfica que trata sobre un experimento de IA que cae al fondo del mar.

¿QUÉ MÁS SE ESCRIBE EN MÉXICO?

VÍCTOR PARRA AVELLANEDA

[No ficción]

El narcotráfico en México ha predominado el panorama cultural durante la última década. No ha sido raro encontrar en librerías obras que tocan, desde el realismo, los temas y situaciones espinosas que rodean a este fenómeno, en especial novelas que parecerían un relato negro o policial, pero que han ganado su propia identidad respecto a otros géneros.

La literatura del narcotráfico, o bien, del crimen organizado, empezó a tener su auge en paralelo con la guerra declarada por el gobierno mexicano en 2006 y cuyas consecuencias han sido la desintegración del país durante más de 12 años, crisis sociales en gran parte del territorio nacional, la inestabilidad de varias zonas que aún son tierra de nadie y, por supuesto, cientos de miles de muertos. Además, dicha problemática trajo consigo el fortalecimiento de varios grupos criminales, así como su intromisión en los asuntos políticos, económicos y sociales. Antes de la guerra, este tema no era tan frecuente en la agenda cultural; después, como sucede en todas las guerras, los bandos

encontraron su forma de perpetuarse en la memoria colectiva, estableciendo vías de propaganda, ya sea en canciones, en series televisivas y, por supuesto, en libros.

En este sentido la literatura fue una suerte de híbrido entre ficción y periodismo, quizá en un inicio en tono de denuncia y de exposición, en un contexto donde la censura política era la norma y la desconfianza hacia las autoridades una regla general. Quienes vivieron en esta época oscura y tensa de México, seguramente recordarán las innumerables noticias de atrocidades cometidas por el crimen organizado, pequeños ejércitos con armamento propio y financiamiento externo por parte de los Estados Unidos (*Operativo Rápidos y furiosos*). Periodistas secuestrados, torturados y asesinados de formas horribles por saber demasiado; mujeres secuestradas en Ciudad Juárez y en otras zonas del norte de México, jóvenes que celebraban una fiesta, asesinados por un comando armado; incluso, casos donde el ejército asesinó a personas inocentes al confundirlas con delincuentes. Yo mismo pude atestiguar, cuando tenía ocho años, el ruido de los disparos nocturnos; balaceras que duraban horas y horas. Cada noche me despertaba junto a mi familia y nos alejábamos de ventanas y puertas por temor a que cayera una bala perdida.

Es aquí donde el periodismo independiente, en aras de exponer los lazos de corrupción y las atrocidades de parte de criminales y la complicidad del gobierno y el sistema de justicia, aparecen como alternativa para conocer la verdad. Abundan blogs de periodismo dando a conocer que tal balacera ocurrió en tal lugar, cuando los medios oficiales no informan nada, incluso cuando los gobernantes dicen que las cosas están mejor

que nunca y, tras varios años, resultan prófugos de la justicia e implicados en crímenes atroces.

El periodismo, las películas y la literatura sobre el narco, desde mi punto de vista, sirieron como una catarsis de esta censura y de esta ineficacia del gobierno, de su complicidad e indiferencia con los miles de muertos. Literatura incómoda, social, crítica, sin pelos en la lengua y cruda.

Sin embargo, tengo la impresión de que, con el tiempo, estas obras fueron perdiendo su norte, cayeron en clichés, terminaron por romantizar a los criminales y dar una imagen caricaturizada y absurda de la realidad. Obras que, al día de hoy, me parecen más oportunistas que nada. No niego que en la actualidad haya obras que hablen de la violencia en México de una forma magistral, yo me enfoco más que nada en esta purulencia de cientos de obras que ya no terminan por aportar mucho y que, como un ruido constante, ya empiezan a hartar al lector mexicano.

¿Todo lo que se escribe en México es necesariamente sobre la violencia? Parece que estamos en un caso similar a cuando todo lo que se publicaba en México eran novelas sobre la Revolución Mexicana: hablando de tal o cual caudillo, hablando de un gobierno porfirista inexistente ya décadas atrás, romantizando una guerra que tuvo sus luces y sombras, sus proezas y atrocidades. Tuvimos que esperar al rompimiento de las vanguardias con Agustín Yáñez, Alfonso Reyes y Rulfo, quienes decidieron escribir sobre otras cosas. Sí, no hay duda de que el aura de la Revolución y la Guerra Cristera está presente en la obra de Rulfo, pero, a diferencia de sus predecesores, las historias que cuentan no son sobre estos conflictos en sí, sino en

las consecuencias, en una visión más crítica y a veces pesimista. Son obras que deciden superar el idealismo revolucionario y se enmarcan en una narrativa más personal.

Algo similar encuentro en la narco-literatura. Tras 18 años del inicio de la guerra del gobierno contra el crimen organizado, el país ha quedado transformado, querámoslo o no, y la gran herida que provocó es parte ya de la cultura.

Han pasado casi 20 años y las obras sobre la violencia de México parecen seguir una forma definida, alcanzando en la actualidad el absurdo de la caricaturización. A veces las novelas y cuentos, enmarcados en el realismo social, al tratar de retratar a la violencia se olvidan de otros matices. Es como si existiera cierta tendencia a solo abordar cosas gratuitamente violentas, lo que algunos han llamado ‘pornografía del drama’, es decir, obras que solamente tienen el mérito de ser explícitas, incómodas, a veces llenas de estereotipos y con violencia innecesaria. No es raro ya ver que tal o cual libro de cuentos o una novela gana un concurso literario nacional de prestigio por (¡oh, sorpresa!) hablar sobre el narcotráfico. Exponer el tejido social mexicano en estado de descomposición es, al parecer, garantía de considerarse un autor serio al abordar problemáticas sociales. Sé que esta opinión generará fuertes reacciones en contra y para ello debo decir que no toda esta literatura debe demeritarse. Hay buenas obras, con tramas y estructuras ingeniosas.

Es cierto, no se puede negar que esta herida en México ha llegado para quedarse; pero yo me pregunto, ¿realmente es la única forma de hablar de esto, de la violencia? Y más importante aún, ¿Realmente la gente quiere seguir leyendo al respecto?

Escribo desde la trinchera de la ficción especulativa. No es raro que la ciencia ficción, fantasía y más recientemente, el terror, aborden temas sociales. La literatura de la imaginación (como la mencionaría Alberto Chimal), no es ajena a la exposición de las características del presente para su posterior análisis y crítica. Solo que, siento que pasa algo parecido al tema de las distopías, tan criticadas recientemente por considerarse obras pesimistas que no ayudan mucho a construir un mejor futuro. Yo hago la misma pregunta sobre esta literatura realista que se empeña por seguir produciendo el mismo matiz decadente, lleno de violencia; ¿no será que realmente los lectores de México desean leer otras cosas?

Es cierto, la violencia está por todas partes, más en un país como México, donde la corrupción, secuestros y asesinatos están a la orden del día. Ahora, también es cierto que la gente común, la que sale a trabajar y estudiar, vive estresada. Enciende el televisor o el celular y ve en las noticias tales o cuales crímenes espeluznantes. ¿No será que ya estamos saturados de este tipo de información? Vemos crímenes en las noticias, en las historias que nos cuentan nuestros amigos; muchas veces podemos ser víctimas de asaltos en el transporte público.

Violencia y más violencia, por donde vea, por donde se respire.

Desde mi punto de vista, a estas alturas, tras 18 años de guerra contra el narco y un estado de tensión digno de paranoia y delirios de persecución, como lector, lo último que quiero leer es sobre el narcotráfico y la violencia. Quiero leer sobre otras cosas; quizás no necesariamente ajenas a la realidad social, pero que en su tratamiento logren abordar estos temas de forma

novedosa y sin caer en los clichés y en el hiper dramatismo caricaturesco. Existen obras realistas capaces de darnos historias estremecedoras, con otros colores, otras texturas; también la literatura especulativa, con sus experimentos mentales y con sus *novum*, nos hacen viajar a realidades donde cierto elemento de nuestro presente se ha desbordado y ha convertido al futuro en algo irreconocible. Al día de hoy me parece que uno ya está muy cansado para toparse con obras cuyo fondo es el mismo.

Autores como Karel Capek lograron criticar, denunciar y burlarse de los regímenes fascistas recurriendo a elementos fantásticos. Haciendo con ello una especie de fábula social, mordaz y punzante como ninguna obra realista de la época. De hecho, Karel Capek no recibió el Nobel de Literatura por sus obras que evidentemente se mofaban de estos gobiernos totalitarios. Incluso existen precedentes, como Los Viajes de Gulliver, donde Jonathan Swift se burló abiertamente de todos los sistemas y vicios sociales. Él se rio de todo el mundo civilizado conocido.

Ya en el siglo XIX, Mary Shelley habló sobre la maternidad, la depresión, el aislamiento social, haciendo una dura crítica al sistema moral de la época y los límites éticos de la ciencia. Personificó nuestros monstruos internos en una criatura que sufría de cierto repudio. H.G. Wells, por su parte, abordó el colonialismo a través de fábulas científicas.

Sí, es innegable: existen obras que pudieran considerarse más solemnes y 'serias' al abordar tal cual la violencia, donde el drama exhala en cada página. Pero también es cierto que no es la única forma de hablar sobre estos temas.

A veces considero que la literatura fantástica, en su matiz de elementos irreales, resulta ser un método mucho más eficaz para denunciar la violencia, la corrupción y la impunidad; a veces más eficiente que el periodismo y la literatura realista. Este disfraz de elementos especulativos, desde mi punto de vista, permite el contrabando de una crítica social que, de otra forma, en una obra mimética, no pasaría desapercibido.

México actualmente tiene un repunte en la literatura especulativa y sus obras no han sido ajenas a las problemáticas sociales, de seguridad y de medio ambiente. En este sentido, las nuevas obras de ciencia ficción, fantasía y un largo etcétera, se me figuran como la posibilidad para ensayar sobre muchos elementos presentes en la actualidad que podríamos mejorar.

No comparto la común opinión de que la literatura de ciencia ficción y afines es desdeñada por el público y es poco leída. Creo que esto sería recaer en un discurso repetitivo que, más que nada, tiene que ver con un frustrado reconocimiento por una Academia 'seria', que en el fondo es rancia. Decir que nadie lee ciencia ficción es, desde mi punto de vista, negar la existencia de los lectores de este género. Si uno va a una librería encontrará que un gran porcentaje destinado al espacio lo ocupan obras de ficción especulativa. Igual con el cine y las series de televisión.

Considero que sí existe un público muy significativo en relación con la ciencia ficción en México y en general en América Latina. Pienso que, en este sentido, debería abandonar la idea de que se trata de un género marginal. La realidad demuestra que no es así. De hecho, la ficción especulativa es realmente popular entre la población.

Así pues, si esto es cierto, claro que hay una gran oportunidad para hacer ver las nuevas voces del panorama mexicano y latinoamericano, encontrar a este gran público potencial y proporcionar obras que, con la imaginación y con la especulación, logren abordar los problemas del presente, saliéndose de los moldes utilizados por la literatura mimética.

¿Quién dijo que la literatura especulativa no es seria?

Ciertamente me parece que la literatura fantástica va reclamando su lugar y reconocimiento, no por la gracia de una Academia casada ya con el realismo rancio, sino por los propios méritos de las nuevas propuestas.

Víctor Parra Avellaneda (Nayarit, México 1998). Biólogo y escritor de ficción especulativa. Fue becario del PECDA Nayarit 2018-2019 en la categoría de cuento. Ha publicado en revistas de alcance nacional e internacional como Axxón, Penumbria, Anapoyesis, Espejo Humeante, Pirocromo (UAA) Sci:fdI (UCM), Zur (UFRO), La Colmena (UAEM), The Temz Review, Piker Press y The Pink Hydra, entre otras. Autor del libro de cuentos de ciencia ficción *Más allá del horizonte* (Ediciones del Olvido, 2022). Miembro de ALCIFF, de la IASFA y del GCTE.

— — —

NITOFILIA

EDUARDO CARRILLO

Para mi Negrita.

"Se reciclan lavadoras, refrigeradores, estufas, cosas que no sirvan. Fierros viejos, baterías, latas de aluminio. Venga y acérquese a esta unidad de sonido..."

La bocina echaba a andar todo el santo día mientras Fortino murmuraba maldiciones entre colonias olvidadas por los ayuntamientos y sus representantes, pero no por la policía local.

Había escuelas, farmacias, tiendas de conveniencia, carros pitando y todo ese abono humano que recicla miseria y esperanza en el mismo tambo luego de las tres comidas del día.

El concreto no era concreto y en muchas ocasiones las calles tampoco eran calles, salvo por los mocosos jugando solos, la gente pusilánime viendo desde las ventanas y los atorrantes recolectando como Fortino, pero a pie y rodeados de animales. El periodismo y las instituciones de Seguridad les llamaban halcones, pues en vez de recibir tratamiento por parte de

algún Departamento de Salubridad quedaban a merced de la especulación de criminales.

—Aquí le tengo latas, don Fortino, pero una preguntota, oiga, ¿no podrá llevarse también a mi marido? —decía Tierna Dolores cada que el malhumorado ropavejero pasaba por lo reciclado de su fondita en el Buenos Aires Norte, en donde los que cobraban plaza ya estaban bien identificados, según las narcomantas y los noticieros.

—Puras pinches mamadas, puras pinches mamadas —repetía Fortino al subirse a su vehículo.

Era el chiste de siempre. A veces el concubino decía la gracia y reían igual. Fortino le había conocido a cuatro o cinco. Él pudo ser el cuarto, pero dejó pasar el tren y ahora sólo abordaba en la estación si ella sellaba el boletito. Como a los perros: si no hay carne sobran los restos...

"Venimos recogiendo cosas que no sirvan, limpiamos terrenos, levantamos escombros..."

La realidad era que nada de lo recaudado funcionaba de nuevo sin un proceso industrial de por medio. Eso incluía a una máquina del tiempo hallada en la bodega de un octogenario árabe en Otay que, conciente de un defecto de fabricación en el aparato, dejó la cosa empolvándose durante décadas mientras él hacía millones contrabandeando opio turco por el puerto de Ensenada. Jamás fue detenido y la DEA le dio chamba como delator cuando llegó el momento de regresar a Medio Oriente.

El artefacto del tiempo resultó muy insatisfactorio para Fortino de cualquier modo, pues al no contar la humanidad con la tecnología necesaria para acertar el periplo, el dispositivo sólo simulaba un posible desenlace en función del árbol genealógico

y el status quo de la fecha de destino... así fue que, al sacarlo de la cantina y llevarlo de vuelta al hogar en Cd Obregón, su padre fue recibido por plomazos maternales en 1984, dos años después de desaparecer con una hermana de mamá. Volvió a cambiar la historia no casándose, mediante el divorcio o la vasectomía en vez de apostar por el campeón en los deportes o el número ganador de la lotería. Pero al final siempre perdía a su familia invocando tragedias, farsas o etcéteras.

En ocasiones, por las tardes, a la hora de salida de las primarias públicas, Fortino solía estacionarse a raspar hielo a cierto añoro de distancia. Observaba como esperando la marea alta hasta balbucear como un orate.

—Oiga don, dice la directora que le va a echar a la patrulla si sigue viniendo a robar niños...

El chamaco lo conocía de la conecta. Algún pariente suyo le vendía globos y el muchacho pronto reemplazaría a los parientes en el negocio. Los mocosos junto a él reían y hacían todo tipo de bromas a costa del miserable aspecto de Fortino y el halo de suciedad rodeando su vestimenta.

—Ando buscando a mi hijo, es de una señora que no se lava la carta, tú te pareces a mí cuatrojitos, ¿serás tú mi nene de oro?

Bombeaba varias veces el arrancador y el armatoste respondía mientras los mocosos saltaban de vuelta a la escuela gritando profesora, profesora...

La vieja Toyotita del recolector de tiliches era un peligro para el medio ambiente y a duras penas podía con la labor. Vivía al amparo del primer deseo de su milenaria lámpara mágica, un vestigio de las guerras púnicas que confiscó, junto a otros

materiales de adivinación, a una tarotista que solía recompensar sus servicios con inocuas muestras de quiromancia.

Infortunadamente, por la experiencia previa con su máquina del tiempo, Fortino asumió que poco cambiaría su destino con el misterioso artilugio de aquella oportunista. No obstante, durante alguna crisis de abstinencia, solicitó una dosis mínima por kilogramo de peso de metanfetamina como su segundo deseo (alrededor de 30 mg). El genio que otrora asistiera a Aladino a regresar bien acompañado a China, a Aníbal peleando contra Roma o a Beethoven para terminar la Tercera, la Sexta y la Novena le miraba incrédulo, con el auspicio sepulcral de que el tercer llamado ocurriría muy pronto.

Pero de lo que ni las lecturas de mano, su averiada máquina del tiempo o la misteriosa lámpara de los deseos lograban camuflarle era de las leoninas garras de la justicia. Los municipales lo detenían frecuentemente y había que dar la mordida; puras pinches mamadas, puras pinches mamadas, decía Fortino, pues pagar el remolque y la multa suponían un círculo vicioso más nocivo por los sinsentidos de la burocracia.

—¿Qué pasó mi master, a dónde lleva toda esa basura?

—Es mi chamba patrón, son cosas que sirven.

—Que son cosas que sirven, pareja...

La comedia humana: sin basura, chamba ni cosas que sirvan. Un día, a mitad de su vida, su esposa se marchó con todo y las cenizas de su hija a casa de los suegros, otra pocilga despampanando por el dolor que se friega en cada resquicio de la casa, de la familia, del pasado...

No recorrió su ruta como gasero al día siguiente. En realidad se quedó en cama fumando cristal hasta que tuvo que venderla

(como hizo con toda la mobiliaria del hogar) para continuar pagando el crédito de la casa.

La locura se instala por fines ajenos hasta lo más sagrado de nuestros medios. He ahí la humanidad que presumimos tanto...

Cuando dejó su casa pelona fue a pedir lo que le estorbaba a los vecinos, a los conocidos de más lejos y a pequeños changarritos en el camino hasta transformarse en ese recaudador de lástima, de envidia y de esa nada que recolectamos todos y que nos consume como si fuéramos pocos, menores o de creación reciente (no sabes cuánta agua es necesaria, lo tóxico que resulta, lo idóneo que parece el hidrógeno como sustituto).

La saña policíaca provenía de sus denuncias en la Fiscalía por los constantes abusos de autoridad, las reiteradas detenciones y la coacción hacia el delito por la corrupción a la que le orillaban los agentes de la SSPCM y, más recientemente, los militares en las calles.

Y aunque salía para comer cricoles, otras pocas para beber y para la comida de los perros callejeros a salto de rama entre la clandestinidad y su casa, llegó el momento en que aquel hostigamiento judicial lo llevó a vender su medio de trabajo...

Volvió a postrarse en cama a extrañar a su hija, a recordarla en un dolor que sólo se libera con la novedad de otros dolores. Para eso guardaba su tercer deseo, pero ¿cómo curar algo que duele todo el tiempo?

Volvió a pedir trabajo en la gasera, en donde pasaron de él como conductor. Por la edad y la misantropía le colocaron como despachador de una estación de servicio en el Insurgentes, mucho más cerca de casa.

No pasó mucho para que descubriera cómo sus compañeros permitían la extracción de gas y a Fortino le diera por denunciar como había hecho siempre, aunque esta vez sería solamente para que un balazo le escurriera la vida desde su oreja más limpia.

—Puras pinches mamadas, puras pinches mamadas —decía, sosteniendo su tercer deseo a flor de labios.

Eduardo Carrillo (Tijuana, B. C., 1992). Infección cultural, reciprocidad y ji, ji, ji.